DAVID CALVO

LA PIEDRA Y LA LUNA

Una novela del muro de Adriano

LA PIEDRA Y LA LUNA

Una novela del Muro de Adriano

David Calvo

Derechos de autor © 2020 David Calvo Sanz

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO I

—EL MURO—

"Sabía que hoy no iba a ser un buen día", pensó Delmacio mientras vigilaba el páramo picto desde la seguridad del muro.

En la distancia, distinguió una figura oscura, apenas mayor que una mota de polvo solitaria flotando en el austero horizonte que dibujaban las pequeñas y rocosas elevaciones de las colinas. Pese a que la sombra se acercaba, poco a poco, paso a paso, aún le quedaba un buen camino hasta llegar al fuerte y, para su desgracia, la vista de Delmacio no era tan aguda ni tan precisa como antaño cuando era joven, fuerte y estúpido. Así que, si alguien le hubiera preguntado, Delmacio habría contestado que aquella lejana silueta bien podía pertenecer a un hombre o una mujer o incluso a un árbol al que le hubieran brotado de su seco tronco un par de piernas y que, por algún extraño y olvidado resquemor, hubiera decidido arruinar la mañana del anciano soldado. Y eso en el caso de que algún árbol tuviera el loco capricho de crecer en aquel erial. Solo el brezo se atrevía a echar raíces en esa tierra dura y seca. Brezo y más brezo allá donde miraras, tanto como quisieras, hasta atragantarte.

Delmacio escupió su disgusto a través de los huecos abiertos por el tiempo en su dentadura. Siguió con la mirada la espesa saliva que cayó, como una gota de lluvia huérfana, al otro lado del muro. "Vamos", susurró en voz baja dirigiéndose al extraño que seguía avanzando hacia la entrada del fuerte, "da la vuelta y vuelve al apestoso agujero del que hayas salido, hoy estoy demasiado cansado para matarte. Quizás mañana tenga más ánimo para abrirte un agujero en el cuerpo pero hoy no, por favor, hoy no es el día". Un sordo entrechocar de metal y madera a su espalda lo distrajo de sus pensamientos. El chico estaba subiendo las escaleras, con el escudo colgando de su hombro, una lanza en la mano y un casco que le venía grande coronando su cabeza.

—Vi… vi…viene alguien —le informó el muchacho mientras trataba de retener el aire que escapaba sin remedio de sus pulmones —. Se a… a… acerca desde las colinas.

—Ya lo sé. No estoy ciego, novato. Aún no —A esta afirmación, el muchacho contestó con una leve duda que asomó tímida y silenciosa en su mirada. Al descubrirla, Delmacio le lanzó un hosco gruñido—. Llevo más años de los que te puedas hacer a la idea vigilando este horizonte, chico, más de los que tú estás en este mundo seguro que sí. Ahora mismo podría decirte cuántas piedras hay desde

aquí hasta aquellas colinas negras de ahí enfrente, las que parecen dos tetas. Así que podrás suponer que cualquier leve alteración de esta mierda de paisaje no me pasaría desapercibida. Y menos aún si se mueve, acercándose hacia aquí.

—¿Alertamos al *biarchus*? —preguntó el recluta mientras anudaba las cintas de cuero del casco, ajustándolas bajo su mandíbula.

—No. Todavía está en la cama, recuperándose de la guardia de anoche —en realidad estaba durmiendo la mona después de casi acabar con sus escasas reservas de cerveza y posca pero Delmacio se abstuvo de comentarlo en voz alta. No estaría bien hacerlo, no sería lo correcto. Todavía era un soldado. Aun le debía algo de respeto a su superior y amigo—. Por lo que veo, solo es uno. No creo que cause problemas. Aunque claro, con estas cosas nunca se sabe. Siempre te puedes llevar alguna sorpresa desagradable.

—¿Y si fueran más de uno? —susurró el muchacho sin poder disimular la emoción que se ocultaba tras sus palabras— ¿Y si es un asalto al muro? Quizás es una distracción y están escondidos entre el bre…

—Si fueran más, si fuera un asalto organizado, estaríamos muertos antes del mediodía, créeme —le interrumpió Delmacio negando con la cabeza—. No tengas tanta prisa por morir, chico, no es algo agradable. Voy a darles el desayuno a Nilo y las gallinas. Avísame si se sigue aproximando. Si lo hace… bueno, tú grita un aviso y ya pensaré en algo.

Delmacio bajó renqueando las escaleras que llevaban al patio. Como siempre que se acercaba la lluvia, la vieja herida de su muslo izquierdo le lanzaba furiosas dentelladas. Apretó con fuerza la mandíbula, soportando a duras penas la tentación de lanzar un gemido de dolor. Empezó a contar los escalones. Uno, dos, tres… Conocía cada peldaño mejor que su propio rostro, cada mella en su superficie, la pequeña maleza que brotaba y crecía aprovechando las grietas que, como viejas cicatrices, decoraban la maltratada piedra. Habían sido muchos años subiendo y bajando esas condenadas escaleras para cumplir con su deber y su juramento a Roma y el Emperador. A veces, le parecía que su vida solo se había reducido a eso. A subir y bajar. Una y otra vez. Y de nuevo, otra vez… Doce, trece y catorce. Y el último, por fin. Quince.

Inhaló una bocanada de aire frío y seco y miró a su alrededor. El fuerte tenía dos entradas, la sur daba a la civilización, a Britania, al Imperio. La norte era el camino más seguro para encontrar la muerte, pues ante ella se extendía la tierra que era dominio de los pictos. Delmacio había cruzado esa puerta muchas veces, demasiadas, y cuando la melancolía lo atrapaba por las noches, se preguntaba

tumbado en su gastado colchón de paja cómo había sido tan afortunado para volver siempre al muro y a la seguridad de sus viejas piedras cuando tantos camaradas, hombres mucho mejores que él, no lo habían logrado y sus huesos blanqueados, olvidados por el tiempo, jalonaban como macabros hitos los caminos que serpenteaban en el infinito laberinto que crecía entre las colinas y el brezo. “Al final, todo se reduce a eso”, pensó, “a la puta suerte. Y cuando se acaba, adiós”.

Se acercó a la pequeña cuadra que se levantaba a la derecha del patio, donde Nilo, el único caballo de la exigua guarnición del fuerte, espantaba a las moscas con su rabo. Era más tonto que ellas y más terco que un recaudador de impuestos pero Delmacio lo quería como si fuera su propio hermano. Dejó que comiera nueces de la palma de su mano mientras le acariciaba la espesa crin marrón y le susurraba las únicas palabras de cariño que le había dirigido a un ser vivo en los últimos veinte años. Después, repartió un poco de grano a las gallinas mientras les silbaba canciones soeces que había aprendido en su juventud de labios de soldados que hacía mucho tiempo que estaban muertos.

—Se sigue acercando —gritó el muchacho desde la muralla.

—Bueno, no pasa nada, mantén la calma —Delmacio arrojó otro puñado de granos al suelo provocando un revuelo de plumas y cloqueos—. ¿A qué distancia está? ¿Puedes acertarle con el arco?

—Creo que sí.

—Pues lánzale una flecha. De aviso. No lo mates. Hoy no tengo ganas de enterrar carroña picta.

El chico asintió con energía y la visera del casco cayó sobre sus ojos. Levantándola para despejar su visión, colocó una flecha en el arco, apuntó con cuidado y liberó la cuerda que retenía la saeta. Delmacio esperó unos segundos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Le ha caído cerca, casi a sus pies —le informó el recluta sin disimular cierto orgullo por lo certero de su lanzamiento—. Pero sigue avanzando.

Delmacio cerró los ojos y masculló una maldición. Definitivamente, entre todos habían conspirado para arruinarle la mañana.

—¿Le disparo otra? —preguntó el muchacho colocando con entusiasmo una nueva flecha en la cuerda del arco.

“Seguro que está deseando clavársela al picto en el culo”, pensó Delmacio. “No le culpo, yo estoy empezando a desear lo mismo”.

—No. Baja aquí y ayúdame a abrir la puerta.

—¿Va a salir?

—No, voy a abrirla porque me gusta mear al pie de las murallas. Pues claro que voy a salir, tarugo, baja de una vez.

Levantando el listón que la sellaba, empujaron con sus hombros la gastada madera y la puerta se abrió, ronca y perezosa, gimiendo con un aliento de bisagras oxidadas. Antes de salir, Delmacio cogió la gruesa y austera vara de vid que había pertenecido al difunto *centenarius* Barates. En los viejos buenos tiempos, había recibido muchas veces su amargo beso en forma de golpes contra sus riñones. Eso le hizo sonreír con amargura, apenas una mueca de sus labios. "Vaya elemento eras, Barates", pensó Delmacio, "estás bien en el infierno, viejo cabrón, bendita sea el hacha que te abrió la cabeza".

—Vigila desde arriba, muchacho. Si pasa algo raro, mata al picto.

—¿Algo raro? ¿Cómo qué?

—Como que me clave una puta lanza en las tripas.

Ajustó al cuerpo su gastado manto de lana y empezó a caminar con largas zancadas, alejándose del muro. Hacía frío, como siempre, chispeaba, como siempre, y el aire olía a corrompido, sí, como siempre. "Puta Britania", pensó. Un tiempo de pesadilla para un lugar de pesadilla. "Y aquí moriré", musitó Delmacio en voz baja, "este va a ser el sitio donde mis huesos descansarán para siempre". Podría haberse retirado hacía años. El emperador, cualquiera de ellos, tantos habían sentado su culo púrpura sobre el trono que ya había perdido la cuenta, le habría regalado por sus largos años de servicio un terreno de labranza, un par de cabezas de ganado y una bolsa de semillas. Pero Delmacio no había conocido otra vida que la milicia. Su padre había servido bajo los estandartes y antes el padre de su padre y así durante varias generaciones. No podría haberse convertido en granjero ni aunque hubiera querido. El fuerte era su hogar y sus hermanos de armas, su verdadera y única familia. Tenía la esperanza de que al final serían unos camaradas generosos y cavarían una tumba profunda para él, así ya no se mojaría más con esa lluvia asquerosa.

Conforme se acercaba a su objetivo, Delmacio observó que el picto era muy pequeño, como un cervatillo a medio formar. "Mejor", pensó, "así no se romperá la vara si le atizo con ella". Se detuvieron a menos de diez pasos el uno del otro. Delmacio abrió un poco los ojos sorprendido al ver que el picto era apenas un muchacho, un chiquillo delgaducho, con el pelo rojo cortado a mordiscos de cuchillo y las mejillas sucias por una miríada de pecas cubiertas de barro y mugre. Identificó alguno de los tatuajes de tinta azul que decoraban los brazos del picto. Pudo leer en ellos que pertenecía a la tribu de los *votadini* pero el resto de dibujos eran un laberinto añil incomprensible. En sus manos, el muchacho sostenía un bastón casi tan alto como él, lo que no era decir mucho, y de sus hombros huesudos colgaba una bolsa hecha con piel de conejo.

—Quédate ahí, chico —dijo Delmacio en dialecto picto. Aunque

teniendo en cuenta lo mal que lo hablaba bien podría haberle dicho "Bienvenido, estás en tu casa, pasa, por favor, el muro y mi culo son tuyos".

—Me quedaré aquí —le contestó el chico en el seco latín que se hablaba en la isla. Tenía un acento peculiar pero se expresaba de manera lenta y precisa—. Vengo a ver a Severo Alecto. Mi padre me dijo que podría encontrarlo aquí, en el quinto fuerte de la muralla blanca.

"Bueno", pensó Delmacio, "ahora ya no es una muralla muy blanca que digamos. En mi juventud, quizás aún era un poco alba, cuando éramos veinte en el fuerte y salíamos de patrulla todos los días y parecía que siempre iba a brillar el sol. Los buenos viejos tiempos. Ahora solo hay fantasmas, recuerdos y noches frías que ni el alcohol ni el fuego pueden calentar".

—¿Para qué quieres ver a Alecto?

—No es asunto tuyo.

—Esta vara que tengo en la mano opina lo contrario.

—A lo mejor mi bastón también piensa que no es asunto tuyo.

Los ojos de Delmacio se convirtieron en dos rendijas oscuras y su boca se estiró hasta convertirse en una fina cicatriz lívida. Notaba como un calor familiar se empezaba a instalar en su estómago, la vieja sensación que sentía antes de iniciar una pelea. Observó con cuidado al muchacho, tratando de leer el lenguaje con el que se comunicaba su cuerpo. La posición de sus hombros y piernas le decían que el chico no sabría defenderse en el caso de que las palabras dejaran paso a los hechos. Podía vencerlo, de eso estaba seguro. "Míralo, si apenas puede aguantar el peso de esa bolsa asquerosa que lleva con él", valoró. "Un buen golpe de vara y se acabó, como los que dabas en tus tiempos, ¿eh, Barates?". Pero había algo en ese chico, en su rostro, en sus ojos, algo familiar y, sin embargo, muy lejano, que retenía su mano. Dejó que un suspiro cocinado con un poco de hastío y una pizca de impaciencia escapara de sus pulmones formando, al contacto del aire frío de las colinas y delante de su rostro, una nube de un color gris, casi blanco.

—No puedes ver a Alecto, ni tampoco cruzar el muro —dijo Delmacio con tranquilidad, envolviendo sus palabras con la miel de la conciliación y la prudencia—. Vuelve por donde has venido, chico.

—Me quedaré aquí hasta que salga a hablar conmigo. No puedo volver. Y tampoco puedes obligarme a hacerlo.

—Lo que pueda obligarte a hacer o no es algo que podríamos discutir pero pronto hará mucho frío, cachorro. ¿Ves esas nubes? —preguntó Delmacio apuntado con un dedo retorcido como un pecado hacia unos cúmulos que avanzaban hacia el sur—. Ya sabes lo que traen en sus tripas. Se puede oler en el aire. Se acerca una tormenta,

una de las grandes. No es recomendable que te quedes aquí, a la intemperie, sin un techo bajo el que cobijarte. Y no te voy a dejar entrar en mi fuerte por mucho que insistas. Hombres más grandes y feos que tú lo han intentado y ahora sus huesos están esparcidos por toda esta llanura. Vuelve a tu casa, hijo, aquí no tienes nada que hacer.

Por toda respuesta, el muchacho se sentó en el suelo, abrió su mochila, extrajo un poco de yesca y empezó a encender un fuego con un pedernal. Delmacio suspiró de nuevo. Esa mañana, se sentía demasiado viejo, más cansado de lo normal, como si de repente el peso de los años se hubieran acumulado sobre sus huesos y los estuvieran royendo como un perro hambriento. Se frotó con sus dedos sucios el puente de la nariz y dijo:

—Mira, muchacho, conozco a Alecto desde hace muchos años, más de los que puedes contar con tus dos manos, eso desde luego. Y no va a salir del fuerte a menos que me des una buena razón para que lo haga.

El joven picto no levantó la cabeza. Seguía concentrado, golpeando sus piedras, una y otra vez, tratando de hacer que una chispa naciera de sus violentos besos.

—Soy el hijo de Dídimo —dijo, por fin, en un susurro que llegó apagado a los oídos de Delmacio. Después se inclinó sobre la yesca y empezó a soplar hasta que una leve llamita brotó entre la hierba seca —. Soy el hijo de Ninian.

Delmacio abrió la boca pero ninguna palabra llegó a formarse en sus labios. Se fijó mejor en los rasgos del chico, sobre todo en los ojos. Entendió por qué le había parecido tan familiar. Sin decir nada más, se dio la vuelta y, siguiendo sus propios pasos, se encaminó de vuelta al muro.

El muchacho se quedó mirando la espalda encorvada del viejo soldado hasta que llegó al portón, lo atravesó y desapareció en el interior de la boca oscura que bostezaba en la piedra del muro. El chico hurgó de nuevo en su mochila y extrajo un poco de carne de ternera seca que mordisqueó con deliberada lentitud. Observó la posición del sol en el cielo, husmeó la posibilidad de la lluvia en el horizonte y atisbó una madriguera de conejo en la falda de un collado. La puerta del muro se abrió de nuevo y un hombre apareció en la sombra del dintel.

El chico se puso en pie y escupió un trozo de carne al barro. Después se limpió los grasientos labios con su antebrazo. El hombre que se acercaba vestía una capa gris y se cubría la cabeza con el oscuro gorro redondo hecho con piel de oso que llevaban todos los soldados de Roma, de su hombro colgaba un tahalí que sostenía la vaina de una espada. Sus pasos eran inseguros, se tambaleaba a cada

momento y, cuando casi estaba a punto de llegar junto a él, tropezó con un obstáculo invisible y cayó al barro. Maldiciendo, se levantó, sacudió con las manos la suciedad que se había incorporado como una costra a su capa y encogiéndose de hombros llegó hasta la altura del chico. Este aspiró el intenso aroma a vinagre y humo que provenía de la piel del hombre y no pudo disimular un gesto de desagrado.

—Soy Severo Alecto —dijo el soldado—. Me han dicho que me buscabas.

—Así es. Soy el hijo de tu hermano Dídimo, soy tu sobrino —contestó el muchacho sin poder apartar la mirada de la blanca cicatriz que cruzaba la mejilla izquierda de su tío como un relámpago de carne—. Me llamo Caiside. He venido a buscarte porque…

—Acércate, chico —dijo Alecto interrumpiéndole con un gesto de su mano.

Cuando Caiside estuvo junto a él, el soldado lo agarró con firmeza de la barbilla y examinó en silencio su rostro, como si estuviera sopesando el valor de un esclavo y si merecía pagar el precio establecido por él. Caiside frunció el ceño. No le gustaba que le tocaran pero había venido a pedir un favor y debía guardarse ese genio explosivo que tanto divertía a su padre cuando por fin lo dejaba libre. El romano lo miró a los ojos durante lo que pareció una eternidad. Caiside no bajó la mirada.

—Tienes un color de ojos peculiar —le dijo por fin Alecto liberando su presa—. Muy especial.

—Mi padre decía que tenían el color de la luna. Y que eran iguales a los de mi madre.

—Eso es cierto. Tienes los ojos de Ninian —Alecto se rascó la cicatriz y enseñó los dientes—. ¿"Decía", has dicho? ¿Por qué hablas en pasado de tu padre? ¿Le ha ocurrido algo a mi hermano?

—Está muerto. Lo mataron. Por eso he venido hasta aquí. Padre dijo que si alguna vez tenía necesidad de ayuda viniera a este fuerte, que te enseñara esta pulsera y que te dijera que vuestro primer perro se llamó Cuervo porque su pelo era tan oscuro como una noche de invierno —dijo Caiside agitando delante del rostro de Alecto la pulsera, como si quisiera que la comprobara tocando cada una de las conchas rotas y monedas sucias que la formaban—. Me dijo que así sabrías que era verdad lo que te contaba y que yo era quien decía ser.

—Bien. No dudo de tu palabra, eh… ¿cómo me has dicho que te llamabas? ¿Castide?

—Caiside.

—Sí, eso, Caiside. Ya me acuerdo. Ese fue el nombre que te pusieron tus padres. Idea de tu madre, Ninian, quería que tuvieras un nombre picto. Fue antes de que abandonaran el muro. Tendrías unos meses, así que no te acordarás de eso, supongo —Alecto se encogió de

hombros—. No, claro que no, que tonterías digo, tendrás que perdonarme no he dormido lo suficiente y creo que estoy pasando por la peor resaca de mi vida. Y he tenido unas cuantas, la verdad. No has hablado de tu madre, no has dicho ni una palabra sobre ella. ¿Cómo está Ninian?

—Murió cuando yo tenía dos años. En el parto de mi hermano. Él tampoco sobrevivió.

—Oh, ya veo… Así que tu madre y tu padre están muertos. Dime, ¿te dijo él que nos peleamos? ¿Te contó alguna vez el motivo de nuestra disputa?

—No. Lo cierto es que nunca hablaba mucho sobre eso. Creo que le ponía triste pensar en ello.

—Ya, me lo imagino —asintió Alecto—. Y si no te contó nada es porque en ese caso habría tenido que decirte que hacía mucho tiempo que yo estaba muerto para él y que tu padre estaba muerto para mí. Tantos años como tú tienes, más o menos. ¿Cuántos son, por cierto, doce, trece?

—He visto catorce veranos.

—Catorce. Casi no lo puedo creer. Todos estos años han pasado tan rápido y tan lento a la vez —dijo Alecto cerrando durante un instante los ojos—. En todo caso, debes saber que la noticia que me traes sobre la muerte de tu padre no me afecta mucho. Nuestra separación no fue amistosa. Y si hubiéramos vuelto a vernos no sé cómo podría haber acabado ese reencuentro. Puede que hubiera tenido que matarme o, quizás, hubiera tenido que matarlo yo a él.

—No entiendo lo que quieres decir. No importa lo que ocurriera en el pasado. Era tu sangre y Donnach —y al decir este nombre Caiside escupió al suelo— lo asesinó, robó sus tierras, sus animales, se quedó con su espada. Vuestra espada. La espada de nuestra familia ahora es de un ladrón y un asesino. No la merece.

—Lo cierto es que ese acero me lo robó primero tu padre. Era mío por derecho. Soy, o mejor dicho, era el hermano mayor.

—Él me dijo que el abuelo de vuestro abuelo la había recibido de manos de un César en recompensa por su valor y que, desde entonces, ha sido empuñada por los hombres de nuestra familia. Ahora la tiene Donnach. Y no es justo. No me importan los animales ni las tierras pero te necesito para que recuperes nuestra espada.

—¿Me necesitas para recuperar la espada? ¿Qué quieres decir con eso?

—Yo… Reté a duelo a Donnach, como es tradición entre mi pueblo, la gente pintada. Se rio, se burló de mí, ni siquiera me miró.

—No me extraña. Si a mí me pasara lo mismo, si un crio como tú viniera a retarme a un duelo también me reiría.

—No te burles de mí. No lo merezco —dijo Caiside muy serio

mientras el color de la piel de sus nudillos palidecía al agarrar con fuerza la madera de su bastón—. Intenté defender el honor de nuestra familia.

—Tranquilo, chico —Alecto levantó las manos mostrando sus palmas desnudas—. Sujeta bien ese bastón, no te vayas a caer y hacerte daño. Continúa con tu historia.

—Como te decía, se rió. Y me empujó a un lado, como si fuera menos que un perro. Contigo será diferente. Eres un vigilante del muro, un soldado de Roma, tú podrías retarlo, lo vencerías en combate. Padre me contó que eras el mayor guerrero que había visto. Que hubieras podido tener la cabeza de cien enemigos cubriendo las paredes del salón de tu hogar.

—En el caso de que fuera picto y me dedicara a coleccionar cabezas. Y cien nada más y nada menos. Chico, estás en un gran error —Alecto se masajeó las sienes como si de repente le doliera mucho la cabeza—. No sé qué extrañas ideas te metió tu padre en la cabeza ni por qué lo hizo pero desde luego ahora son pajaritos volando enloquecidos en una jaula. El mayor guerrero que había visto. Sí, claro —Alecto sonrió con amargura y se rascó la cicatriz de su mejilla—. Te voy a explicar una cosa y espero que la entiendas. No voy a ir a ningún sitio contigo y menos aún al norte y, por supuesto, no voy a retar a ese Dopach…

—Donnach.

—Como se llame, da igual, nunca me aclaro con vuestros nombres de pictos. Te repito que no voy a morir en un poblacho picto que olerá a mierda de vaca y cerveza rancia o dejar que mi cadáver se pudra en alguna colina, siendo pasto de cuervos y alimañas. No le debía nada a tu padre y no te debo nada a ti. ¿La espada? Por mí, se la puede quedar ese tipejo asqueroso, ese folla ovejas, y hurgarse la nariz con ella a ver si se revienta los sesos. No me importa. No vale nada, puedo comprarte otra igual, idéntica, incluso mejor en el mercado de Eburaco, si es lo que quieres.

—Pero él mató a tu hermano, ¿eso no significa nada para ti?.

—Mira, Caiside, voy a respetar que eres de mi familia, de mi sangre como tú dices. Ven conmigo al fuerte —dijo Alecto señalando hacia el muro—. Tengo un poco de dinero ahorrado, te lo daré y escribiré una carta de recomendación para un comerciante que conozco en la capital. Me debe un favor. Te proporcionará un empleo, de lo que sea, y ganarás un sueldo y, con el tiempo, podrás comprarte una casa y casarte con una buena mujer que te dará varios hijos. Dentro de unos años, cuando tu pelo sea blanco y tus nietos correteen entre tus piernas, mirarás atrás satisfecho con tu vida y te darás cuenta de la tontería que estuviste a punto de cometer.

Caiside contestó escupiendo con desprecio entre los pies de

Alecto. Después, apagó el fuego pateándolo con furia y se colgó la mochila al hombro. Sin mediar palabra, se encaminó hacia las colinas. Alecto abrió la boca para decir algo más pero se detuvo, pasó la punta de la lengua por sus labios resecos y, encogiéndose de hombros, retornó al muro. Tenía una botella de posca a medio terminar y un largo día para disfrutarla.

Alecto llegó a la puerta del fuerte. En las almenas se asomaban las cabezas del recluta y Delmacio. Acelerando el paso, atravesó el patio, saltando por encima de los charcos que empezaban a formarse alimentados por la tenue lluvia y llegó a la pequeña estancia que les servía de habitación a los tres. Construida originariamente para un grupo de veinte hombres había sitio de sobra para ellos tres pero aún así, en ocasiones, a Alecto le parecía tan estrecha y asfixiante como un calabozo. Y ese día, era una de esas ocasiones.

Caiside caminó en dirección norte, alejándose del muro. Acampó junto a un arroyo que serpenteaba entre un pequeño bosque de tejos y abetos. Encendió una hoguera y se quedó mirando el seco crepitar de las llamas. En el fuego, danzaban imágenes que seguían la música de sus recuerdos. Su padre atravesado por la espada que Donnach le había robado, la sangre manchando el campo de cebada como una lluvia venenosa, las llamas devorando la pequeña cabaña. Se imaginaba a Donnach desenvainando todos los días la espada de su familia, cortando el aire con ella, leyendo las letras que había grabadas en el metal. Lágrimas de rabia asomaron a los ojos de Caiside. Y esas lágrimas se secaron en sus mejillas cuando en su mente se dibujó la figura de su tío, el repugnante cobarde de su tío. Había tenido tantas esperanzas depositadas en ese viaje. Se había imaginado a Alecto como un héroe casi legendario, como si fuera Cú Chulainn en los cuentos que le contaba la vieja Fial en las noches de invierno, cargando contra sus enemigos, desnudo, sin armadura para demostrar su valor, sus músculos tensos como las ramas de un roble, arrebatando vidas como la hoz siega el trigo en verano. Pero todo era mentira. Solo era un viejo borracho y amargado que no sabía lo que era el honor. Caiside se tumbó en el suelo y aguantó las lágrimas, después se cubrió el cuerpo con su capa y cerró los ojos. Sus labios musitaron una rápida oración a Morrigan, diosa de la muerte. Solo le pidió una cosa. Venganza.

Alecto se quitó la ropa mojada y acercándose al brasero se frotó con fuerza las manos. Escuchó cómo una puerta se abría a su espalda. Sin girarse, se dirigió al catre que ocupaba todas las noches y revolviendo entre la manta halló una pequeña cantimplora de cuero medio llena. Bebió un trago apresurado. El ardiente sabor de la posca se deslizó por su garganta como fuego líquido. Cerró los ojos durante unos segundos y después se giró para ver a Delmacio preparar el

tablero de madera donde jugaban al *latrunculi*. Sus dedos viejos, agarrotados por el reuma, se movían con cuidado disponiendo las piezas de piedra sobre las casillas: peones, vigilantes y guardias.

Alecto acercó una pequeña banqueta al tablero y espero a que estuviera dispuesto. Con un gesto de la mano, Delmacio abarcó las ordenadas filas que formaban con una disciplina ejemplar las figuras y le indicó que empezara a mover. Alecto empujó un peón situándolo en una casilla vacía y esperó la reacción de Delmacio. Pronto, apenas un par de movimientos más tarde, toda su atención estaba puesta sobre la táctica desplegada sobre el tablero. En el exterior, seguía lloviendo, el sonido del agua al caer sobre los charcos y el techo acompañaba la silenciosa lucha que llevaban a cabo los dos hombres con sus piezas.

—Tenía un aire familiar —dijo de repente Delmacio mientras eliminaba un vigilante de Alecto apartándolo a un lado del campo de batalla—. Y no solo en el físico. Era tan testarudo como vosotros.

—Déjalo —gruñó Alecto mientras miraba de reojo la pieza eliminada y se preguntaba cómo había podido ser tan torpe—. No quiero hablar sobre eso.

—¿Ni siquiera me vas a contar qué ha venido a hacer aquí? ¿Qué es lo que quería?

Durante varios movimientos, Alecto no contestó. Quería centrarse en el juego pero su mente era como mercurio, se escurría entre sus dedos como un pez húmedo y resbaladizo, le resultaba casi imposible concentrarse en lo que estaba haciendo y planear una estrategia victoriosa. Una y otra vez, la conversación con Caiside invadía su memoria y de nada servía querer encerrarla en un oscuro rincón donde por fin olvidarla.

—Mierda —musitó cuando las fichas de Delmacio empezaron a cernirse sobre las suyas como una marea inevitable—. Estoy bien jodido. Es como el puto Cannas. Me vas a hacer pedazos.

—Ya puedes jurarlo —dijo Delmacio mientras se palmeaba satisfecho la barriga.

— Dídimo está muerto. Y Ninian. Ella también murió. En un parto.

—Entiendo —susurró Delmacio. Notó como un nudo se le formaba en la garganta. Otro hermano de armas caído más allá del muro. Ya había perdido la cuenta de cuántos habían sido pero aún recordaba cada uno de sus rostros. Y luego estaba ella, la pequeña y dulce Ninian. Pobre y triste chiquilla, pensó mientras intentaba controlar las lágrimas que amenazaban con anegar sus ojos—. Mierda, pese a todo lo que ocurrió entre vosotros, nunca perdí la esperanza de volver a verlo otra vez. Puede que fuera tu hermano, y estuvierais más que enfrentados, pero también era mi amigo. Un buen camarada. Y lo echaba de menos. Nunca me contaste por qué intentó matarte.

—Y hoy tampoco va a ser ese día, viejo.

—Está bien. Como quieras. Supongo que no es asunto mío, ¿verdad?´

—No es eso, y lo sabes —Alecto movió uno de sus peones hacia una casilla adyacente—. Hay cosas que simplemente es mejor guardarlas para uno mismo.

—¿Te ha contado el chico cómo murió su padre? —preguntó Delmacio.

—Sí. Un picto, un tal Donech o Dopach o un nombre parecido, lo mató.

—Cabrón de mierda.

—Y se quedó de recuerdo con la espada de mi abuelo. El chico ha venido para pedirme que retara en un duelo a ese picto y recuperara la espada —Alecto se encogió de hombros y una triste mueca deformó sus labios—. ¿Te lo imaginas? Un duelo. ¿En qué estaría pensando ese chaval?

Delmacio no contestó. Se llevó un pulgar a la boca y mordisqueó con fruición su uña. Tres movimientos más tarde había ganado la partida.

—¿Cuánto te debo ya? —preguntó Alecto sorbiendo entre dientes su descontento.

—Lo suficiente como para comprar el trono de algún pequeño reino del Este. Espero que algún día harás frente a tu deuda.

—Claro, cuando el emperador en persona se acerque hasta aquí y decida pagarme con intereses mis leales servicios durante todos estos años aquí, en el culo del mundo.

—No voy a perder la esperanza de que eso ocurra en algún momento. ¿Te apetece comer algo o echamos otra partida?

—Comamos —decidió Alecto. No tenía ganas de jugar otra partida y sufrir una nueva e inevitable derrota. Con una al día era más que suficiente.

Delmacio preparó unas gachas con tocino acompañadas con pan untado en aceite. Un intenso olor a comida inundó la habitación. El fuego crepitaba en la cocina de piedra, lanzando pequeñas chispas al aire. Comieron junto a la hoguera, alimentándose tanto con la carne y las gachas como con el calor que emanaba de las llamas.

—Dilo ya —dijo Alecto mientras mordisqueaba un trozo especialmente correoso de cerdo—. No te lo guardes dentro.

—Muy bien. Creo que no tendrías que haber dejado que se fuera. Era… es tu familia. Es el chico de Dídimo y Ninian. Nació aquí, ¿te acuerdas? Lloraba con ganas por la noche, despertando a toda la guarnición. Una cosa era cierta y es que tenía buenos pulmones, ya lo creo que sí.

—No lo he olvidado, hermano. Y por eso le he dicho que

viniera conmigo, incluso le he ofrecido dinero. Sí, ese dinero que te pertenece. Y ha dicho que no. Es más, me ha escupido. Pequeño capullo —musitó Alecto entre dientes.

—Entonces a lo mejor tendrías que haber optado por la segunda opción. Y haber seguido al chico a las colinas

—Oh, tú también —exclamó Alecto dejando su plato en el suelo —. Esa no era una opción, nunca lo ha sido. No se me ha perdido nada allí, en la niebla y el barro. Lo sabes bien. Es territorio picto. Allí no somos bienvenidos y no me extraña haciendo las cosas que hemos hecho durante estos años. Sería un suicidio. Y aún no me he cansado de esta vida de mierda para tomar esa decisión

—No digo que retes a ese picto. En eso estoy de acuerdo contigo. Es una idea descabellada. Ya no eres el joven que conocí, tendrías la pelea perdida antes de siquiera comenzarla. Y no me mires así, es la verdad. Los años pasan para todos. Simplemente, pienso que, si lo hubieras acompañado durante dos o tres jornadas, podrías haber convencido al chico con tu lengua de sacerdote y tus maneras de cortesano imperial —ironizó Delmacio—. Solo necesitabas eso: tiempo. Y si te quedabas sin él, siempre podías haber atado al muchacho y haberlo traído de vuelta a casa, a rastras si fuera preciso. Lo hubiéramos encerrado con Nilo en la cuadra un par de semanas y asunto arreglado.

—¿Tendría que haberlo seguido, entonces? ¿Y abandonar mi puesto, aquí, en el muro? Creo que no. Tengo unas obligaciones, no sé si las has olvidado.

—¿Por qué? ¿Por esto? —dijo Delmacio abarcando con los brazos el barracón— ¿Por el deber, por el muro, por el emperador? Que le den por el culo al deber, al muro y al emperador. Sólo estamos aquí porque no tenemos otro sitio al que ir. Y lo sabes.

—Hicimos un juramento. Tú, yo y todos lo que han servido a lo largo de los años aquí. Muchos de ellos están enterrados, allí, en el bosque, otros están en las colinas, en el norte. Eran nuestros camaradas y cavamos muchas de esas tumbas con nuestras manos desnudas, los dos juntos. ¿O ya no te acuerdas de eso? Debemos un respeto a su memoria.

—Y tu manera de respetarlos es pasar el día aquí, bebiendo o jugando al tablero.

— No voy a ir a buscarlo —dijo Alecto mientras escupía un trozo de pan al suelo—. No hay nada más que hablar.

—Claro que no —contestó Delmacio mordiéndose los labios con sus dientes mellados—. ¿Te has fijado en el color de sus ojos? Eran muy peculiares, ¿verdad? Solo he visto en una ocasión unos iguales a esos. Eran como los que tenía Ninian.

Alecto se levantó del taburete, arrojó el resto de la comida al

fuego y se metió en su cama. Delmacio siguió comiendo en silencio contemplando las llamas. Cuando por fin se incorporó, los huesos de sus piernas lanzaron sendos latigazos de dolor. “Es horrible hacerse viejo”, pensó mientras se dirigía a su catre, “y lo peor es que no me he dado cuenta de cuando ha ocurrido esa tragedia”.

A la mañana siguiente, no había nadie tumbado sobre el colchón de paja del camastro de Alecto. Delmacio se limpió las legañas de sus ojos con dos dedos y salió al patio. La puerta del fuerte que daba a las tierras pictas estaba abierta. El viejo soldado suspiró, se puso el gorro negro sobre su cabeza y después cogió el saco de trigo. Tenía que alimentar a Nilo y las gallinas, como todos los días.

CAPÍTULO II

—CAMINANDO EN CÍRCULOS—

Sentado en una roca, contemplando el mar de niebla que rodeaba la colina, Alecto recordó la primera vez que vio el muro.

Fue el final de un largo y extraño viaje que comenzó al otro lado del mar, en la Galia. Aquel día, una partida de reclutamiento se había presentado en su aldea. Estaban siendo tiempos difíciles para Alecto y su hermano. Sus padres habían muerto hacía apenas un mes. Primero falleció su padre, devorado por una manada de lobos tan hambrientos y desesperados por el invierno que no dudaban en acercarse a las cabañas y las cuadras para conseguir algo de caza y sustento. Su padre había salido a espantarlos armado con la vieja espada de la familia. Pero los lobos eran demasiados y, sobre todo, su hambre los empujaba a ignorar la amenaza del acero y del hombre que lo sujetaba. A la mañana siguiente, cuando por fin se atrevieron a abrir la puerta de la cabaña, los dos jóvenes encontraron la espada clavada en el helado suelo y una espesa mancha roja cubriendo la nieve como el escupitajo sanguinolento de un gigante. Su madre, devastada por la amargura, dejó que su espíritu se marchitara y murió apenas unas semanas más tarde.

Ambrosio, el principal *honestior* de la región, les dio sus condolencias, organizó una misa por las almas de sus padres pese a que no eran cristianos y acarició la cabeza de los dos hermanos con ternura. Dos días más tarde, les había arrebatado las pocas hectáreas de tierra que poseían para ampliar sus ya extensas posesiones y los había dejado en la indigencia más absoluta, sin más posesiones que la ropa que llevaban, media docena de monedas de cobre y una espada mellada.

Alecto y Dídimo malvivieron gracias a la misericordia de unos familiares lejanos, que poco más podían hacer que ofrecerles las tristes sobras de lo poco que poseían. A duras penas conseguían algo que llevarse a la boca y eran vistos por el resto de sus vecinos como algo poco mejor que los esclavos que se hacinaban en los establos con el resto de animales. Algunos incluso hablaban de ponerles el collar de hierro alrededor de sus cuellos y someterlos a la servidumbre antes de que la desesperación hiciera que los dos muchachos se unieran a alguno de los numerosos grupos de bandidos que asolaban la región. Pero todo eso cambió cuando los reclutadores llegaron.

Alecto no recordaba si fue idea de Dídimo o si había sido él mismo quién dio el primer paso hacia la mesa donde se efectuaba la

conscripción. En realidad nada de eso importaba porque en realidad no tuvieron otra elección. Una de las obligaciones de los terratenientes era facilitar cada año al emperador una leva regular de hombres junto con un número equivalente de cabezas de ganado. Procuraban que tanto los humanos como los animales fueran lo peor que pudieran ofrecer sus dominios. Junto a cerdos famélicos y ovejas moribundas, los enfermos mentales, los indigentes, los mutilados, los presos y todo aquel que no cumpliera con sus obligaciones para con el señor del territorio se ponía en la lista de los posibles reclutas que se ofrecerían a la milicia. Y con el auxilio de unas monedas cayendo dentro de la bolsa correcta se callaban bocas y se doblegaban voluntades dentro del ejército. Así que cuando el *honestior* Ambrosio les vio aparecer en la plaza del poblado permitió que una sonrisa abierta y franca falseara un gesto amable en su rostro y les hizo una señal con las manos para que se acercaran a la mesa.

El jefe de reclutamiento era un veterano, un *semissalis*, de piernas torcidas y gesto avinagrado, debajo de sus espesas cejas dos ojos oscuros y diminutos lanzaban los débiles destellos de una inteligencia limitada. Un somero examen visual para contar que tenían el número correcto de brazos y piernas, unos dedos sucios hurgando entre sus dientes tratando de hallar huecos delatores en sus encías, una prueba física que consistía en sujetar el escudo con el brazo izquierdo y una espada con la mano derecha durante apenas un minuto, un par de nombres apuntados en un papel con una caligrafía ilegible y, adelante, ya formaban parte de las fuerzas que defendían el imperio de sus enemigos. Les dieron a cada uno de los muchachos una placa de identificación, un certificado de reclutamiento y después, les tatuaron en el dorso de la mano una M mayúscula, como símbolo de su pertenencia al ejército y, por si tenían la peregrina idea de desertar, aviso a todo aquel que se los encontrara en algún camino lejos de su guarnición. Con esa marca, todo el mundo sabría qué es lo que eran y si estaban o no en el lugar correcto.

No se despidieron de nadie del pueblo. Sus vecinos no les echarían de menos, alguno incluso no pudo evitar soltar un suspiro de alivio al verlos marchar. Cuando el reducido grupo de reclutas abandonó la villa, Dídimo no volvió la vista atrás, pero Alecto sí lo hizo. Ambrosio, aquel que les había arrebatado todo lo que tenían, los miraba alejarse desde la puerta de su casa, con la sombra de una sonrisa asomando bajo sus espesos bigotes cobrizos, sus dientes mordisqueaban un muslo de pollo, arrancando pequeños trocitos de carne, poco a poco hasta dejarlo desnudo. Alecto juró en silencio que algún día volvería a ese pueblo, que recuperaría lo que una vez les perteneció y que, por encima de todo, borraría esa sonrisa de la cara del señor y la convertiría en una herida roja. Por supuesto, fue una

promesa que jamás pudo cumplir. Y Ambrosio, después de muchos años de próspera y fecunda vida, murió por causas naturales rodeado por sus hijos y nietos, sin haberles dedicado ni el más volátil pensamiento o el menor recuerdo a aquellos dos muchachos a los que les habían arrebatado todo.

Dos semanas más tarde, surcaron las grises aguas que separaban el continente de Britania en un paquebote que amenazaba con hundirse a cada golpe de ola. Fue la primera y última vez que Alecto se embarcó. Pasó toda la navegación apoyado contra uno de los mástiles, tan enfermo que sentía que si se ponía en pie todo su cuerpo, su piel, sus huesos, sus músculos se convertirían en aceite que se derramaría sin remedio por la quilla. Cuando por fin arribaron a puerto y Alecto sintió de nuevo tierra firme bajo sus pies, cayó de rodillas y besó el barro dando gracias a los viejos dioses de sus padres mientras los marineros se reían a carcajadas y su hermano, avergonzado, lo agarraba de un brazo para que se pusiera en pie.

Recorrieron el resto del trayecto que llevaba al muro a pie. Eran apenas una veintena de reclutas, atrás habían quedado los que habían muerto por enfermedades y los desertores cuyo destino, si los capturaban, era el patíbulo. El triste grupo era una extraña mezcla de huérfanos, ladrones, violadores, asesinos, esclavos, miserables que no habían podido pagar sus deudas y antiguos soldados que no conocían otra vida que la milicia y habían vuelto a reengancharse pese a que sus bocas desdentadas y su andar vacilante no hacían augurar nada bueno sobre su capacidad de combate. Eran lo único que podía ofrecer en esos momentos las provincias que formaban el cuerpo debilitado del Imperio. Cuando cruzaban las pequeñas granjas que jalonaban el camino como garrapatas en el cuerpo de un perro, los campesinos y sus familias se los quedaban mirando en silencio, con ojos bovinos, sin que ninguna emoción alterara el hieratismo de sus rostros apáticos y sombríos. Alecto se preguntó cuántas veces habrían visto marchar la misma columna con el mismo tipo de hombres hacia el norte y cuántos habrían vuelto si es que lo había hecho alguno.

El muro era una línea gris que se ondulaba sobre las colinas como si una serpiente de piedra las estuviera montando. La fortaleza que los recibió recibía el nombre de Camboglans y era como una pequeña ciudad autosuficiente. Tenía su propia herrería, establos y un mercado con media docena de tenderetes ofreciendo sus productos. Había casas alineadas dentro del perímetro de las murallas, donde vivían los soldados de la guarnición y sus familias. Unos baños se levantaban junto al pequeño riachuelo que discurría hacia el este buscando un hermano mayor en el que desembocar. Algunas granjas se distinguían en el horizonte, rodeadas de campos de cereales amarillos y en las colinas cabezas de ganado y ovejas pastaban como

si tuvieran todo el tiempo del mundo. Si Alecto y Dídimo, junto con el resto de la recluta, se habían hecho la ilusión de cumplir allí su servicio pronto se llevaron una decepción.

Un *biarchus* los separó siguiendo unas reglas que solo él conocía, distribuyendo al grupo hacia sus destinos en los otros fuertes que se levantaban a lo largo de toda la línea que marcaba el muro. "Fuerte Treinta y siete", dijo cuando le tocó el turno a Alecto y Dídimo. Un *semissalis* les tocó el hombro y les indicó que lo siguieran. Tardaron dos días más en llegar a su destino definitivo. Allí, los recibió un *centenarius* llamado Barates de miembros sarmentosos y una piel surcada por un millar de cicatrices que contaban historias de dolor. Los miró en silencio durante unos instantes, su boca se torció en un amago de sonrisa y, sin decirles ni una sola palabra, con un movimiento de su vara les indicó que lo siguieran.

Ascendieron los peldaños de la escalera que llevaba a las almenas del fuerte. Hacía frío, un viento del sur que cortaba la piel como una cuchilla afilada y que se metía por cada resquicio que pudiera haber en su ropa buscando hacer sangrar su carne. Alecto intentó que no le castañearan los dientes, apretó aún más su túnica a su cuerpo y se cubrió la cabeza con la capucha. Vacilante, siguió con la mirada la dirección que señalaba la vara del *centenarius*.

—Os voy a contar de qué va todo esto —les dijo mientras abarcaba el horizonte con un movimiento de su brazo—. Mirad allí, hacia donde se oculta el sol. Vamos, cachorritos, mirad. ¿Qué veis? Colinas, más colinas, algún árbol muerto, el asqueroso brezal por supuesto, eso que no falte. Un bonito paisaje, ¿a que sí? Eso no es lo que yo veo, y no es lo que deberías ver vosotros si no queréis terminar enterrados en el barro. No, eso que está ahí enfrente no es un paisaje, no es como el sitio que tuvo la desgracia de veros nacer. Eso es la casa de la muerte. Es un lugar donde no hay sol, donde la niebla puede arrancarte la piel a tiras y en las noches de invierno, cuando estéis acampados al calor de una hoguera de mierda, la oscuridad se meterá en vuestros cerebros y os susurrará ideas extrañas y rojas. Este lugar no es como ninguno que hayáis conocido antes, este lugar está vivo y quiere mataros. No olvidéis esto. Nunca —y después el *centenarius* aspiró un buen trago de aire y lanzó un gargajo verde y escarlata que se perdió en la naciente niebla del atardecer.

Ahora, muchos años después, Alecto recordaba las palabras del *centenarius*, una a una, y no podía evitar sentir que aquel hombre tenía razón. Le poseía una extraña sensación: que la tierra, el aire, la vegetación, todo lo que le rodeaba era hostil y quería devorar su carne y sus huesos. Por supuesto, no era la primera vez que hollaba el territorio que estaba más allá del muro. Había sobrevivido a un buen número de expediciones de castigo, más o menos exitosas, o había

escoltado, casi siempre ebrio para soportar el hastío, a mercaderes que llevaban vino para comerciar con los clanes pictos y volver con esclavos y plata sucia. Pero siempre los acompañaba un nativo, un guía de las tribus o un explorador del muro, alguien que conocía los caminos secretos que serpenteaban entre las colinas y las sendas ocultas en la floresta de los bosques. Pero ahora se encontraba solo y tenía la sospecha que era la tercera vez que subía la misma colina en los últimos días. Estaba perdido en aquel laberinto de roca, barro y lluvia.

El primer día, tras abandonar el muro, había seguido el rastro del chico durante gran parte de la mañana. Era fácil, no se había molestado en cubrir sus huellas y era como si hubiera dibujado un trazo en la hierba alta. A veces, tenía la certeza de que estaba a punto de alcanzarlo, que cada colina que ascendía iba a ser la última y que en el siguiente valle se encontraría con él. En una de las cimas, bajo el refugio de unas piedras planas, encontró una hoguera con las ascuas aún calientes y restos de una ardilla a medio devorar. Alecto se rascó la barba y miró al cielo. Quedaban una horas de luz, estaba despejado y pensó que podría descansar durante un par de horas antes de seguir con la búsqueda. Se dijo a sí mismo que encontraría al chico antes de que anocheciera. Al fin y al cabo, parecía que tenía todo el tiempo del mundo.

Se equivocaba.

Del oeste llegó un viento húmedo, trayendo consigo el aroma salobre del mar, una lengua fría y gris que congeló las rocas y el brezal. Después, nubes oscuras se amontonaron sobre las montañas. Y, de repente, una tormenta espesa, mezclada con cristales de hielo, empezó a caer como si el mismo cielo se desangrara sobre las colinas. Alecto se envolvió en su capa y buscó refugio debajo del saliente de una roca que surgía de la tierra como un hueso roto. Durante horas contempló como una cortina de lluvia gris disolvía el resto del mundo con su amargo beso. Llegó la noche y después la mañana y cuando por fin despejó y un tímido sol intentó abrirse camino entre las sucias nubes, Alecto comprobó que cualquier pequeño rastro que pudiera haber dejado el chico en su camino había sido borrado por el temporal. Con un suspiro, abrió la cantimplora que llevaba colgada de su cinto y bebió un trago. El familiar sabor de la posca se deslizó perezoso por su garganta.

Siguió caminando, ascendiendo una colina y luego otra y otra más. Durante horas. Sin parar. La cantimplora ya estaba vacía y notaba un peso familiar en su estómago. No era la primera vez que se emborrachaba con la posca y sabía que pronto sus rodillas cederían. Vio una silueta sobre una colina. No se acordaba del nombre del muchacho, esos malditos nombres pictos que tanto le confundían, así

que simplemente gritó “¡chico!” con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones. La figura no se movió. Aguantando las ganas de vomitar, ordenó a sus piernas que respondieran una última vez, ascendió la arisca pendiente, tropezando en cada agujero de terreno, sus dedos se hirieron con las rocas, notaba la piel de sus rodillas despellejadas pese a los gruesos pantalones que las cubrían, y su corazón amenazaba con pararse en cualquier momento.

Cuando llegó por fin la cima descubrió que la silueta que había visto en la distancia era un árbol de ramas muertas y desnudas y una corteza carcomida por las termitas. Alecto lanzó una carcajada y después cayó agotado sobre un lecho de malas hierbas. Durmió durante un par de horas y cuando despertó ya anochecía. Sacudió las hormigas que se habían subido a su ropa y a su barba mientras estaba dormido y con las ramas del árbol alimentó una triste hoguera que le proporcionó un breve atisbo de calor. Por la mañana, la lluvia empezó a caer de nuevo. Empapado, Alecto recogió sus cosas, observó el horizonte vacio y gritó de nuevo “¡chico!”. Escuchó como el sonido de su voz se perdía entre las colinas.

El tercer día el viento trajo el aullido lejano de un cuerno. Alecto lo reconoció y el sonido hizo que una sonrisa apareciera en sus labios. Todas las mañanas, cuando el sol apenas había asomado por el horizonte y la tierra aún estaba fría por la noche ya agotada, cada una de las guarniciones del muro soplaba un cuerno tres veces para hacerle saber a todo aquel que escuchara a un lado y otro de la muralla que todavía estaban ahí, que en los fuertes había soldados de Roma. Se quedó sentado un rato escuchado los tres toques hasta que desaparecieron como si nunca hubieran existido. Ese cuerno le mostró la realidad de su situación. Había estado andando en círculos. Ahora sabía que el muro estaba cerca, casi podía sentir su presencia, la solidez de su roca, el olor a tiempo que despedía de sus cimientos. Las manos de Alecto siguiendo la costumbre adquirida con los años empezaron a empaquetar sus escasas pertenencias, sus piernas descendieron la colina, llevándolo hacia el único hogar que había conocido en su vida.

Los jirones de niebla empezaban a desaparecer cuando por fin llegó al muro. O por lo menos lo que quedaba de él. Estaba derruido, la piedra convertida en cascotes donde crecía la maleza. Nadie se había molestado en repararlo, quizás a nadie le importaba. A su izquierda se levantaba uno de los fuertes miliarios. Cuando entró en él lo encontró abandonado. Las puertas de madera estaban destrozadas, los establos vacíos, no se escuchaba ni el más mínimo sonido. Entró en las estancias de la guarnición. Encontró un esqueleto en una de las camas. Alguien le había clavado una pica en el pecho rompiendo las costillas. Hacía mucho tiempo de eso. El cadáver aún sujetaba en su

mano un cuerno roto. Alecto apartó la vista. Después, saqueó la cocina y encontró un poco de posca en una cantimplora. Quitó el tapón, husmeó el líquido que se agitaba dentro y sorbió un poco. El sabor no le desagrado, había bebido cosas mucho peores y guardó la cantimplora dentro de su bolsa.

Salió de nuevo al exterior, al patio embarrado. Había huellas recientes en el camino que se dirigía hacia el sur. Carros, herraduras, pisadas. Muy numerosas. Y venían del norte. Se preguntó si habría alguien que pudiera parar a los invasores, si a alguien le importaba aún defender la provincia. Entre el barro brillaba algo. Se agachó y recogió de la tierra pisoteada, como si fuera una extraña flor, una pequeña fíbula verde en forma de hoja. Se sentó en uno de los escalones que llevaban a las murallas. Recorrió las formas de la fíbula con sus dedos sucios. Una y otra vez.

Ella tenía una igual.

Ninian.

Recordaba cómo la había aplastado, enojado, con su puño cuando escaparon del muro, ella, el bebe y Dídimo. Y después había arrojado aquel objeto roto e inservible lo más lejos que le permitió su fuerza. Más tarde, se arrepintió de ese gesto de ira y resentimiento y durante mucho tiempo buscó esa fíbula sin encontrarla. Había sido el único recuerdo que conservaba de Ninian. Ahora, tenía otra en la mano, tan parecida a aquella que podría hacerle dudar si era la misma que había perdido hace tantos años. “Supongo que es el destino”, pensó mientras guardaba el alfiler en uno de los bolsillos de su túnica. Dirigió una última mirada hacia al sur y después, resignado, volvió sus pasos al norte, a las colinas envueltas en su eterno velo de niebla.

El cuarto día aparecieron los fantasmas. Esa noche había soñado que no tenía rostro, sus ojos, su nariz, su boca habían desaparecido y solo había un espacio vacío y oscuro, congelado en un grito silencioso. Cuando despertó los fantasmas estaban allí. Hacía mucho tiempo que no le visitaban. No los había echado de menos. La mayoría eran hombres, algunas mujeres, unos pocos niños. Todos tenían profundas heridas en sus pálidas, lechosas pieles. Heridas de espada, de dardos, de lanzas, de cuchillos. Alecto las conocía bien. Se acordaba de cada una de ellas, de cuándo y dónde las había infligido. Eran su obra. El sucio trabajo de toda una vida al servicio del emperador.

Los fantasmas nunca le hablaban. Solo se quedaban de pie, mirándolo con ojos que no mostraban ninguna emoción, ni dolor, ni odio, no había en ellos ningún sentimiento que Alecto pudiera identificar. Mordiéndose los labios hasta que sintió la sangre en la punta de su lengua, Alecto se puso en marcha, empezó a caminar, sabía que lo seguirían, siempre lo hacían, una pequeña tribu de

cuerpos blancos y silenciosos. Durante toda la mañana, no se volvió ni una sola vez, pero podía sentir su reservada y obsesiva presencia a su espalda.

Encontró unas piedras pintadas en el suelo. Verde, rojo y azul. Las siguió durante un trecho hasta llegar a las ruinas de un poblado. Y durante un instante temió que fuera el pueblo de Ninian. Pero, claro está, eso no podía ser porque aquel estaba muy lejos, hacia el este, a casi diez jornadas. Pero el poblado era tan similar que sintió la tentación de pasar de largo. La misma disposición circular de las casas, la empalizada rota, el foso ya desaparecido relleno por el tiempo, el barro y la lluvia. Alguien lo había atacado y destruido. Quizás Roma, quizás un clan rival, puede que incluso los propios habitantes abandonaran y quemaran todo el lugar para que nadie más pudiera aprovecharlo.

Se acercó al centro del pueblo. La casa principal había sido quemada hasta los cimientos. Lo único que quedaba en pie era la columna con los rostros de los dioses tallados en la oscura y carcomida madera. Alecto sintió como esos ojos ciegos lo miraran, juzgándolo. Un sabor amargo se instaló en su garganta, escupió al suelo y se ajustó la capa. “Solo hay un dios, único y verdadero”, pensó mientras se tocaba la marca de su frente, “Divino Mitra, ayúdame”. Cuando se marchó del pueblo, los fantasmas se quedaron atrás. Alecto no se hacía ilusiones, sabía que no se ha librado de ellos, que algún día volverán. Siempre lo hacían.

El quinto día conoció a Aoife.

Aquella mañana, Alecto había terminado con los últimos restos de posca de su cantimplora y deambulaba tambaleante, apenas sobrio, entre un laberinto de rocas grises que surgían del suelo como los dientes mellados de un gigante. Se metió un trozo de carne seca en la boca y la masticó durante un rato hasta que su estómago por fin se rindió y decidió que ya había tenido bastante. Estaba de rodillas, vomitando, cuando escucho una voz a su espalda

—Estás muy lejos del muro, romano.

Mareado, con sus piernas resistiéndose a obedecer sus órdenes, Alecto se incorporó con dificultad. Intentó erguirse, que su espalda estuviera recta como cuando pasaban revista en el muro, pero la posca que navegaba en su sangre como un virus debilitó su voluntad y, derrotado por algo que era más fuerte que él, se dejó caer sobre sus rodillas. Sentada en una roca, contemplando sus esfuerzos con una mezcla de curiosidad y diversión mal disimulada, había una mujer. Sobre sus muslos reposaba un bastón hecho con madera de serbal. Vestía una túnica marrón, raída por el tiempo y los elementos. Sus piernas y brazos estaban tan cubiertos de tatuajes azules que no se podía distinguir el color de su piel. La mitad de su cabellera estaba

cortada al cero, la otra mitad, estaba cubierta por una espesa mata de cabello negro que caía sucio y desgreñado sobre su hombro izquierdo. De un salto, bajó de la roca, y sonrió a Alecto con dos sucias hileras de dientes desparejados.

—¿Quieres que te ayude a levantar, romano? —le preguntó en un latín torpe, casi anticuado—. Como te he dicho, estás muy lejos de casa y una mano amiga siempre viene bien. Y, además, por lo que puedo ver estás muy borracho.

—Ya me he dado cuenta de mi estado, gracias. He contribuido a crearlo con mucho entusiasmo. No, no necesito tu ayuda —Alecto se incorporó apoyando las manos en las piedras y se encaró con la mujer. Era más alta que él y tuvo que levantar un poco la barbilla para poder mirarla a los ojos—. ¿Hablas mi lengua?

—Sí, no tan bien como solía hacerlo, pero sí, a veces mis pensamientos aún fluyen en la lengua de mis padres.

—¿De tus padres? ¿Eres romana?

—Una vez lo fui. Cuando era una niña vivía en el sur, al otro lado del muro. No me preguntes dónde, no me acuerdo. Un mañana, cuando apenas había amanecido, llegaron a la granja los hombres tatuados, azules como el brezal, con aceros en sus manos y corazones de piedra en el interior de sus pechos. Mataron a mi padre, a mis hermanos y a mis perros. También a todo el ganado y quemaron mi casa hasta sus cimientos. A las mujeres nos dejaron con vida. Nos llevaron con ellos, de vuelta a sus tierras, a mi madre, mis dos hermanas y a mí, claro. Cruzamos el muro. Esa misma noche violaron por primera vez a mis hermanas mayores. Yo era una niña y me dejaron en paz —la mujer se encogió de hombros y se quitó una invisible mota de polvo de su túnica—. A mi madre la degolló el druida que acompañaba al grupo. Tres días más tarde, nos separaron. A mis hermanas se las llevó el grupo del druida. A mí, me vendieron como esclava y nunca volví a verlas. Pero todo eso ocurrió hace mucho tiempo y esa niña murió también hace muchos años. Ahora soy otra cosa—dijo señalándose los tatuajes—. Algo muy diferente.

—Sí, o una renegada o una esclava. No sé que es peor —Alecto hizo el amago de escupir al suelo su prejuicio pero un peligroso destello en la mirada de la mujer hizo que se tragara la saliva que había acumulado en su boca.

—Oh, no. No soy ni una cosa, ni otra. Pero, si he ser sincera, he sido esclava la mayor parte de mi vida. Mi último señor fue un anciano amable que antes de morir me liberó contra la opinión de toda su familia y me quitó el collar de hierro que ceñía mi cuello. Aunque me ha quedado una fea marca en la piel después de tantos años, ¿la ves? —preguntó la mujer mientras con un dedo seguía una línea blanca, una densa cicatriz, que rodeaba su cuello como una

collar de dolor—. Como digo, el anciano fue muy generoso conmigo y le guardo un gran aprecio. No tanto a sus hijos que me buscaron con sabuesos y caballos cuando me marché de su casa. Aunque no lo parezca tengo cierto valor para la gente de esta tierra.

—¿En serio? —preguntó incrédulo Alecto mientras valoraba en silencio los brazos y piernas delgaduchos, la cabellera medio rapada y la tela raída que cubría un cuerpo que no prometía gran cosa.

—Sí, hay otras cosas aparte de las que estás pensando. No era la esclava sexual de mi señor. Por cierto, si crees que estamos aquí solos y que estoy indefensa y que podrías forzarme sin mucho esfuerzo te recomiendo que lo pienses dos veces antes de intentarlo. No serías el primero al que corto su patética virilidad con mi cuchillo.

—Me estás empezando a gustar, mujer —dijo Alecto mientras se sentaba con la espalda apoyada en una de las grandes rocas que jalonaban la colina—. Tranquila, estoy demasiado borracho como para intentar nada. Y cansado como un perro en una tarde de agosto. Muy cansado. Puedes ahorrarte tus amenazas. Estás a salvo conmigo. Además, siempre he preferido pagar por un buen servicio, no sé si me entiendes.

—Pues la verdad es que no.

—Sí, ya… Se me había olvidado que ya no estoy en el mundo civilizado.

—¿Y tú qué haces tan al norte? ¿Eres un desertor?

—No, no lo soy. Odio a los desertores. Bueno, no lo soy en un sentido estricto. Pienso volver a mi puesto en cuanto termine lo que he venido a hacer aquí.

—¿Y qué es? —preguntó la mujer mientras trazaba líneas en el suelo con la punta de su bastón.

—Encontrar a mi sobrino. Y arrastrarlo de vuelta al muro a la fuerza si es preciso.

—¿Y qué hace tu sobrino tan al norte? ¿Es él quien ha desertado?

— Pero qué dices si debe tener doce o trece años… Creo que me dijo que tenía catorce. Da igual. —Alecto negó con su cabeza y respiró hondo—. Es una historia complicada. Lo cierto es que no conozco al muchacho. Él se crió aquí, en esta tierra, es a todos los efectos un picto. Su madre lo era también. Su padre, mi hermano, era del sur, otro romano como yo. Ambos están muertos ahora y el chico está solo. Soy su única familia. Hace unos días, vino hasta el fuerte donde sirvo a pedirme un favor, una locura que se le había metido en la cabeza. Tendrías que haberlo escuchado. Me pidió ayuda y yo se la negué. Después me arrepentí, diré en mi defensa que no tardé mucho en hacerlo, en realidad ocurrió esa misma noche pero fue muy tarde en todo caso. Confundí su rastro y desde entonces lo he estado

buscando por las colinas, subiendo y bajando, una y otra vez, en esta mierda de sitio hasta que me he perdido. Y lo he perdido a él. Y creo que estoy contando demasiado. Tendrás que disculparme. Me suele pasar cuando estoy demasiado borracho. Le doy a la lengua.

—Ya veo. Quizás pueda ayudarte. Es más, creo que voy a hacerlo. Por cierto, mi nombre es Aoife.

—No es un nombre romano.

—No, no lo es.

— A mi puedes llamarme Alecto.

—Ese sí que es un nombre romano —contestó Aoife sonriendo.

— Has dicho que podrías ayudarme, dime cómo.

—El chico, tu sobrino, has dicho que era picto, que se había criado aquí, en estas tierras.

—Así es —asintió Alecto—. Ya te he dicho que no lo conozco pero por lo poco que vi, no tenía mucho de romano y le sobraba bastante de salvaje.

—Salvaje. Supongo que es así cómo nos veis, ¿verdad? Poco más que animales. Es lo más fácil, supongo. No, no voy a discutir contigo —dijo Aoife levantando una mano para frenar el amago de replica que se estaba formando en los labios de Alecto—. Tenemos cosas más importantes que hacer. Dime, una cosa, ¿tu sobrino iba pintado como el pueblo azul?

—Sí —contestó de mala gana Alecto, sin poder reprimir que un gesto de disgusto deformara su rostro.

—¿Qué tatuajes decoraban su piel?

—No sé, no me fije bien. Todo esa pintura que lleváis me parece siempre lo mismo, mierda azul extendida como una cataplasma.

—Cuánta ignorancia —Aoife movió la cabeza como si estuviera decepcionada pero su boca sonreía todo el tiempo—. Todo tatuaje cuenta una historia. Quién eres, a quién perteneces, qué has hecho, cuál es tu destino. Son muy importantes y no es algo que se escoja a la ligera. Dime una cosa, ¿sabes si llevaba algún animal tatuado?

—No, no lo sé… Espera un momento, quizás llevara una especie de serpiente dibujada en el antebrazo—Alecto se rascó la barba y cerró los ojos. Trataba de dibujar una imagen en su memoria, el chico, los tatuajes, pero las imágenes se escapaban como si estuvieran hechas de agua—. O eso me pareció. Podría ser cualquier cosa.

—Confiemos en que fuera una serpiente. Una figura curiosa. ¿Tu sobrino tenía relación con los druidas? —preguntó Aoife entrecerrando los ojos.

—No, que yo sepa. Te repito que no conozco al chico, ni sé lo

que ha hecho en su vida. Pero espero que no se acercara a esos fanáticos por su propio bien.

—La serpiente es un tatuaje muy especial. Lo suelen llevar druidas o gente que ha tenido relación con ellos. Yo tengo uno, aquí, ¿ves? —dijo Aoife señalándose el antebrazo derecho y siguiendo con el dedo índice una forma sinuosa dibujada en su piel—. De cuando fui esclava de la Arboleda, cuando serví al Colegio Blanco. Si ese no es el motivo, si tu sobrino no ha tenido ese tipo de relación con los sacerdotes de la Diosa, la serpiente solo se tatúa por un hecho excepcional.

—¿Y cuál es?

—Cambiar de piel. Ser otro tú, diferente al que habías sido hasta entonces.

—No entiendo una palabra de lo que me estás diciendo. ¿Y de quién has dicho que fuiste esclava? ¿De un árbol? —preguntó Alecto mientras ponía los ojos en blanco.

—De la Arboleda. De los druidas. Da igual, ahora eso no tiene importancia. Algún día te contaré mi experiencia con ellos. Pero hoy, no. Hay gente a la que encontrar y se nos acaba el tiempo —Aoife dio una palmada y se frotó las manos—. La serpiente de tu sobrino. Si fuera un caballo o un perro sería más difícil, como puedes ver no hay muchos por aquí. Y si hubiera sido un delfín, ni te cuento. Pero esos tatuajes suelen ser más propios de la gente de la costa, se relacionan mucho con ellos. Y con las focas. He oído cada historia sobre los pescadores que te helaría la sangre, romano. En todo caso, la serpiente está bien, aunque habría preferido un pájaro. Un cuervo, un grajo…

—¿Sería mucho pedir que en algún momento hablaras con algo de sentido? —preguntó Alecto mientras maldecía en silencio no haber guardado un poco de posca como reserva para situaciones como la que estaba viviendo en esos momentos—. A veces, me resulta muy difícil entender algo de tu conversación.

—Ya lo sé. Me pasa a menudo. No te preocupes te acostumbraras. Pero lo primero es lo primero— Aoife empezó a levantar las piedras del suelo ayudándose con su bastón—. Vamos, no me dejes sola en esto, levanta tú también alguna, hombre.

Alecto la miró en silencio durante unos instantes meditando si estaba loca y si era conveniente seguir sus órdenes o si sería más prudente darse media vuelta y volver por donde había venido. Se rascó la cicatriz que recorría su mejilla, un viejo tic que tenía desde hacía mucho tiempo y tomó una decisión. Encogiéndose de hombros, empezó a levantar piedras pensando en lo que diría Delmacio si pudiera verlo. Lo más seguro es que acabara en el suelo, revolcándose de la risa.

—Aquí —gritó de repente Aoife.

Alecto se acercó a ella. Había levantado una piedra pesada y oscura. Debajo de ella, entre la tierra húmeda, dos serpientes enroscaban sus anillos, danzando al ritmo de una música que solo ellas podían oír.

—Me sabe mal hacer esto pero es lo que hay —Aoife empezó a empujar a las serpientes con su bastón hasta que estas, con un siseo, se separaron una de la otra. Una serpiente, la más oscura se escapó hacia el sur, la otra, de color verde, lo hizo en dirección contraria—. Seguiremos a la hembra —dijo Aoife señalando a la serpiente esmeralda—.

—¿Por qué? —preguntó Alecto mientras daba un paso atrás cuando la serpiente oscura reptó cerca de sus pies calzados.

—Porque es la hembra. Es más lista. Y además, el macho va hacia el sur, hacia el muro. No creo que tu sobrino haya ido en esa dirección. Vamos, si no nos ponemos en marcha la perderemos.

Y colocándose el bastón sobre un hombro empezó a bajar la colina siguiendo a la serpiente que se desplazaba dibujando surcos en la hierba. Alecto suspiró, recogió su bolsa, el escudo y la espada y siguió a esa extraña mujer que había irrumpido en su vida.

Recorrieron media milla y llegaron hasta un bosque, una pequeña selva de alisos y abedules. Allí, en la espesura, perdieron el rastro de la serpiente en un mar de hojas caídas, piñas y ramas secas.

—No importa —dijo Aoife cuando la serpiente desapareció de su vista—. El chico está en el bosque.

—¿Cómo lo sabes?

—La serpiente nos ha traído hasta aquí.

—Oh, claro, la serpiente, la había olvidado. Pero, ¿se puede saber de qué estás hablando?

—Me dijiste que el chico tenía el tatuaje de una serpiente en su brazo.

—Sí.

—Es su animal. Tendrá una conexión con ellas. Está aquí.

—Perdí la pista del chico hace cinco días, ¿me has entendido?. Cinco días. Podría estar a cien millas de aquí. Solo estoy perdiendo el tiempo contigo. Y con esa puta serpiente.

—Has dicho que podría estar muy lejos. De acuerdo, es una posibilidad —concedió Aoife—. Pero buscar en este bosque hasta el mediodía no va a cambiar las cosas, en el caso de que haya cometido un error. Solo te pido eso, un poco de tiempo. Hasta que el sol esté en su punto más alto.

Alecto sostuvo la mirada la mujer. Aoife se apoyaba sobre su bastón. Sus labios finos formaban una sonrisa tranquila, casi sosegada, sus ojos marrones lo contemplaban con cierta dulzura, como haría una madre con su hijo.

—Está bien. Buscaremos aquí —dijo Alecto—. Ojalá no te equivoques. Señala el camino.

Aoife asintió levemente. Después, aspiró una bocanada de aire, susurró unas palabras en picto y se besó el tatuaje en forma de espiral que tenía en la muñeca derecha. Sin titubear empezó a andar hacia la izquierda, siguiendo una senda invisible a los ojos de Alecto. Caminaron durante un buen rato hasta que llegaron a un claro. Allí se levantaba una plataforma hecha de madera. Sobre la plataforma, atados a postes, había decenas de cuerpos descarnados por el tiempo y los pájaros.

—Guerreros —dijo Aoife señalando las armas melladas y oxidadas que los cadáveres aún sostenían con sus manos esqueléticas —. Tuvieron una buena muerte en batalla. Los pájaros devoran su carne y los llevan hacia el cielo, hacia una nueva vida.

—No había visto antes nada igual.

—No está hecho para ojos de los romanos.

—Desde luego que no —Alecto sintió como las cuencas vacías de los muertos se clavaban en él sintiendo la misma hostilidad que le habían demostrado los dioses de la aldea. Y como allí, se llevó la mano a la marca de su frente—. Creo que no les agrado. Quizás incluso haya matado a alguno de ellos. Deberíamos irnos.

Aoife asintió y salió del claro, Alecto iba tras ella, sin querer volver la vista atrás. Temía lo que podía ver si lo hacía.

Estaba a punto de cumplirse el plazo que habían acordado cuando la serpiente apareció junto a ellos. Salió siseando de entre las raíces de un árbol, un cuerpo verde, ondulante, que los examinaba con sus ojos fríos e inteligentes.

—No puede ser la misma —susurró Alecto sin poder disimular la impresión que le había causado ver de nuevo al animal.

—¿Entonces no deberíamos ir tras ella, romano? —preguntó con ironía Aoife.

Alecto resopló, se mordió los labios y, ajustándose la túnica, siguió a la serpiente. Apenas habían recorrido un centenar de pasos, cuando encontraron al chico, tumbado sobre una roca plana, dormido. La serpiente encontró un hueco excavado bajo la piedra y se ocultó en la oscuridad.

—¿Ese es tu sobrino? —preguntó Aoife.

Alecto asintió y, sin hacer ruido, se acercó al muchacho.

CAPÍTULO III

— FRUTOS EXTRAÑOS—

Una historia de tiempos pasados

I

Pocas cosas relacionadas con la muerte podían impresionar a Alecto. Y aún menos, un cadáver. A lo largo de sus muchos (quizás demasiados) años de servicio los había llegado a conocer y sufrir en todas sus variantes y condiciones. A saber: degollados, quemados, decapitados, ahorcados, desmembrados, arrastrados por caballos, devorados por perros, torturados hasta la muerte con hierros y fuego, ahogados, eviscerados, pisoteados y golpeados hasta ser reducidos a una masa informe de carne y hueso machacados. De ahí que ningún cuerpo muerto le deparaba ningún interés más allá de la mirada rapaz, abrasiva, que trataba de distinguir entre la pálida y fría piel el brillo de un anillo o, si era muy afortunado, el singular destello de un brazalete. Y sin embargo, en aquella ocasión, no pudo evitar contemplar fascinado los restos de las dos mujeres como si fuera un novato que veía por vez primera un muerto.

Hallaron los cadáveres al mediodía cuando ya habían perdido la esperanza de encontrarlas tras doce interminables jornadas de búsqueda. Los cuerpos se hallaban en una colina pelada y agreste, con un árbol, un roble viejo y carcomido coronando su cima. Era un lugar extraño, casi irreal, en un territorio donde lo extraño era lo común y la realidad una anécdota sin importancia. La mujer mayor, la madre, estaba clavada en las ramas bajas del roble. Tenía cortes hechos con una cuchilla por todo el cuerpo como si un centenar de silenciosas bocas rojas hubieran brotado de su carne. En las heridas, de una pulcritud y dedicación casi exquisitas, las moscas habían acumulado huevas blancas que destacaban dolorosamente contra la carne que empezaba a ennegrecer. Le habían cercenado a la altura de la muñeca la mano derecha, afeitado la mitad del cráneo, cortado los parpados y el labio superior y un trozo de carne colgaba de su mejilla como una cortina rota. Sus ojos ciegos, endurecidos al aire, miraban glaucos, acusadores, a los hombres que no habían sido capaces de salvarla.

—Putos salvajes —musitó Delmacio y el soldado que Alecto tenía a su derecha escupió al suelo para reafirmar ese juicio de valor.

“Sí”, pensó Alecto, “son unos putos salvajes, en eso estamos de acuerdo. Pero me gustaría preguntarles a esas malas bestias el sentido de todo esto, qué razón hay detrás de esta carnicería, si es que hay

algo. Porque quiero pensar que, pese a todo, y más allá del placer que hayan podido encontrar al torturar y matar a esta pobre desgraciada, ellos hacen todo esto por un motivo. Y eso es lo que me preocupa. Pero también sé que si los atrapamos, una vez haya satisfecho mi curiosidad, los abriré en canal sin dudarlo ni un solo instante".

La hija de la mujer, apenas una niña, estaba tumbada a los pies del roble entre las raíces salientes llenas de mugre y barro. La muchacha, a diferencia de su madre, estaba intacta. No se podía percibir ni una sola herida en su cuerpo desnudo. Tenía los ojos cerrados y en las mejillas alguien había dibujado con trazo preciso espirales de color verde. La boca de la niña estaba entreabierta. El agua de lluvia la había colmado y algunos insectos flotaban ahogados en ese pequeño lago que al final había significado su perdición.

Sin esperar una orden, Dídimo se arrodilló junto al cadáver de la chiquilla y con el pulgar y el índice le cogió con delicadeza el labio inferior tirando de él hacia abajo, lo examinó durante unos instantes, sus ojos entrecerrados, su boca convertida en una fina línea de concentración y, por fin, señalando una pequeña muesca de carne pulposa y negra junto a un diente le dijo al *ducenarius*:

—Envenenada. Puede que con espino. No ha sufrido.

El *ducenarius* asintió sin añadir nada y se retiró en un aparte con el Tuerto. Alecto y el resto de la tropa se referían a él como el Tuerto, en primer lugar porque no sabían su nombre y si él no se había molestado en decirlo nadie se había tomado el interés por preguntárselo y, en segundo lugar, se le llamaba así porque, claro estaba, le faltaba un ojo. Nadie podría acusar jamás a esos soldados de un exceso de imaginación o creatividad a la hora de nombrar a sus semejantes. Los dos hombres estuvieron un rato hablando, susurrando hombro con hombro, mientras las nubes se mecían perezosas en el cielo y los soldados se entretenían aplastando las moscas que aguijoneaban sin piedad la tierna carne de sus antebrazos. El Tuerto hablaba y el *ducenarius* escuchaba en silencio. Por fin, palmeando el hombro de su compañero, el oficial se volvió hacia los ciento cincuenta hombres que esperaban tumbados en la hierba alta y, tras aclararse la garganta, graznó una orden.

—Nos las llevamos con nosotros. *Briachus*, organice a la tropa. Unos, que busquen helechos aromáticos, flores, lo que sea que pueda disimular el olor de los cuerpos. Otros, que preparen un par de parihuelas para cargar con ellas. La madera de este árbol puede servir. Y ahora, lo primero de todo, que alguien baje a esa infeliz de ahí arriba.

—Permiso para hablar, señor —dijo Delmacio.

—Permiso concedido, *biarchus*

—Son doce jornadas hasta el muro y otras tantas hasta que

lleguemos a la villa donde espera el señor esposo y padre de estas mujeres. Es un largo camino, señor. Quizás demasiado para hacerlo con ellas a cuestas.

—Nos pagaban por encontrarlas. Y lo hemos hecho. Pero tarde, muy tarde. Están muertas. Así que ahora nuestra misión ha cambiado. Las llevaremos a su hogar, que es donde deben estar. No las dejaremos aquí. Volverán a su casa. Y nosotros cobraremos nuestra recompensa por llevarlas allí. ¿Algún problema con eso, *biarchus*?

— Ninguno, señor. Solo señalaba un hecho. Como que estamos en tierra hostil y muy lejos de su casa y de la nuestra, señor.

—Pues no señales tanto y agacha el lomo para empezar a recoger florecitas. Asegúrate que huelen bien, casi tanto como los pedos del emperador así esas jornadas no se te harán tan duras.

—A sus órdenes, señor.

El Tuerto se quedó mirando a Alecto y Delmacio y esbozó una media sonrisa que apenas enseñaba su boca escamosa y desdentada. Alecto le respondió guiñándole el ojo izquierdo. Justo el que le faltaba.

—¿No deberías estar recogiendo flores como todo el mundo? ¿O por lo menos haciendo algo útil?—le preguntó Delmacio un par de horas más tarde.

Alecto estaba tumbado en la falda de la colina, tratando de calentarse con el blanco sol que a veces aparecía temeroso y tímido entre las nubes, siempre eternas, de las tierras pictas.

—Ya he recogido unas cuantas—contestó señalando media docena de margaritas escuálidas repletas de pulgones.

Delmacio se sentó a su lado y rebuscando en su mochila extrajo de su interior una ampolla de color verde. Alecto se incorporó sobre sus codos, quitó el tapón, se acercó el gollete a los labios y dio un largo trago. El líquido espeso y picante se deslizó por su garganta trayéndole recuerdos de tiempos mejores.

—No deberíamos estar aquí, ¿lo sabes, verdad? —dijo Delmacio quitándole la ampolla de las manos.

—Sí, claro que lo sé —asintió Alecto—. Tengo un mal presentimiento sobre esta expedición.

—Coincido. Aunque tú siempre tienes esas sensaciones cuando estamos lejos del muro. Pero esta vez te voy a dar la razón. La mierda nos llega hasta el cuello.

—Pero por lo menos algo bueno hemos sacado de esta situación. te han ascendido de rango, ahora eres un *biarchus* — contestó Alecto soltando a la vez un sonoro eructo— Felicidades, señor. Brindemos otra vez por ello.

—Y antes de que termine todo esto me habrán vuelto a degradar como siempre me pasa. Ya he perdido la cuenta de las veces

que me ha ocurrido eso. Arriba y abajo, siempre igual. Y deja algo de posca, maldito borracho. Me tiene que durar hasta que lleguemos a casa. Además, no sé por qué te estoy invitando —Delmacio guardó con un gesto brusco la ampolla en el interior de su morral—. Al fin y al cabo, que estemos aquí, en el culo del mundo, es culpa tuya.

—¿Mía? —se sorprendió Alecto llevándose una mano al pecho con gesto teatral—. Eh, que tú te presentaste voluntario para esto.

—Porque lo habías hecho tú.

—Y yo lo hice porque lo había hecho Dídimo.

—Entonces la culpa es de tu hermano —aseguró Delmacio.

—Visto así tiene cierto sentido. Y aún así podrías haberte quedado en el fuerte. No tenías que venir con nosotros.

—¿Y con quién iba a hablar y jugar al tablero? ¿Con los nuevos reclutas, esa purria? No me jodas, hombre.

Alecto vio cómo su hermano colocaba el cuerpo de la niña en su propia manta y la cubría de helechos y flores. Después, cerró los pliegues de la tela, doblándolos con cuidado y empezó a coser los bordes. Era un bonito sudario, sin duda.

—Definitivamente, la culpa es de él —suspiró Alecto recogiendo las margaritas y aplastándolas entre sus dedos.

II

El *ducenario* había aparecido una mañana en la puerta del fuerte. Venia por el camino que llevaba a Brocavium. Le acompañaban el Tuerto y varias docenas de soldados a pie. Por aquel entonces, la guarnición del fuerte había recibido refuerzos y se componía de quince hombres. Salieron todos al exterior y formaron al pie de la muralla. Sin bajar del caballo, el *ducenario* deslizó una mirada adormilada por la fila de hombres. Chasqueó audiblemente la lengua contra el paladar y se rascó una rodilla. Después, con una voz baja, uniforme, casi aburrida, les informó que una incursión picta había cruzado el muro, que había saqueado, matado y violado (y no necesariamente en ese orden) hasta el hartazgo mientras las guarniciones permanecían encerradas y a salvo dentro de sus fuertes, “para su eterna vergüenza” añadió casi escupiendo las palabras. Les informó que los salvajes volvían a sus casas o madrigueras o chamizos o donde quiera que vivieran esos animales con todo el botín acumulado y que con toda seguridad ya habrían cruzado el muro por alguno de los muchos segmentos que ya no tenía vigilancia.

El oficial se quitó el casco, se pasó una mano blanca y lánguida por el escaso cabello que crecía con dificultad en un cráneo lleno de bultos y hendiduras y les dijo que debían ir tras ellos. No por limpiar la mancha de su cobardía o porque fuera lo correcto o por demostrar que Roma aún mandaba allí. No, iban a ir al otro lado del muro porque los pictos se habían llevado como rehenes a una mujer y su

hija. La familia de un *honestior*, de alguien que tenía el privilegio de susurrar y derramar consejos en el caprichoso oído del emperador, palabras que podían ser oro o ceniza, alguien que pagaría mucho dinero por tenerlas de vuelta en su villa del sur de la isla.

—Necesito voluntarios —concluyó el *ducenario* posando sus ojos en un cuervo que voló en ese momento por encima del fuerte lanzando ariscos graznidos de descontento.

De los quince hombres de la guarnición siete dieron un paso al frente. Dídimo era uno de ellos.

—¿Qué haces? —le susurró Alecto.

—Ya le has oído. No podemos dejar a esas mujeres con los pictos.

—Sabes que, si son afortunadas, ya estarán muertas. Y si no es así, a estas alturas desearán estarlo.

—Eso no es seguro —contestó Dídimo alzando levemente la barbilla.

—Sí, claro que es.

—No tienes por qué venir conmigo.

—No, no tengo por qué —dijo Alecto dando un paso al frente.

—Vaya par de idiotas —musitó Delmacio poniéndose a su lado.

—Espero que aún conserves un poco de ese vino peleón que rapiñaste hace unos días —contestó Alecto—. Lo vamos a necesitar.

—Cuenta con ello.

El *ducenario* se bajó del caballo, se masajeó las gruesas piernas embutidas en unos pantalones de color añil y se acercó a los voluntarios. Entornando los ojos, los examinó uno a uno. La mayoría eran reclutas, novatos, alguno incluso forzado, con el pulgar aún sangrante, mutilado en un vano intento de esquivar a los reclutadores que saqueaban los pueblos buscando jóvenes que se apuntaran a una vida de "honor y servicio", o como la llamaba Alecto "mierda y aburrimiento". Se detuvo delante de los tres veteranos y examino las cicatrices de sus años de servicio. Alargó un dedo tibio y blando y casi rozando la frente de Alecto recorrió la X que estaba cicatrizada entre sus ojos.

—Mitra —musitó el oficial mientras fruncía los labios en un gesto de desprecio—. ¿Eres un adorador de falsos ídolos, soldado? Creía que apenas quedaban seguidores de esa religión marchita.

—Alguno hay todavía por ahí, señor.

—Ya me he dado cuenta. En este viaje, recogiendo la morralla que nadie más quiere he tenido que incorporar a algún que otro pagano ignorante a mi mando.

—Buena gente sin duda, señor.

—¿Me vas a crear problemas, idólatra?

—No, señor. No es mi intención.

—Más vale que no lo sea. ¿Quién es vuestro oficial superior? No lo veo por aquí —dijo el *ducenario* mirando por encima del hombro de Alecto—. ¿Está sobrio para formar o aún estará durmiendo la mona?

—Con permiso, señor —dijo Delmacio cuadrándose—. Nuestro *centenarius* murió hace tres semanas. Fue durante una expedición de castigo contra saqueadores, señor. Una trágica pérdida. Actualmente, no tenemos mando superior.

—¿Y quién ostenta el mando aquí, entonces? —preguntó el oficial agitando la fusta para espantar una mosca que revoloteaba delante de su cara.

—Por antigüedad me corresponde a mí, señor —contestó Delmacio—. Pero en realidad no ejerzo como tal.

—Pues ya es hora de que empieces a hacerlo. Me faltan mandos intermedios en esta expedición. Te asciendo a *biarchus*. Cuando volvamos de las tierras pictas haré oficial tu nuevo cargo. Nos llevamos a estos tres —dijo señalando a Alecto, Delmacio y Dídimo. Después, sin mirar atrás, se subió de nuevo a su caballo y al trote se puso al frente de la columna.

El Tuerto había estado mirándolos durante toda la conversación. Alecto le sonrío y golpeándose la señal de Mitra que decoraba su frente le dijo:

—Saludos, hermano cuervo. Dime una cosa, ¿cuánto te costó que te quitaran la sagrada forma de la frente? ¿Dolió mucho? Lo cierto es que aún se nota un poco la marca.

El Tuerto escupió al suelo y se tocó la cruz de madera que colgaba de su pecho.

—Si fueras inteligente sabrías cuál es el futuro de este mundo. Y lo que se puede conseguir si sabes jugar bien tus cartas.

Y, azotando a su caballo, les echó encima una tormenta de barro y siguió el camino del *ducenario*.

—Bueno, por lo menos tu encanto personal sigue haciendo estragos —se burló Delmacio.

—Hay cosas que nunca se pierden. Por cierto, ahora eres todo un *biarchus*. Y pensar que la gente decía que nunca ibas a llegar a nada. Aclárame una duda que tengo —dijo Alecto llevándose el dedo índice a la barbilla—. ¿Ahora tenemos que dirigirnos a ti como "señor"? ¿Debemos inclinar un poco la cabeza cuando pases a nuestro lado? ¿Hasta qué altura?

—Hasta la de mi culo, maldito idiota —gruñó Delmacio haciendo un gesto obsceno con la mano—. Y aquí va mi primera orden: vamos a recoger nuestras cosas. Hay tres tumbas esperando al otro lado del muro. No las hagamos esperar.

III

—Este no es el camino de vuelta a casa —susurró Esteban, un *semissalis* de origen nubio, con la piel del color de una noche de invierno, delgado como un junco y que era especialmente hábil con los dados, los *plumbata* y las meretrices.

—¿Estás seguro? —preguntó Alecto bebiendo un trago de su cantimplora.

—No es la primera vez que estoy a este lado del muro. He recorrido este territorio en varias ocasiones. Este camino nos lleva directos a dominios de los *selgovos*. Nos estamos desviando. Mucho.

—A saber qué ideas están pasando por la cabecita de nuestro intrépido líder — resopló Alecto rascándose la barba—. O, más bien, qué ideas le estará derramando el Tuerto en sus aristocráticos oídos.

—Esos dos pasan mucho tiempo juntos —dijo Esteban moviendo la lengua dentro de su boca y haciendo que se deformara uno de su carrillos—. Ya me entiendes.

—Me pregunto quién dará y quién recibirá en esa pareja.

—Hay una apuesta por ahí. Está recogiendo el dinero Ambrosio.

—Seréis cabrones. ¿Por qué nadie me ha avisado? —gruñó Alecto mientras buscaba con la mirada al jefe de apuestas de la unidad y encontrando en su lugar al *ducenario* y al tuerto—. Ah, míralos, ahí están nuestros dos pichones. A ver qué nos preparan ahora.

No tardaron mucho tiempo en descubrirlo. Acamparon en una colina boscosa, ocultos entre la floresta. Sentados a la sombra de los árboles, reunidos en grupos de afinidad, los hombres compartieron comida y bebida. El *ducenario* estaba de pie, junto a él, siempre susurrante el Tuerto. El oficial se golpeaba con la fusta en el muslo con aire irritado. Había enviado por delante a media docena de exploradores y ahora esperaba impaciente su regreso. Alecto casi podía escuchar cómo rechinaban sus dientes.

Los exploradores aparecieron entre maleza, cubiertos de barro y hojas muertas. Se acercaron al *ducenario* e hicieron gestos con los manos y los dedos, señalando con insistencia hacia el otro lado de la colina. El mando no pudo reprimir una sonrisa, se frotó las manos y ordenó que Delmacio formara a la tropa.

—No podemos volver a casa con las mano vacías —les dijo a los soldados con su mejor voz de mando, tan impostada en su vanidad que Alecto la encontraba especialmente ridícula—. No podemos volver sólo con dos cadáveres. El hombre que nos ha contratado exigirá algo más. Exigirá venganza. Al otro lado de la colina, a cinco millas de aquí, hay un poblado. Lo arrasaremos hasta sus cimientos.

—Señor, las tribus de esta zona son pacíficas —le dijo Esteban—. Comerciamos con ellas, nos proporcionan apoyo

cuando venimos a este lado del muro, algunos de ellos incluso han servido bajo nuestros estandartes.

—No hay picto pacífico, *semissalis*. El picto que hoy intercambia su pan contigo, mañana puede clavarte una espada en la tripa con la misma sonrisa en los labios. La decisión ya está tomada. La orden es no dejar a nadie con vida entre esos muros. Nadie. No habrá excepciones.

El poblado era una desigual agrupación de medio centenar de cabañas de planta redonda y tejado de paja y ramas secas. Una empalizada que apenas alcanzaba el tamaño de un hombre no especialmente alto las rodeaba en un abrazo incompleto ya que un hueco en el perímetro servía de entrada al recinto. El foso rebosaba de desechos, cerámica rota, troncos ennegrecidos procedentes de las hogueras y huesos de animales. Su pared eran barro seco y quebradizo y su anchura era tan escasa que un pequeño salto podría dejarlo atrás. A la luz de la luna, los romanos podían distinguir las oscuras figuras de media docena de vigilantes. Algunos dormitaban apoyados sobre su lanza. Otros caminaban con la cabeza baja, con paso cansado, inseguro, como si la bruma de la noche pesara sobre sus hombros como una vieja culpa. Fue fácil despacharlos sin hacer ruido. Media docena de soldados cubiertos con sus gorros de pelo de oso y armados solo con puñales escalaron la muralla y en silencio degollaron a los guardias antes de que supieran qué es lo que estaba pasando.

Los perros del poblado empezaron a gruñir cuando husmearon en la niebla la muerte que se acercaba en la oscuridad, algunos empezaron a ladrar con fuerza, unos pocos aullaron como si imploraran auxilio a un dios que estaba muy lejos de allí. Los *pedes* que habían saltado la empalizada abrieron la puerta del recinto, apartando los cuerpos inertes de los guardias y dejaron pasar al resto de sus camaradas. Aprovechando los restos aún calientes de las hogueras encendieron teas y las arrojaron a los techos de las cabañas. Algunos abrían las puertas de las chozas y lanzaban su veneno ígneo al oscuro interior. Pronto el caos estalló en una extraña y grotesca canción que mezclaba el ansioso crepitar del fuego devorando la madera y la paja, los gritos de alarma, los agudos chillidos de los niños agarrados a sus madres y el aullido de los primeros heridos y moribundos. Los soldados no decían nada, en silencio, golpeaban con sus espadas los cuerpos de los pictos, las llamas se reflejaban sobre el acero de sus armas como si estuvieran forjadas por el fuego y la muerte.

Algunos de los pictos, armados con sus lanzas y protegidos con sus escudos, consiguieron agruparse junto una estela vertical de piedra que representaba a uno de sus oscuros dioses. Un druida, con su túnica tiznada por las cenizas, llamaba a su pueblo para que acudieran

junto a él, su voz ronca se elevaba hacia el cielo con el humo de los incendios atrayendo a los supervivientes de la matanza, a los niños, las mujeres, los ancianos. Delante de ellos, todos los hombres que aún podían respirar, incluso los que apenas eran unos adolescentes, apuntaron con las puntas de sus lanzas hacia los romanos y gritaron palabras de desafío, con los ojos inundados de lágrimas de rabia, enseñando los dientes como fieras atrapadas.

En algún lugar, en el cielo oscuro, sonó un trueno y una lluvia espesa y gris empezó a caer sobre el pueblo. Los romanos se agruparon, silenciosos, juntando sus escudos, hombro con hombro, formando cinco líneas. El agua caía sobre el metal de sus cascos resbalando por las cimeras hasta sus mejillas y labios, limpiando la sangre derramada. Los charcos que se formaban a sus pies tenían el color del vino, un barro espeso y putrefacto. Delmacio gritó una orden: "*plumbatas*". En el interior de sus escudos cada uno de los soldados llevaba tres pequeños dardos. Cogiéndolos de su extremo más pesado, echaron el brazo hacia atrás y después los arrojaron hacia la masa de pictos. Los dardos, acompañando a la lluvia, cayeron como insectos negros sobre sus objetivos, las puntas afiladas destrozaron la carne y los huesos provocando que nuevos gritos de dolor se elevaran junto a las escasas voces que aún desafiaban a los soldados. Cuando se agotaron los dardos, los romanos desenvainaron sus espadas y con sus bocas y lenguas empezaron a lanzar su grito de guerra, primero apenas un murmullo suave que crecía en sus gargantas hasta alcanzar una intensidad que rivalizaba con los truenos que estallaban sobre sus cabezas. Después, con un rugido de triunfo final, se lanzaron sobre los últimos pictos que aún permanecían en pie junto a la estela de su dios.

IV

Alecto limpió su espada ensangrentada con un paño de color carmesí. Después, lo dejó caer sobre el cuerpo del último picto que había matado, un adolescente que, al hacerle frente, temblaba como una hoja. Sus brazos a duras penas habían podido sujetar la lanza con la que había amenazado al soldado. Alecto lo mató de un solo golpe, casi misericordioso, y con esa última muerte la batalla, si podía llamarse así a la carnicería de aquella noche, había terminado. Sentía una herida en la mejilla, un dolor lacerante que quemaba su carne, la humedad espesa de la sangre resbalaba hasta sus labios y sentía un sabor ferroso en la punta de la lengua, como si tuviera una docena de clavos en la boca.

Lo importante era que seguía vivo.

Rezó una breve oración a Mitra por ese regalo tan generoso. Cuando entablaba un combate siempre presentía que ese sería el último, que iba a morir y que nada de lo que hiciera podría evitar ese destino. Pero al final, todo dependía del Dios o, en sus momentos más

descreídos, de la mera suerte. Que un dardo, ya fuera arrojado por una amigo o un enemigo, no te acertara, que no te resbalaras con la sangre o la lluvia o que tropezaras con algo, cualquier cosa que estuviera en tu camino, y te pusieras al alcance de algún cabrón más afortunado que tú, que el rival que tuvieras enfrente no fuera más hábil con las armas, ni más fuerte, ni más ágil, en definitiva que fuera peor que tú. Ahora, Alecto se sentía agotado, roto, pero también tenía ganas de gritar, de reír, deseaba beber, comer y agotar el cáliz de la vida hasta el último sorbo.

No sabía cuántos hombres había matado en esta batalla. No llevaba la cuenta, nunca lo había hecho. Sin embargo sí sabía que había matado a una mujer. Ocurrió al lanzar una tea dentro de una de las chozas, ella había salido del interior de la morada, de repente, como una furia griega, desnuda de cintura para arriba, los senos eran dos sombras oscuras y pesadas, tiznadas de tinte azul. Como era típico en las mujeres pictas, sabía cómo manejar un arma. Le lanzó una puñalada, muy bien dirigida, que, gracias a los reflejos de Alecto, chocó contra el borde de cuero de su escudo. Después, había levantado la espada casi como un movimiento reflejo y golpeó el vientre de la mujer sintiendo como la punta de acero se hundía en la suave carne abriéndose camino hacia su interior. La mujer había soltado un suspiro, casi de sorpresa y después había caído al suelo mientras sus tripas se desparramaban como una cascada roja. Y eso fue todo. Ahora no se arrepentía, quizás más tarde, pero llegaría a la conclusión de que así eran las cosas y que si no hubiera sido ella, quizás el muerto habría sido él.

No era la primera vez que mataba a una mujer y sabía que tampoco sería la última. Era su trabajo. Pero aún así sentía un sabor amargo en la garganta y no estaba de humor para saquear las pocas pertenencias pictas que se habían salvado del fuego. Secándose con el dorso de la mano el sudor de su frente, buscó a su hermano al que había perdido de vista en la batalla. El aire olía a ceniza, carne quemada, sangre y heces. “El aroma de la matanza”, pensó Alecto mientras aguantaba las náuseas que pugnaban por inundar su boca. Se encontró con un soldado al que no conocía y que llevaba una pata de cabra a medio a asar al hombro y le preguntó:

—¿Sabes dónde está mi hermano?

—Ni siquiera sé quién eres tú, amigo.

Sin saber muy bien por qué, la búsqueda de Alecto lo llevó al exterior del poblado. Gritó el nombre de su hermano. No tuvo respuesta. La luna apareció de repente, después de un breve forcejeo con una nube negra, derramando una lluvia de plata sobre la tierra y Alecto vislumbró en la distancia una figura familiar junto a un árbol.

—Hay alguien ahí arriba entre las ramas —dijo Dídimo cuando

Alecto llegó junto a él.

— ¿Quién?

— Una mujer —contestó su hermano mientras trataba de hollar con la mirada la espesa trama que conformaban las hojas y las ramas del árbol.

—Bueno, pues bájala con la lanza y termina con esto

— No —respondió Dídimo negando con la cabeza.

—Tenemos ordenes, hermano. No podemos dejar supervivientes.

—Creo que ya he matado suficiente esta noche, Alecto. Esta mujer no es una amenaza para el imperio. Nadie de ese poblado lo era. Lo sabes bien —dijo Dídimo apoyando una mano en la seca madera del tronco—. Seguramente hemos degollado a toda su familia. No voy a matarla a ella también.

—Tendré que hacerlo yo —dijo Alecto llevándose la mano al pomo de la espada.

—Sabes que no puedo dejar que hagas eso —contestó Dídimo sin dejar de mirar al árbol—. Además, no creo que quieras hacerlo. Te conozco bien. Ahora mismo estás tan cansado de matar como yo mismo.

Alecto examinó en silencio el perfil que le ofrecía su hermano, la expresión tranquila y serena, la sonrisa triste que se dibujaba en sus labios. Con un suspiro, Alecto levantó los brazos enseñando las palmas de sus manos, cubiertas por una sucia costra de polvo y sangre.

— Está bien, me rindo. Tú ganas, Dídimo. Basta de muertes por hoy. Pero déjala ahí, volvamos con los otros antes de que alguien se dé cuenta y venga a terminar la tarea que nosotros no vamos a hacer —dijo Alecto agarrando la manga de la túnica de su hermano y tirando de ella.

—Baja, ven —dijo Dídimo hablando en picto a las ramas del árbol—. No te haré daño. Tienes mi palabra.

Alecto vio aparecer entre el mar de hojas primero una pierna, blanca como la espuma del mar y, después, un cuerpo pequeño y ágil se deslizó hacia el suelo. Era una joven, apenas una cría, con los ojos del color de la luna de agosto. Su mirada, asustada, se dirigió en primer lugar a Dídimo y, después de unos breves instantes, se volvió hacia Alecto como si buscara un refugio.

—Eso es. Tranquila —le dijo Dídimo hablando con lentitud, en un tono bajo, sonriendo con los ojos, los labios, sus manos, todo su cuerpo—. Todo va a ir bien.

Pero Alecto sabía que eso no era verdad. Porque oía como se acercaba al árbol el resto de su grupo, acompañados por los gritos de victoria, los gemidos de los heridos, las tonterías de los borrachos y el *ducenario* acompañado por el Tuerto.

—¿Qué es eso? —preguntó el oficial cuando estuvo a su lado.

—Creo que es una mujer, señor —contestó Alecto—. O más bien, una cría.

—Eso ya lo veo, imbécil. No me provoques, soldado, no estoy de humor. Me refiero a por qué esa ramera sigue respirando.

—Las órdenes eran matar a todo aquel que estuviera dentro del pueblo, señor. Ella estaba afuera, en el exterior. Encaramada en este árbol, señor —respondió Alecto señalando con el dedo índice el tronco del roble.

—Te estás pasando de listo conmigo, escoria.

—No me atrevería, señor.

—Pues entonces ahora te doy otra orden. Desenvaina tu espada y mata a esa picta. Que sea rápido.

—No —dijo Dídimo colocando su cuerpo entre la muchacha y el resto de soldados—.

—Repite eso, *pedes* —susurró el *ducenario* entrecerrando los ojos—. Por un momento, he creído que desobedecías la orden directa de un superior.

—Ya me ha oído. Pero se lo diré de nuevo si es lo que quiere, señor. Esta noche no va a morir nadie más.

—No estés tan seguro de eso, soldado. Ya trataré tu insubordinación más tarde. Tú, pagano, —dijo el oficial dirigiéndose a Alecto—, haz lo que tu hermano no se atreve a hacer.

—No puedo, señor.

—¿Por qué razón?

—Mi hermano no me dejaría hacerlo. Y no tengo ganas de pelear con él. Hoy no.

—Pues entonces tendré que hacerlo yo —respondió el *ducenario* echándose la capa por encima del hombro y enseñando el pomo de la espada que colgaba de su tahalí enjoyado.

—Si acerca la mano a la espada, va a perderla, señor —dijo Dídimo enseñando los dientes.

—Amenazas a tu oficial superior —contestó incrédulo el *ducenario*.

—Solo le doy un consejo. Uno que debería seguir.

—Voy a clavaros a estos árboles —escupió el *ducenario*—. Ya lo creo que sí. Y os voy a ver sufrir durante un buen rato. *Biarchus*, soldados, desarmen a esta futura carroña.

—Hermanos cuervos, ¿vais a dejar solo al hijo de la viuda? —preguntó Alecto colocando las palmas de sus manos hacia arriba y apelando al antiguo juramento de ayuda de los creyentes de Mitra.

Hubo un pequeño momento de silencio en el grupo. Después, una docena de soldados todos con una cicatriz en la frente se colocaron junto Alecto.

—Idólatras repugnantes —escupió el *ducenario*—. Sabía que al final os ibais a mostrar tal y como sois. No importa. Somos más que vosotros. Matadlos a todos, no dejéis ni uno vivo. Excepto al cabecilla de esta pequeña rebelión, ese es mío.

—No sería conveniente hacer eso, señor —dijo Delmacio que, como cristiano que era, se había quedado en el lado de los soldados del oficial.

—¿También tú te insubordinas, *biarchus*?

—No, señor. Mire hacia las colinas.

En las oscuras jorobas que se elevaban en el horizonte empezaron a aparecer fuegos de hoguera como estrellas en la noche. Una, dos, tres, después una docena, más tarde, tantas que era imposible contarlas.

—Antes de que amanezca, señor, todas las tribus que hay desde aquí hasta el mar sabrán lo que hemos hecho esta noche —dijo Delmacio con voz tranquila, pausada, como si hablara con un niño—. Vendrán a por nosotros. Nos cazaran uno a uno. Es algo que ya he vivido antes y, créame, no es agradable. Podríamos pelear ahora contra estos paganos, como usted ha ordenado, pero morirían todos ellos y algunos de los nuestros. Y eso es algo que no podemos permitirnos. Son buenos soldados, buenos guerreros, y Dios sabe que vamos a necesitar hasta la última lanza y el último escudo si queremos que alguien llegue con vida al muro.

El *ducenario* miró a las llamas que rompían la quieta oscuridad, sus labios se movían en silencio como si estuviera contándolas. Después, cerró los ojos, se pasó una mano temblorosa por la frente y le dijo a Alecto:

—Esto no ha terminado. Ni por un momento creas que voy a dejar esto sin castigo. Cuando lleguemos al muro haré que te despedacen vivo. Arderás en el infierno.

—Pronto estaremos en él, señor.

Y Alecto no se equivocaba. Cada día de marcha hacia el muro, sufrieron el ataque de los pictos. Emboscados en el brezal, aparecían de repente con sus cuerpos pintados azul, decenas de ellos, y se lanzaban en silencio contra el grupo de romanos que formaban en cuadro defensivo, escudo junto a escudo formando un muro de metal y madera. El ataque terminaba tan rápido como había comenzado y sobre el campo quedaban los cuerpos de varios soldados y muchos más pictos. Pero el número de estos parecía infinito y el de los romanos menguaba a cada momento haciendo que el cuadro fuera cada vez más pequeño. Por las noches, aunque la guardia se doblara, los hombres de las tribus siempre encontraban un resquicio en la defensa y se deslizaban aliados con las sombras dentro del pequeño campamento romano. Allí degollaban a uno o dos *pedes* y después

desaparecían sin dejar rastro. Por la mañana, los soldados se despertaban y comprobaban que su compañero, con el que habían dormido espalda con espalda, estaba muerto con una grotesca sonrisa roja abierta en su cuello.

Muchos de los camaradas de Alecto miraban con resentimiento a la muchacha picta que, por alguna razón, seguía a Dídimo a todas partes y no se había fugado para reunirse con su pueblo. Cuando Alecto descubría a uno de esos soldados observando a la chica con sus ojos navegando en pensamientos de muerte o descubría a un grupo susurrando cosas del tipo "trae mala fortuna" o "deberíamos arrojarla por un despeñadero" se paraba a su lado, sonriendo mientras sus dedos tocaban el pomo de su espada, acariciándolo lentamente, como haría con una amante. Entonces las miradas se desviaban y las conversaciones se convertían en un silencio hosco. Al atardecer, cuando acampaban, la chica se acurrucaba entre los dos hermanos y se quedaba enseguida dormida. Alecto la oía murmurar en sueños, palabras en picto que no entendía. Se preguntaba si estaría llamando a su familia o, si como creían sus compañeros, estaría maldiciendo a los romanos que la rodeaban, formulando sortilegios del páramo, esa magia druida que Alecto tanto despreciaba. Por la mañana, desayunaban los tres juntos, las típicas gachas cocinadas con premura, casi frías, típicas de la milicia. Ella devoraba su plato mientras sus ojos de un azul casi glauco miraban sin casi pestañear a Alecto. Este, incomodo, apartaba la mirada y trataba de concentrar su atención en su ración mientras sentía cómo la muchacha seguía observándolo impasible.

El *ducenario* no tuvo oportunidad de cumplir con su amenaza. Cuando quedaban apenas un par de jornadas para llegar al muro, mientras los supervivientes vadeaban un río, los pictos los emboscaron de nuevo. Dos docenas de ellos salieron del cañizo donde habían estado ocultos sorprendiendo a los romanos que no tuvieron tiempo de formar en cuadro. Lucharon con el agua llegándoles a la cintura, los escudos levantados, empujando con sus umbos los cuerpos azules, cortándolos con sus espadas hasta que no quedo ninguno. El *ducenario,* con una lanza rota clavada en su estomago, se vio arrastrado por la corriente con el resto de cuerpos muertos. Lo escucharon gritar auxilio durante un rato hasta que el ruido del río ahogó todo sonido más allá del sordo rumor del agua. Delmacio se santiguó con rapidez, escupió al río y dio la orden de continuar la marcha hacia el muro. Nadie miró atrás.

Volvieron a casa veinticuatro hombres, una chica con los ojos del color de la luna y dos mujeres muertas.

V

La villa olía a tomillo y malvarrosa. Alecto cerró los ojos y

aspiró con fuerza el penetrante aroma. Un sol blanco y cálido derramaba un agradable calor sobre su rostro. Apenas se oía el murmullo de las cigarras y el canto ocasional de un pájaro. Estaban en el atrio de la gran casa señorial. Un enorme y colorido mosaico que representaba a Dionisos y las Ménades se extendía por todo el suelo de la estancia. Pocas veces había visto Alecto un edificio de ese tamaño. Era como una pequeña ciudad. Aquí y allí, veía moverse las figuras grises de los criados del señor. Antes de llegar a la villa había admirado los campos que la circundaban, repletos de vida, cosechas abundantes, rebaños de ovejas, vacas, colmenas. Alecto pensó que podría acostumbrarse a una vida así.

Por una puerta lateral apareció el señor de la casa. Lo acompañaba el Tuerto y una docena de guardias armados que por su aspecto y forma de moverse tenían experiencia militar. El señor se plantó delante de Alecto, Delmacio y Esteban el nubio. Habían llegado hasta allí en representación del grupo de supervivientes que había vuelto de la expedición al otro lado del muro. Los tres soldados inclinaron la cabeza y se llevaron un puño al pecho en señal de respeto.

—Ya he visto lo que habéis traído —les dijo el *honestior*.

—Nuestro oficial al mando, que por desgracia falleció en las tierras pictas, consideró que hubierais deseado tener a vuestra esposa e hija junto a usted —contestó Delmacio—. Que vuestra voluntad y deseo sería enterrarlas de manera correcta aquí en su casa, en lugar de abandonarlas en tierras extrañas.

—Sí, bien, eso estuvo bien, ese hombre tomó la decisión correcta —carraspeó el señor mientras desviaba la mirada hacia la puerta que llevaba al exterior—. Gracias por vuestra labor. Muy encomiable, sí, encomiable. Ordenaré a mis criados que os den de comer antes de partir. Que tengáis fortuna en vuestras vidas. Adiós.

—Una cosa más, señor —dijo Delmacio al ver que el dueño de la villa se daba la vuelta para volver a sus aposentos.

—¿Si?

—Se nos prometió una gratificación monetaria por nuestra labor.

—¿Se os prometió eso por traer dos cadáveres? Creo que no. Es más, si no me falla la memoria —el señor levantó un dedo como si recitara una lección—, esa recompensa era por traerlas sanas y salvas. ¿Están vivas mi mujer y mi hija? No. Por lo tanto no recibiréis nada.

—Señor…

— No se os dará nada, soldado. No habéis cumplido vuestra parte del acuerdo.

—Muchos hombres, buenos y malos, murieron por satisfacer vuestros deseos. El hombre que tenéis al lado puede daros testimonio

de ello—dijo Delmacio señalando al Tuerto—. Merecemos algo más que una comida y una palmadita en la espalda. Y no soy un soldado. Mi rango es *biarchus*, señor.

—Como vuelvas a hablarme así, tu rango será una mierda en mi bota. ¿Qué merecéis algo más? Cuidado con lo que deseas, chusma —amenazó el señor—. Puede que no te gustara nada la recompensa que ahora mismo estoy pensando para vosotros. Pero me contendré. Como he dicho antes, se os dará de comer y antes de que los últimos rayos del sol caigan sobre los campos espero que hayáis abandonado mi hogar y mis posesiones. En caso contrario, os haré atar al poste de los esclavos y ordenaré que os azoten.

Y una vez que dijo esto, con un último gesto de desprecio, el señor les dio la espalda y seguido por su pequeño ejército de secretarios abandonó la sala. El Tuerto sonrió y, dirigiéndose a Alecto, les dijo:

—Ya os dije, hace un tiempo, que hay que saber jugar las cartas que llegan a la mesa. Si estuviera en vuestro lugar, agradecería la comida que tan generosamente me han ofrecido y me pondría en marcha para volver cuanto antes a vuestros asquerosos fuertes. Por cierto, pagano, no olvidaré tu cara. Nos volveremos a encontrar. Más tarde o más temprano.

—¿Y por qué esperar?—dijo Alecto mientras se mesaba la barba —. ¿Sabes una cosa, amigo? Va a ser una pena que tus tripas manchen este mosaico tan bonito que estamos pisando.

Alecto sacó su cuchillo y el Tuerto dio un paso atrás mientras la docena de guardaespaldas del señor desenvainaban sus espadas. Esteban se puso junto a Alecto y sonrió mientras les lanzaba insultos en su lengua materna.

—Basta, atrás, Alecto, Esteban, atrás he dicho —Delmacio se puso entre los dos grupos empujando a los dos soldados, alejándolos de sus rivales y volviéndose hacia el Tuerto le dijo—. Tú, contén a tus perros, vamos.

—Debería soltarlos y dejar que os mordieran hasta arrancaros la piel —dijo el Tuerto—. Pero por esta vez lo dejaré pasar. Tranquilos, muchachos, bajad las espadas, todo está bien —ordenó a sus hombres—. Te debía una, *biarchus*. Si no hubiera sido por ti, no hubiéramos llegado al muro, eso lo reconozco. Considera mi deuda saldada dejando que os vayáis de aquí vivos y, sobre todo, con todos vuestros miembros donde deben estar.

—Ya no soy *biarchus,* ¿no has oído a tu señor? Soy una mierda en una bota —contestó Delmacio pasando una mano por sus cabellos. Se sentía muy cansado—. Y tu deuda estará saldada, tuerto. Pero te puedo asegurar que la nuestra no lo está. Ya sabemos dónde está la salida. No hace falta que nos acompañes.

Dos días más tarde, Pelagio, el esclavo principal de la villa, se levantó antes de que cantara el gallo. Llevaba haciéndolo cincuenta años, de los cuales treinta y dos los había pasado sirviendo a su señor. Sabía que él ya estaría despierto, dispuesto a empezar el día y controlar todos los aspectos de la finca, desde el amanecer hasta la noche, esa villa era su vida y su alma, lo único que en verdad amaba. Y Pelagio estaba de acuerdo con él. Sabía que moriría allí. Y no le importaba. Era el único mundo que había conocido. Nació esclavo y moriría esclavo. Así era la vida.

Le sorprendió que su señor no estuviera en el atrio, esperando la primera y roja luz del sol para empezar a leer la documentación administrativa y los correos. Golpeándose la barbilla con el dedo índice, pensó si debía acudir al dormitorio de su amo. Decidió hacerlo y arriesgarse a recibir una sonora reprimenda o aún peor quizás el golpe de la vara.

Su señor estaba tendido en su lecho. Tenía los ojos abiertos e inertes, la boca era una mueca retorcida paralizada en un grito de dolor silencioso, sus manos de dedos engarfiados parecían haber tratado de retener la vida que se la había escapado sin remedio. Pelagio acercó la pequeña lámpara de aceite, intentando controlar el sollozo que amenazaba con estallar dentro de su pecho. La garganta de su amo tenía profundas marcas de dedos, asesinos silenciosos que habían aplastado la carne y la tráquea.

Con la voz de alarma de Pelagio, los guardias empezaron a registrar la villa tratando de hallar al asesino de su amo. Hicieron un rápido recuento de los esclavos y siervos y solo encontraron a faltar a uno, el tuerto. Sospecharon que se había deslizado en el interior del dormitorio del señor y que allí lo había estrangulado para robarle la media docena de bolsas con monedas que guardaba en su mesilla. Lo buscaron sin descanso pero no pudieron hallar rastro de él. Durante años, Pelagio esperó todos los días que alguien lo trajera de vuelta a la villa. Deseaba tanto torturarlo, hacer que cada milímetro de su carne sufriera lo que había padecido su señor, cada noche fantaseaba con cuchillos y hierros candentes y carne desgarrada y quemada. Pero al final todo quedó en sus sueños pues jamás encontraron al tuerto y la villa languideció hasta desaparecer y con ella todo lo que podría haber sido pues la joven señora que había desposado el amo, poco más que una niña, trajo unos nuevos administradores y siervos y Pelagio que conocía su casa mejor que nadie fue apartado de sus funciones y se amargó añorando épocas mejores.

Sus últimos días los pasó tumbado en una cama, atendido por una esclava que despreciaba a ese anciano de piel amarga y que olía a orina seca y cuyos ojos solo destilaban odio hacia el resto del mundo. Pero en eso ella se equivocaba porque Pelagio solo odiaba a una

persona, el origen de todo el mal, el tuerto. Y su último pensamiento, cuando exhaló su postrero aliento, fue dedicado a él, deseando que se encontrara en el infierno.

Lo cierto es que el tuerto hacía años que había muerto. Más exactamente el mismo día en que falleció asesinado su amo. Su cuerpo apareció a doscientas millas al sur de la villa, en una playa blanca, llena de algas y conchas desgastadas por las mareas, cerca de la desembocadura del río. Unos pescadores lo encontraron y lo enterraron cerca de allí, junto a unos arrecifes no sin antes haber llamado a un sacerdote cristiano para que oficiara el rito funerario. No sabían quién era, no lo conocían pero allí quedó su cuerpo y su tumba en un lugar que nadie conocería.

Un día, meses más tarde, Alecto se encontró pensando en el *honestior* y cómo los había despreciado. Mientras desayunaba, sus pensamientos volaron hasta aquella noche cuando apretó con sus dedos el cuello del señor hasta que sintió que la tráquea cedía bajo su presión. Delmacio se había encargado del tuerto y después con la ayuda de Esteban lo habían dejado en el río, contemplando como la corriente lo arrastraba con destino al mar. Tenían la esperanza de que le echaran la culpa, de que nunca encontraran su cuerpo. Y lo cierto es que hasta ahora no había aparecido nadie para castigarles por sus crímenes. “Al final, no todo ha salido tan mal”, pensó Alecto mientras se daba unas palmadas de satisfacción en su tripa, “no, señor, nada mal. Mitra protege a los suyos, siempre que los suyos no tengan miedo. Bendito sea el Señor”.

Salió al patio. Algunos de los novatos estaban entrenando con la espada bajo la aburrida mirada de Delmacio. Alecto lo saludó y le preguntó por su hermano. Delmacio señaló la puerta que llevaba al exterior. Alecto suspiró y siguió la dirección marcada por su camarada.

Dídimo estaba sentado debajo de las ramas de un gran roble. Alecto se dejó caer a su lado, se tumbó de espaldas y dejó que el sol le calentara el rostro.

—¿Está otra vez ahí arriba? —preguntó mientras acariciaba con lentitud, suavemente, la hierba húmeda.

—Sí.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Filian?

—Ninian, se llama Ninian.

—Ninian —dijo Alecto dejando que el nombre se deslizara entre sus labios—. Intentaré acordarme la próxima vez. Tengo un problema con los nombres pictos.

—Ya me había dado cuenta —contestó Dídimo sonriendo—. Las ramas se están moviendo. Creo que pronto bajará.

Y allí esperaron los dos hermanos a que una chica con los ojos

del color de la luna de agosto descendiera del árbol que la cobijaba.

CAPÍTULO IV

-EN LAS COLINAS-

Caiside observó cómo las chispas de la hoguera se elevaban hacia el cielo nocturno como polillas hechas de fuego. Durante unos instantes, volaron libres, ardientes y doradas, pero en apenas un instante su tenue brillo se apagó y desaparecieron en silencio, sin emitir ni una sola queja, como si nunca hubieran existido. Caiside suspiró, apoyo la barbilla en sus rodillas y cerró los ojos. Intentó concentrar su atención en el aroma que llegaba de la hoguera. Estaban cocinando una serpiente que la mujer que acompañaba a su tío había cazado con su bastón. La carne estirada sobre el espetón tenía un color blancuzco y poco apetecible pero aún así el olor a brasa unido al hambre que sentía provocaba que su estómago le lanzara mensajes de urgencia animándole a ignorar sus escrúpulos. Para calmar su impaciencia, mordisqueó un poco del pan ácimo que su tío le había dado. Lo masticó con lentitud, saboreando la espesa acidez de la miga, antes de decidirse a hablar:

—No voy a volver contigo, tío. No voy a ir al otro lado del muro.

—Chico, no empecemos otra vez con eso, por favor —contestó Alecto mientras daba la vuelta a la serpiente para que se hiciera por los dos lados. Al hacerlo, su boca se torció en un gesto de desagrado y dirigió una mirada a la mujer del bastón que Caiside no supo interpretar pero provocó que la extraña se encogiera de hombros y murmurara unas palabras ininteligibles sobre que la serpiente ya había cumplido su función. Alecto se giró hacia su sobrino y le apuntó con un dedo coronado por una uña larga y sucia—. Te he buscado durante días, me he perdido en las colinas y bien perdido, por cierto. He pasado hambre, frío, me he mojado con esta lluvia asquerosa que cae durante veinte horas al día, he tragado barro y mierda hasta atragantarme y, sobre todo, se me ha acabado la posca. Y todo eso lo he sufrido por venir a buscarte. Para meter un poco de seso en esa cabeza dura que tienes. Por lo menos podrías fingir una pizca de agradecimiento.

—Está bien. Gracias, tío, por venir a buscarme. Lamento mucho todo lo que has tenido que sufrir por mi culpa. Y ahora, te repito que no volveré —su tío lanzó un gruñido y movió los hombros incómodo y por un momento Caiside temió que le golpeara el rostro con sus puños —. Si me obligas a hacerlo por la fuerza, me escaparé. Tarde o temprano, lo haré. No podrás vigilarme siempre.

—¿Quieres apostar algo? Tenemos buenas cadenas en el muro y mejores grilletes. No me conoces, chico, no sabes lo que soy capaz de hacer.

—Tú tampoco me conoces a mí —contestó Caiside mirándolo desafiante.

—Es cierto. Ahí te tengo que dar la razón. No te conozco. Tus padres se fueron cuando eras apenas un lobezno de seis o siete meses. Así que estamos en un punto muerto, supongo.

—Por favor, tío, no voy a ir al sur —rogó Caiside suavizando su gesto y el tono de su voz—. Debo recuperar nuestra espada. Es lo único que me queda de mi padre. No tengo nada más.

—Solo es una espada, chico. Como cualquier otra, nada más —contestó Alecto moviendo la mano en el aire, como si le quitara importancia al asunto.

—No, no es como las otras. Y lo sabes.

—Si vuelves a repetir el cuento ese de que era la espada de un César te juro que no sé lo que voy a hacer…

—Pero es que lo es —murmuró Caiside encogiendo los hombros.

—¿No te vas a rendir, verdad? —preguntó Alecto mientras arrojaba a través de sus labios un gruñido de cansancio—. Eres igual que tu padre. No había manera de que entrara en razón. En cuanto se le metía una idea en la cabeza ya era imposible apartarlo de ese camino.

—No puedo rendirme, tío. No puedo hacerlo. Hay sangre derramada. Nuestra sangre.

—Muy bien, creo que hemos aclarado las cosas, entonces. Ninguno de los dos va a ceder —se quedó mirando la serpiente que se hacía al fuego durante unos minutos, en silencio, mientras la carne se calentaba y adoptaba un tono rosado—. Ya está hecha. A comer.

La carne del reptil resultó ser correosa, dura y tenía el sabor de un pollo mal alimentado pero aún así Caiside la devoró como si fuera un manjar propio de un banquete de dioses. A través de las llamas de la hoguera, podía ver como la mujer del bastón observaba todos sus movimientos con sus ojos oscuros y una sonrisa aligerando sus labios finos y pálidos.

—¿Qué pasará si pierdo el combate con ese Dotrach? —preguntó de repente su tío.

—Se llama Donnach. Y no lo perderás. Sé que eres mejor que él. Un gran guerrero. Mi padre dijo que…

—Sé lo que dijo tu padre. Ya me lo has repetido varias veces. A saber qué otras tonterías te contó. Un gran guerrero, dices —Alecto sonrió y negó con la cabeza—. He estado en muchos combates, más de los que quisiera haber visto, y en ninguno de ellos terminé con los

pantalones limpios. Sí, chico, sí, tu tío se meaba encima cada vez que los dardos empezaban a volar sobre su cabeza o chocaba el escudo contra algún engendro pintado. ¿No te lo contó nunca tu padre? Por la expresión de tu cara ya sé la respuesta. Lo cierto es que él siempre fue, ¿cómo decirlo?, más frío para esas cosas. Y lo cierto es que nunca me reprochó nada. Solo se me quedaba mirando, en silencio. Supongo que se preguntaba por qué éramos tan diferentes.

—Él no tenía miedo. A nada, ni a nadie.

—Y quizás por eso esté muerto. Vale, no te enfades —dijo Alecto levantando una mano con gesto conciliador al ver que Caiside tomaba aire para arrojarle uno de sus discursos sobre el valor y el honor. Ya había tenido muchos de esos a lo largo de su vida y escuchar otro hubiera sido más de lo que cualquier hombre estaría dispuesto a soportar—. Dime una cosa, ¿a cuánta distancia está el poblado de ese Dopr…? Bueno, como se llame.

—A cinco, quizás seis jornadas.

—Entonces dentro de una semana sabremos si volverás a tener tu espada o habrás perdido a lo que queda de tu familia. Y ahora si me disculpáis, me voy a cagar. Creo que comer este bicho no me ha sentado muy bien.

—Será mejor que cojas una antorcha, romano —dijo Aoife mientras escupía un trozo de vertebra de serpiente al fuego—. ¿No querrás hacerlo aquí cerca, verdad? —preguntó con un tono inocente al ver la cara que ponía Alecto—. Aléjate un poco de donde vamos a pasar la noche.

Alecto resopló, cogió una tea que ardía con fuerza y se internó en la oscuridad alumbrando el camino con la resplandor de la llama. Cuando dejaron de escuchar sus pasos, Aoife se levantó, cogió una rama marchita y la arrojo a la hoguera provocando una pequeña tormenta de chispas. Después, se volvió hacia Caiside y señalando con un gesto de la barbilla hacia la oscuridad le dijo:

—Tu tío no es un mal hombre, pese a las apariencias. Tiene sus propios fantasmas, como todos supongo. Cosas que hicimos y que nos persiguen durante el resto de nuestra vida. Pero también deberías saber que no es del todo bueno. Tenlo muy en cuenta. No fuerces sus límites.

—Nadie es bueno o malo —musitó Caiside imprimiendo un tono molesto a su voz. ¿Quién era esa mujer para decirle lo que tenía o no tenía que hacer?—. Solo hacemos lo que creemos que es correcto. Aunque nos equivoquemos.

—Cuanta sabiduría para alguien tan joven. Supongo que la vida te ha enseñado un par de cosas.

—Así es. ¿Y tú quién eres? ¿De qué conoces a mi tío? —preguntó Caiside escupiendo las palabras.

—Los caminos hacen extraños compañeros, ya deberías saberlo. Tu tío y yo tenemos algunas cosas en común. No muchas, afortunadamente, pero las que hay son interesantes por definirlas de alguna manera.

—¿Vas a venir con nosotros?

—Sí. Tengo curiosidad. Una vieja maldición que me ha traído más de un problema a lo largo de mi vida —contestó Aoife sonriendo —. Quiero saber cómo termina este viaje. Hace muchos años, más de los que tú tienes, yo contaba relatos como este, ¿sabes? Era buena.

— Lo sé. He visto los tatuajes en tu brazo derecho —murmuró Caiside mientras cogía un puñado de tierra y en silencio dirigía una oración a Epona.

—Tu tío no saben lo que significan —dijo Aoife acariciando con gesto soñador los dibujos que serpenteaban sobre su piel—. Tampoco creo que le importen. Pero aún así preferiría que no le dijeras nada. ¿Sabes guardar un secreto, verdad?

—Sí.

—Lo sé. Y yo también puedo hacerlo. Por eso no le contaré los tuyos a tu tío —dijo Aoife mientras se hurgaba el interior de su boca con una dedo.

—¿Los…los míos? —balbuceó Caiside.

—Sí, no pongas esa carita de inocencia. Vamos, ¿de verdad creías que podías engañarme?

—Entonces, ¿lo sabes?

—¿Saber qué, exactamente? Puedo ver una de tus mentiras con tanta claridad como si tu rostro estuviera debajo del sol. Está en tu cuello y es difícil de ocultar. ¿Pensabas que no me daría cuenta? ¿Has visto tú mi piel, la marca del collar? Es más profunda que la tuya quizá porque tengo más años que tú —Aoife se encogió de hombros y sonrío—. Pero sé que hay algo más. Y me pregunto qué podrá ser. Supongo que lo descubriremos en el viaje. A menos que quieras contármelo ahora.

—No, no hay nada más —mintió Caiside—. Solo lo que has descubierto.

—Algún día descubrirás que no todo el mundo es tu enemigo. Yo, desde luego, no lo soy —dijo Aoife posando sus dedos sobre el antebrazo de Caiside—. Estos tatuajes, la serpiente, ¿tienen que ver con los druidas?

—No —contestó Caiside bajando la cabeza, incapaz de aguantar la mirada de Aoife.

—Ya lo suponía.

—Por favor, no le digas nada a mi tío.

—Te he dicho que no soy tu enemiga. Tendrás que aprender a confiar en mí. Con el tiempo. Pero también te advierto que guardaré

silencio sobre tus secretos siempre que eso no le cause ningún perjuicio al romano —le previno Aoife—. No me gustaría que sufriera por ellos.

—No lo hará. Lo juro por lo que está arriba y por lo que está abajo.

—Ya veremos. No estoy tan segura de que vaya a salir ileso de todo esto, de una manera u otra. Cuando llegue el momento de pelear con ese Donnach, espero que tengas razón y que sea mejor que él, lo espero de verdad. Tendré que arrojar mis piedras para que los dioses me hablen. Y ahora, silencio, está volviendo. Hace tanto ruido como una manada de caballos salvajes.

—Bueno —dijo Alecto entrando en el círculo de luz de las llamas mientras se masajeaba la tripa—, ¿cómo ha ido la cosa? ¿ya habéis hecho amistad? Hum, veo que aún queda serpiente. Creo que voy a comer un poco más. Con vuestro permiso.

Arrojó la tea a la hoguera y miles de chispas ascendieron hacia el cielo, tantas que los ojos de Caiside se llenaron de lágrimas tratando de atraparlas antes de que se consumieran.

A la mañana siguiente apenas avanzaron en su camino una decena de millas. Para desesperación de Caiside, debían pararse más a menudo de lo que deseaba con el fin que Alecto recuperara el resuello y bebiera un trago de agua de su cantimplora mientras mascullaba algo parecido a gruñidos en los que Caiside creyó distinguir las palabras “posca” y “mierda”. Mientras subían y bajaban colinas, su tío no dejaba de parlotear, viejas historias de soldado, sobre dónde encontrar las mejores prostitutas de la isla, la manera más eficaz de matar a un hombre con un cuchillo, cómo cazar gazapos para cenar, las ciudades que había visitado y, por supuesto e inevitablemente, la calidad de las prostitutas que en ellas habitaban.

Caiside ponía los ojos en blanco y no decía nada. En realidad casi ni le escuchaba. Intentaba orientarse en el mar de colinas y brezo, buscando sendas poco transitadas. No le hubiera gustado encontrarse con partidas de guerreros que hubieran salido de caza o con pastores que se fueran de la lengua. Aún les quedaban cinco jornadas de camino hasta que llegaran al poblado central del clan votadini, Trapain. Para entonces esperaba que se hubieran terminado todas esas historias sobre prostitutas pero mucho se temía que Alecto guardaba reservas sobre el tema para varios días.

—¿Por qué has decidido ayudar al chico? —preguntó Aoife interrumpiendo un fascinante relato de su tío sobre una muchacha panonia que conoció en Deva y las cosas que podía hacer con sus labios—. Creía que habías dejado claro que no te importaba vengar a tu hermano, ni recuperar la espada. Solo querías llevar a tu sobrino de vuelta al muro. Y ahora vamos en dirección contraria.

—Si te soy sincero, mujer, no sé por qué estoy aquí, en mitad de ninguna parte —contestó Alecto parándose de nuevo. Abrió los brazos como si quisiera abrazar el horizonte que se desplegaba ante sus ojos. Colinas. Valles. Un lago. Bosques de alisos y robles—. Quizás fue la forma en la que me miró Delmacio, mi hermano de armas, cuando regresé al fuerte sin el chico, quizás que este pequeño gilipollas mencionara a nuestro perro, Cuervo. Ese animal adoraba a mi hermano, como todo el mundo que lo conoció. Esa era nuestra mayor diferencia. Él tenía facilidad para ganarse a la gente sin esfuerzo. Yo no poseo ese don.

—¿De verdad? —dijo Aoife guiñándole un ojo a Caiside—. No nos habíamos dado cuenta.

—Como estaba diciendo —continuó Alecto ignorando a la mujer tatuada—, el perro seguía a mi hermano a todas partes. A mí me tenía manía, el muy cabrón, menudas dentelladas me lanzaba cuando estaba de mal humor. Aún así, no sé por qué, lo quería. Aún lo quiero pese a que han pasado décadas desde que se murió. Oye, chico, ¿te contó tu padre cómo lo encontramos?

—No, creo que no —contestó Caiside prestando de repente atención a las palabras de su tío—. Mi padre me contaba historias todas las noches. Sobre Aquiles y Héctor y Eneas. También me contó cómo llegasteis al muro y cómo te mareaste en el barco y tuvo que sujetarte contra la borda durante todo el trayecto para que no cayeras al agua mientras vomitabas todo lo que habías comido desde que cumpliste los diez veranos. Esa historia era muy divertida. Recuerdo que me dijo que tú…

—Basta. No fue así como sucedió —interrumpió Alecto mientras miraba de reojo a Aoife—. Algún día te contaré la versión real de esa historia. Pero ahora déjame que te narre cómo conseguimos a nuestro perro.

—Ya estás tardando en hacerlo, romano —dijo Aoife deshaciendo un nudo de su melena oscura—. Seguro que será un relato mucho mejor que el de la puta contorsionista que nos has contado hace un rato.

— Qué sabrás tú. Vamos allá con la historia. Hace años, muchos más de los que quisiera recodar, un pastor metió cinco cachorros en un saco con piedras y los ahogó en la corriente de un río. Se quedó mirando como la saca se hundía lentamente, arrastrada por el peso de las piedras, mientras la camada gritaba y gruñía desesperada. Pronto dejaron de escucharse los gañidos y sólo quedo el murmullo del agua. El pastor escupió un trozo de nuez que había estado masticando y entonó una melodía que había aprendido de joven agradeciendo la generosidad del dios del río por aceptar su ofrenda. Entonces, cuando dejó de cantar, oyó un gemido a su

derecha. Entre unas cañas un cachorro lleno de barro lloraba desesperado con sus ojos aún entrecerrados y sus patas ensangrentadas. El pastor se rascó la cabeza, no tenía ni idea de cómo aquel perro de pelo oscuro como la noche había rasgado el saco y había escapado de la corriente. Lo cogió entre sus brazos. Creo que en ese momento, admiró su afán de supervivencia pero, encogiéndose de hombros, sostuvo su pequeña cabecita con una mano dispuesto a girarla rápida e indoloramente. Fue entonces cuando tu padre habló:

—¿Qué haces? — le preguntó al pastor.

El hombre se volvió con el cachorro aún entre sus brazos. Vio a dos críos, apenas unos niños, que portaban dos palos hechos de madera de fresno, teníamos aspecto de labriegos, mal vestidos, sucios. Al fin y al cabo, eso éramos por aquel entonces. Campesinos. Habíamos hecho guardia cerca de las tierras de nuestro padre hasta aburrirnos, ahuyentando con nuestros bastones y nuestros agudos gritos de guerra a zorros y raposas, niños jugando a ser hombres. El pastor nos sonrió y contestó:

—Arreglando los errores de una perra demasiado fértil, supongo.

—Has matado a una camada de cachorros — le dije.

—No necesito a más de dos, los más fuertes, el resto solo serían una molestia.

—¿Y el que tienes ahí?

—Supongo que ha escapado —dijo el pastor encogiéndose de hombros—. No pasa nada. Seguid vuestro camino, seguro que tenéis cosas mejores que hacer,

—Te lo compro — dijo tu padre y buscando en el interior de su boca sacó media moneda de bronce.

El pastor miró primero la moneda que se le ofrecía, después dirigió su atención a esos críos tan molestos, calibrando nuestra valía, quizá nos envidió, se nos veía tan seguros de nosotros mismos, tan orgullosos, tan soberbios en nuestra juventud. Algo amargo debió subir por su garganta y el pastor lo escupió en forma de palabras.

—El cachorro no está en venta, niño, guárdate tu dinero.

—Pero si no lo quieres…

— No está en venta.

—¿Lo quieres de verdad, Dídimo? — pregunté a mi hermano—. Pues empieza a correr.

Y con un gesto, giré el bastón golpeando la mandíbula del pastor. Dientes y sangre manaron de sus labios rotos mientras caía entre los helechos que crecían en la orilla del río escupiendo trozos de encías. Sus ojos se llenaron de lágrimas de dolor, apenas pudieron ver cómo cogía al cachorro y corría tras tu padre, alcanzándolo con facilidad mientras le pasaba al animal sin detenerme. Tu padre lo

agarró en el aire y solté una carcajada mientras le decía.

— Cuidado no te manches la túnica, está lleno de barro, pero no te quedes ahí parado, Dídimo, corre, corre, corre….

Nunca volvimos a ver a ese pastor. Y nos quedamos con el perro. Fin de la historia.

—¿Y cuál es la intención del relato? —preguntó Aoife mirando fijamente a Alecto.

—¿La intención? No sé de qué estás hablando. Como, por otra parte, es habitual.

—Has contado una historia. ¿Por qué? —insistió Aoife.

—Es una anécdota de la vida del padre del chico. Creí que le gustaría conocerla.

—¿Y nada más? ¿Sólo eso?

—¿Qué más quieres? —inquirió Alecto—. No creo que haga falta nada más.

—Te equivocas, romano. Toda historia debe tener una intención. Si no la tiene, no debe ser contada. En mis tiempos, cuando narraba, todos mis relatos tenían un objetivo: sanar las almas y los cuerpos de aquellos que las escuchaban. Y lo hacían.

—¿Curabas enfermedades con tus historias? —preguntó Alecto levantando una ceja incrédulo—. ¿Heridas de espada, piernas rotas, diarreas? ¿Curabas todo eso con tus cuentos?

—Así es —asintió Aoife muy seria.

—Y yo que creía haberlo oído todo —resopló Alecto mientras mascullaba una carcajada—. Eh, chico, ¿Cuándo tu padre te contaba esos relatos sobre Eneas también te curaba los picotazos de los mosquitos saber que se había beneficiado a esa reina de África, Licia?

—Se llamaba Dido —le rectificó Caiside—. En realidad, tío, ella tiene razón. Las historias sanan. Lo he visto.

—Estoy a muy poca paciencia de haceros rodar a los dos por esta colina a patadas —replicó Alecto mientras cerraba el ojo izquierdo.

—Aunque tú no lo sepas o no lo entiendas, tú historia también tenía una intención —intervino Aoife.

—¿Y cuál era?

—Tendrás que descubrirlo tú mismo. Nada sucede por casualidad, romano —contestó Aoife mientras sonreía a Caiside—. Y si has decidido contar esta historia en concreto es por algo. Piensa en ello.

—Eres agotadora, mujer —dijo Alecto mesándose el cabello—. Creo que nunca he conocido a nadie como tú.

Y después de eso, no hablaron hasta que llegó la noche y acamparon bajo la protección de plata de la luna. El olor de conejo asándose lentamente al fuego de la hoguera hacía que el estómago de

Caiside rugiera anticipando el placer que pronto sentiría al probar la carne y que su boca salivara como si hubiera tomado un trago de agua. Aoife había decidido que esa noche no cenaría y dormitaba agarrada a su bastón y cubierta con su túnica marrón. Alecto hablaba, como siempre, sobre su juventud. Iba a empezar una historia sobre cómo conoció a la madre de Caiside cuando de repente su voz calló. Alecto irguió la cabeza observando la oscuridad que los rodeaba. Con aire distraído, como si en realidad no hiciera nada, colocó su espada sobre sus mulsos, lista para ser utilizada.

—¿Qué pasa? —susurró Caiside pero calló cuando su tío le hizo un gesto con la mano.

—Podéis acercaros si queréis al fuego. Va a ser una noche fría y no nos importará compartir su calor —dijo Alecto en picto dirigiéndose a la oscuridad.

Unos pasos se escucharon en la noche, una rama fue aplastada bajo el peso de unas sandalias, el crujido sonó como un grito ahogado y tres figuras se acercaron al fuego abrazando su luz y calidez. Uno era un *votadini* como Caiside, sus brazos y rostro estaban tatuados con tinta azul, un laberinto de figuras y símbolos que contaban toda una vida que solo él podía leer. Su rostro enjuto, de mejillas hundidas como un par de cuchilladas, y su pelo ralo le hacían parecer una alimaña hambrienta. El parecido con el animal se acentuó cuando sonrió, con un gesto dirigido a Alecto que pretendía ser amable y tranquilizador y que consiguió justo el efecto contrario. El segundo era un *attacotti*. Caiside lo reconoció por los dientes afilados como cuchillas y los trozos de carne seca que colgaban de pequeñas cuerdas atadas a sus brazos y piernas. Un miasma a muerte y carroña parecía envolverlo como un manto. Había oído historias sobre esa tribu, murmullos que se desplegaban en torno a una hoguera en las noches más oscuras y que hablaban de devoradores de cadáveres. Ahora, con ese *attacotti* tan cerca, Caiside se temió que esos relatos fueran reales. El tercer hombre del pequeño grupo era un auténtico oso. Debía medir cerca de dos metros, una masa de grasa y pieles de diversos animales, hurones, zorros y conejos, que se movía con lentitud, con una barba oscura y rizada cayendo sobre su pecho. Sus ojos, prisioneros de unos espesos parpados de carne gris, brillaban con una luz mortecina.

—Os agradecemos la oferta —dijo la alimaña inclinando la cabeza—. Quiera Beltaine que nunca se pierda la hospitalidad en estas tierras. Vamos, sentaos, no seáis desagradecidos —les indicó a sus acompañantes—. Permitid que os invite a la bebida. Traigo cerveza. De la buena —recalcó guiñando un ojo a Caiside.

—Gracias —dijo Alecto mientras bebía un largo trago de la cantimplora que le había pasado la alimaña—. Es cierto. Está muy buena.

—Tienes un acento que no logro identificar, amigo. ¿Eres de la costa?

—Sí, así es.

—¿Brigante, verdad?

Alecto asintió en silencio. Dio otro trago de cerveza. El oso lo miraba fijamente como si en la cicatriz que cruzaba la mejilla de Alecto pudiera descubrir un secreto guardado por algún dios olvidado. El *attacotti* mordisqueaba con fruición un trozo de carne y se reía por lo bajo.

—Estás muy lejos de casa, amigo —dijo la alimaña sonriendo —. ¿A dónde te diriges?

—Voy al *oppida* de Trapain con mi mujer —contestó señalando a la aún dormida Aoife— . He oído que necesitan esclavos y pienso sacar algo valioso por este —apuntó con un dedo a Caiside. Este abrió los ojos y Alecto vio cómo su labio inferior temblaba.

La alimaña se quedo mirando a Caiside como si por primera vez fuera consciente de la presencia del muchacho. Una lengua asomó en sus labios y se escabulló con rapidez entre unos dientes torcidos como clavos viejos.

—Sí, allí se hacen buenos negocios —afirmó el picto—. Pero este crío tiene los brazos muy delgados. No servirá para trabajar en el campo, ni en las minas. No sé si tendrá alguna utilidad. Aunque espera un momento, se me ha ocurrido algo. Oye —dijo dirigiéndose al oso —, tú estabas en el sur, al otro lado del muro, ¿qué hacían los romanos con críos como este?

Alecto miró al oso. Sus miradas se encontraron y el barbudo emitió un gruñido.

—Se los follaban —contestó cabeceando con su enorme cráneo, tan pesado como si estuviera hecho de granito.

—No me digas —replicó alimaña escandalizado—. Que gentuza. Y se llaman a sí mismo civilizados. Y la información es de primera mano. Verás, amigo —dijo dirigiéndose de nuevo a Alecto—, aquí mi hermano de clan, es del sur. De más allá del muro. Estaba en una guarnición de una ciudad, ¿cómo se llamaba?

—Deva.

—Eso, Deva. Así que sabe de lo que habla como puedes ver.

—Eres un desertor —afirmó Alecto sin apartar la vista del gigante.

—Lo soy. Y escupo en los estandartes del Emperador —contestó lanzando un espeso gargajo a la hoguera—.

—Aquí está bien, con nosotros —intervino alimaña mientras palmeaba la espalda del oso como si tranquilizara a un perro salvaje —. Lo tratamos bien, ¿verdad? Aunque como puedes ver a veces es un poco difícil de llevar. Todo un carácter. No sé que debió ocurrirle pero

es mencionarle a Roma y el emperador y puedes esperar que pase cualquier cosa.

—Sí, ya me he dado cuenta —murmuró Alecto mientras miraba de reojo el cuerpo de Aoife. Podía oír sus sonoros ronquidos y por un momento se planteó la posibilidad de arrojarle una tea ardiendo para que se despertara.

—Pero, oye, sobre tu esclavo —dijo alimaña sacando a Alecto de sus ensoñaciones—, dime una cosa, tengo curiosidad, tú… ya sabes… ¿le has follado el culo como si fueras un romano?

—No —dijo Alecto mirando el fuego. El conejo se estaba quemando y un olor a carne chamuscada empezó a flotar en el humo de la hoguera.

—Vaya, y sin duda has tenido oportunidad de hacerlo, aquí en mitad de ninguna parte, con tu mujer dormida como un gato viejo. Pero ya que has sido tan hospitalario, ¿me dejas pedirte algo más? —rogó alimaña mientras se inclinaba ligeramente hacia atrás, como si estuviera a punto de participar en jugoso festín—, ¿dejarías que yo lo hiciera, amigo? Ya sabes, me gustaría probar con tu esclavo eso que fascina tanto a los romanos.

—Estropearías la mercancía. Y eso me perjudicaría porque no sacaría mucho beneficio de él.

—Y a mí me gustaría ver cómo lo intentas —dijo Caiside sacando un cuchillo de su mochila. El resplandor de la llamas se reflejo en la pulida hoja del arma tiñéndola de un rojo colérico—. Te cortaré ese pingajo de carne que tan generosamente llamas polla en cuanto la saques de tus pantalones.

—Vaya, mira eso —dijo alimaña enseñando los dientes en una sonrisa torcida—. Creo que es la primera vez que veo a un esclavo armado con un cuchillo.

—Si te he de ser sincero —contestó Alecto—, yo también es la primera vez que lo veo.

—Qué cosas más curiosas te encuentras en los caminos —murmuró alimaña con aire soñador mientras dejaba caer su mano en la lanza que tenía junto a sus pies—. Nunca dejaran de sorprenderme.

Más tarde, Caiside trataría de reconstruir en su memoria la escena que se desarrolló ante sus ojos. Allí estaba la espada de Alecto saliendo de la vaina, más rápida de lo que podía imaginar. El brazo de su tío convertido en un borrón y el metal atravesando el cuello del hombre que parecía un oso. Después, el sonido que hizo al liberar la espada, plof, la carne abriéndose y el chorro de sangre brotando hacia el fuego, tiñendo de un rojo sucio el conejo que se quemaba ya sin remedio.

Alimaña se incorporó y avanzó con su lanza apuntando al corazón de Alecto. Este se giró tratando de hacer frente al ataque,

demasiado lento, demasiado tarde. La punta del asta estaba a punto de penetrar en la carne, cuando Alecto resbaló en la sangre del desertor y cayó al suelo. El asalto de alimaña falló, golpeando el aire donde antes estaba el cuerpo de Alecto, y antes de que pudiera cambiar el sentido de su lanza, el soldado, tumbado de espaldas, con un golpe seco de su espada le cortó la pierna izquierda justo por debajo de la rodilla. Alimaña cayó al suelo junto al romano con un grito de dolor que Caiside nunca pensó que una garganta humana pudiera emitir y allí mismo su tío lo remató hundiendo la punta de su espada entre los ojos del picto. El *attacotti* se abalanzaba ya contra Alecto con una espada corta en su mano cuando Caiside saltó a su espalda y le clavó su puñal en la nuca. El olor repugnante que brotaba de la piel y el cabello del *attacotti* le golpeó con intensidad casi física. La sangre manó de la herida manchando el rostro de Caiside provocándole una arcada. Resbaló de la espalda de su víctima al suelo y cayendo de rodillas vomitó una espesa bilis sobre el cuerpo que agonizaba entre espasmos.

—Me estoy haciendo viejo para esto —murmuró Alecto mientras se incorporaba respirando con dificultad. Con una mano se limpió la sangre que había salpicado su cara y, después, se giró hacia Caiside—. Maldita sea, chico, ¿no me escuchas cuando te hablo? Te dije que para matar al instante tienes que clavarlo entre la tercera y cuarta vertebra. Esto es una chapuza. Aún patalea. Míralo, un poco más y saldrá corriendo si le das tiempo. Aunque no creo que llegara muy lejos, claro.

—Lo siento —dijo Caiside limpiándose la boca de restos de vómito. El *attacotti* agitó una pierna y el tufo que partió de cuerpo hizo que su estomago se agitara de nuevo.

—No lo sientas. Termínalo. Rápido.

Caiside se levantó pero sus rodillas traicionaron de nuevo a su voluntad y el suelo recibió otra vez a su cuerpo. Sentía cómo las lágrimas intentaban invadir sus ojos pero apretó los dientes y masculló una maldición.

—Menudo desastre, chico — dijo Alecto mientras clavaba la hoja del cuchillo en el cuello del moribundo y la retorcía hacia la izquierda. Después, la extrajo y la arrojó a los pies de su sobrino—. Tu padre debería haberte enseñado alguna cosa aparte de todas esas historias sobre nuestra espada.

—Mi padre me enseñó muchas cosas. Más de las que crees.

—Sí, se le daba bien el parloteo. Ah, mira quién se ha despertado —dijo Alecto señalando a Aoife—. Espero no te hayamos arruinado un buen sueño. No queríamos molestar, ni hacer ruido pero, sin saber ni cómo ni por qué, las cosas se han complicado un poco y hemos tenido una breve discusión con los tres cuerpos muertos que tienes delante de ti.

—Ya lo sé. He estado despierta todo el tiempo —indicó Aoife mientras se peinaba su enredado pelo con los dedos—. Solo fingía dormir.

—Pues podrías haber echado una mano. Ese bastón con el que siempre cargas parece muy pesado, ideal para romper algún brazo, quizás con suerte alguna cabeza.

—Os he ayudado. He lanzado las piedras para dar fuerza a tu brazo. ¿Ves? — le dijo enseñándole unas lascas pintadas que tenía junto a ella, en el suelo— . ¿O de verdad piensas que podrías haber vencido a estos tres sin mi ayuda? Cada día me sorprende más el alto concepto que tienes sobre ti mismo y tus capacidades.

—Ni siquiera voy a contestarte. Piedras pintadas, magia de druidas, tonterías, eso es lo que son —murmuró Alecto mordiéndose el labio inferior—. Vamos, a ver que tenían estos tipos en sus bolsas, seguro que algo podremos aprovechar. Bueno, quizás lo que lleve este no —dijo señalando con un gesto de asco al *attacotti* y los restos de carne que colgaban de sus cintas—.

Saqueó con dedos expertos a los muertos. Era algo que siempre se le había dado bien. Se quedó con el colgante del oso. Era una placa de plomo, la que llevaban todos los soldados de Roma, con un nombre grabado en su superficie.

—Honorio Diviciaco Barbati —leyó Alecto y escupió al cadáver del oso—. Odio a los desertores. ¿Pasa algo? — preguntó al ver la palidez del rostro de Caiside.

El chico había sacado de la bolsa de alimaña una máscara que representaba una cabeza de perro.

—Mal asunto. Esa máscara es un problema — masculló Aoife—. Uno muy grave.

—¿Crees que habrá más por aquí? —susurró Caiside mirando hacia la oscuridad.

—¿De qué habláis? —preguntó Alecto observando él también la oscuridad—. ¿A quién os referís?

—Nunca van solos, ya lo sabes —dijo Aoife dirigiéndose a Caiside—. Seguro que están cerca. Deberíamos darnos prisa y marcharnos de aquí cuanto antes.

—Yo no me muevo de aquí hasta que no me digáis qué pasa con esa máscara que huele a mierda —replicó Alecto señalando el suelo que pisaba con un dedo—. Y por qué os preocupa tanto.

— ¿Sabes lo que es un *fian*? —preguntó Aoife.

—No, ni idea.

—¿Cuántos años llevas en el muro?

—Toda una vida. Desde que era un crío, algo mayor que mi sobrino pero poco más.

—¿Y nunca te has molestado en conocer las costumbres de la

gente que estaba al otro lado? —inquirió incrédula Aoife.

—He aprendido su lengua

—Sí, y muy mal, por cierto.

—Y sé cómo matarlos. ¿Ves? Todos muertos —dijo Alecto señalando los tres cadáveres—. En eso destaco bastante.

—Un *fian*, romano, es una secta de guerreros —explicó Aoife —. Su número es siempre un múltiplo de siete. Llevan máscaras de animales; perros, cuervos, lobos. Y si dañas a uno de ellos, el resto vendrán a por ti. Cruzarán montañas, océanos y ríos, tardarán una eternidad si es preciso pero al final te encontrarán, no importa lo que hagas para evitarlo. Es la muerte, romano, esa máscara es la muerte. Y nos ha encontrado.

CAPÍTULO V

-LA CAZA-

Caminaron durante gran parte de la noche, alejándose del campamento y la matanza que allí había ocurrido. Aoife estaba convencida que habría más miembros del *fian* cerca y quería poner la máxima distancia posible antes de que los cuervos descubrieran los cadáveres y empezaran su sangriento festín y sus graznidos satisfechos fueran como una llama ardiendo en la oscuridad, una señal que no pasaría desapercibida para todo aquel que tuviera un par de ojos y quisiera ver.

La luna creciente iluminaba con su aliento plateado el camino que descendía desde la colina hasta una tímida floresta que se adivinaba en las sombras del horizonte. Detuvieron sus pasos junto a un arroyo de aguas calmadas y poco profundas. Alecto se apoyó en el tronco de un aliso. Escupía al suelo espesas flemas y tosía con fuerza. Parecía más cansado que nunca.

—Mi padre tenía razón —dijo Caiside tratando de animarle—, eres un gran guerrero.

—Tuve suerte —replicó Alecto limpiándose un resto de saliva que había quedado en sus labios con el dorso de la mano—. Demasiada, quizás. A lo mejor ya he gastado toda la que me quedaba para este viaje.

—Si he de ser sincero, tenía mis dudas sobre ti pero ahora estoy seguro de que vencerás a Donnach.

—Chico, cállate durante un buen rato, por favor —le espetó su tío mientras se dejaba caer al suelo derrotado y se tapaba el rostro con su raída capa.

—¿Estás bien, romano? —preguntó Aoife.

—Sí, estoy bien, no pasa nada —contestó Alecto. Intentó formar con sus labios una sonrisa que la tranquilizara pero apenas consiguió el esbozo de una mueca—. Solo necesito descansar un poco. Solo eso. Este me parece un lugar tan bueno como cualquier otro. Nos quedamos aquí.

No encendieron fuego y se alimentaron de frutos secos y unas bayas que habían recogido por la mañana. Se acostaron espalda contra espalda tratando de darse calor. La noche era fría y húmeda. Algunas estrellas brillaban en el cielo tratando de romper el muro que formaban las nubes.

—Mi padre no era un desertor —dijo de repente Caiside intentando elevar su voz por encima de los sonoros ronquidos de

Aoife.

—¿Qué? ¿A qué te refieres ahora? —preguntó Alecto.

—Que no era un desertor. Has dicho que odiabas a los desertores. Sé que lo decías por él.

—Sabes mucho tú. Demasiado me parece a mí. No pensaba en tu padre —mintió Alecto—. Hacía bastante tiempo que no le dedicaba ni un solo pensamiento. Hasta que apareciste, claro.

—Lo hizo por mi madre. La amaba. Por eso dejó el muro. Por ella

—¿Eso es lo que te contó? —preguntó Alecto.

—Sí. Y era la verdad —Caiside permaneció callado durante un rato y después continúo—: Me hubiera gustado conocerla mejor.

—¿No te acuerdas de ella?

—No. Quizás. No sé —Caiside se encogió de hombros—. A veces tengo recuerdos de una mujer de cabellos rojos como los míos y también puedo oler su aroma algunas noches antes de dormirme. Incluso creo que recuerdo el tacto de sus caricias. Pero tengo la sensación que son invenciones mías, que no es algo real. Solo tenía dos años cuando murió. Los niños de dos años no se acuerdan de esas cosas, ¿no?

—No lo sé. Supongo que no.

—¿No has tenido hijos?

—No.

—Mi padre no se volvió a casar después de la muerte de mi madre —continuó Caiside—. No me contaba muchas cosas de ella aunque le pregunté muchas veces. No sé por qué.

—Le hubieras gustado.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo conocía bien a Ninian —susurró Alecto.

—Dime, ¿cómo era ella? —preguntó Caiside sin poder disimular su entusiasmo.

—A mí tampoco me gusta hablar de tu madre. Anda, duerme, mañana tenemos camino que hacer.

Caiside permaneció despierto mirando la bóveda celeste. Por alguna razón no podía conciliar el sueño. Y sabía que Alecto tampoco dormía. Vio como la espalda de su tío temblaba y se preguntó por qué estaría llorando.

A mediodía, después de unas cuantas horas de marcha, descansaron bajo la sombra de un fresno. Alecto examinó con cuidado cada una de las ramas, tocándolas con sus dedos, acariciándolas con las callosas palmas de sus manos. Con la ayuda de su espada cortó una de las más bajas y gruesas. Se sentó en el suelo y con la ayuda de su cuchillo empezó a tallar la madera, arrojando gruesas lascas marrones al suelo. Cuando Caiside le preguntó que estaba haciendo, por toda

respuesta, Alecto se llevó un dedo a los labios solicitando silencio.

Durante los dos días siguientes, cada vez que paraban, se ponía a trabajar la madera. Mientras Aoife le enseñaba a Caiside el nombre de las estrellas del cielo o le decía que aquella planta curaba el mal de huesos y aquella otra ayudaba a la fecundidad y esa, la de flores violetas, quitaba los malos sueños, el sonido del cuchillo raspando la madera acompañaba sus palabras como una extraña melodía.

A veces, Aoife se detenía y miraba hacia el horizonte en todas las direcciones posibles. Buscaba señales de que los estuvieran siguiendo. No se daba cuenta pero cuando lo hacía, se rascaba con aire distraído la blanca cicatriz que rodeaba su cuello como una joya hecha de dolor.

—Eso que tienes ahí… En el cuello. ¿Es la marca del collar de esclava? —le preguntó una mañana Alecto.

—Sí, así es. Lo lleve durante mucho tiempo. Toda una vida ¿Te puedes creer que lo echo de menos? No sé si esa es la expresión adecuada pero sí que siento como si me faltara algo al no sentir su peso sobre mis hombros. Qué curiosos somos los seres humanos, ¿verdad? —dijo Aoife con una mirada que contenía años de tristeza y sufrimiento.

Alecto, incómodo, apartó la vista y la dirigió hacia Caiside que en ese momento se levantó la túnica y ocultó su propio cuello con un gesto rápido. Aquella misma tarde, mientras descansaban tras una frugal comida, Alecto dejó de trabajar la madera que estaba tallando y observó con atención el dormido cuerpo de Caiside. Se mesó la barba durante unos instantes y, dejando a un lado el cuchillo, se acercó a su sobrino pisando suavemente el manto de hojas muertas. Con cuidado, levantó la manta que lo cubría y observó el delgado cuello del muchacho. Había una ligera marca, no tan profunda como la de Aoife, era casi imperceptible y se preguntó si no estaría viendo lo que quería ver, si no se estaría imaginando cosas.

—No deberías forzar las cosas, romano.

Alecto se volvió. Aoife estaba despierta atando cuerdas de colores a su bastón. Alecto volvió a tapar a su sobrino, miró su rostro una última vez y se alejó de él en silencio. Se sentó junto a Aoife y sus dedos empezaron a juguetear con una de las cuerdas.

—Creía que estabas dormida —dijo Alecto.

—Tengo un sueño ligero. Y mis sueños no suelen ser agradables, así que despertar es una bendición.

—¿Qué querías decir con forzar las cosas?

—Si tu sobrino guarda algún secreto no sería conveniente que le preguntaras ahora por él —contestó Aoife cerrando los ojos—. Gánate su confianza, su aprecio. Si lo obligas a decírtelo, aunque sea una tontería sin importancia, lo perderás para siempre. Y creo que eso

es algo que no querrías, ¿me equivoco?

—Hay algo en todo esto, en este viaje… —musitó Alecto negando con la cabeza—. Algo no encaja. No sé lo que es pero lo siento. Es como un picor bajo la piel. Por ahora seguiré tu consejo. No le preguntaré.

—Me sorprende que guardes oculta tanta sabiduría, romano, y que solo la repartas gota a gota —dijo Aoife sonriendo.

—No tientes a tu suerte, mujer. He dicho por ahora.

A la mañana siguiente se detuvieron en una granja. Aoife habló con el picto dueño de los campos y los animales que allí había y consiguió que les diera varias piezas de queso, pan y dos pequeñas ánforas de cerveza. A cambio, Aoife dejó tres piedras de colores que sacó de su bolsa sobre el dintel de la puerta de la cabaña y pintó con una tiza las formas de una mujer astada en cada una de las cuatro paredes que delimitaban el hogar del granjero. Este, con sus tres hijos, tres muchachos desgarbados, de miembros ahusados y caras que reflejaban una triste apatía, la observaban con un silencio respetuoso. Cuando Aoife estaba terminando de pintar sus extraños dibujos, el granjero miró a Alecto y le sonrío con una boca llena de dientes tintados de azul. Alecto asintió e incómodo apartó la mirada. Vio que Caiside se había alejado de la granja y estaba en mitad del campo de cebada acariciando las espigas con las puntas de sus dedos y Alecto, ajustándose la túnica, se acercó a su sobrino.

—¿Eran así los campos de tu padre, su granja, era como esto? —le preguntó Alecto.

—Muy parecido —contestó Caiside con una sonrisa triste—. En mis recuerdos es un lugar perfecto. Aunque supongo que nunca lo fue del todo. Teníamos nuestras plagas, a veces el tiempo no acompañaba y sufrimos varias malas cosechas y algunos animales se morían y no sabíamos por qué. Pero ahora, después de todo lo que ha pasado, creo que fue la mejor etapa de mi vida.

—Me gustaría decirte, chico, que las cosas mejoraran y que todo va a ir bien —dijo Alecto mientras arrancaba una espiga verde, después la olió, el suave aroma a cosecha le retrotrajo a su propia infancia—. Pero te estaría engañando. A veces todo empeora con el tiempo. Yo nunca tendré una granja como esta, lo sé. Una vez, fui un grajero cuando era joven, casi un niño, como tú. Ahora, ya no sabría hacer otra cosa que lo que hago en el muro.

—Podrías intentarlo.

—Sería una pérdida de tiempo y me engañaría a mi mismo —Alecto dejó caer la espiga al suelo y suspiró—. Cuando esto termine podrías quedarte con nosotros, en el muro. Siempre nos vendrá bien un par de brazos extra.

—No lo creo, tío —respondió Caiside mirando hacia el

horizonte de colinas y niebla—. Creo que iré hacia el sur, hacia el territorio romano. Ya sé que hay en el norte.

—En el sur hay la misma mierda que aquí, no esperes nada mejor.

—Pero por lo menos será algo nuevo. ¿Quién sabe lo que encontraré?

—Si mato a ese… como se llame y recupero la espada, llévatela contigo —musitó Alecto.

—Creía que habías dicho que era tuya, que te correspondía por derecho.

—Bah, ya te he contado muchas veces que es una espada como cualquier otra. Con esta que tengo aquí —Alecto dio una palmada a la vaina que colgaba de su tahalí —, es más que suficiente. No, insisto, te la quedarás. Como bien has dicho no sabes lo que te encontrarás en tu viaje. Y siempre es mejor estar armado que no estarlo. Recuerda siempre esta lección. Y ahora, volvamos con la bruja, creo que ya habrá terminado de engañar a esos palurdos.

—No los está engañando —dijo Caiside poniendo los ojos en blanco—. Está protegiendo su casa y sus animales. Con piedras y dibujos de poder. Ha sido muy generosa con ellos teniendo en cuenta lo poco que nos han dado.

—Esa gente nos ha dado comida. Ella solo está pintando monigotes.

—Me sorprende que solo creas en lo que ves, tío —replicó Caiside con voz indignada.

Por toda respuesta, Alecto lanzó un bufido, se tocó la señal que llevaba en la frente y bebió un profundo trago de la cerveza que habían conseguido gracias a esas piedras y dibujos.

Dos días más tarde, Alecto le tendió la madera que había trabajado a Caiside.

—¿Qué es esto? —preguntó su sobrino.

—Es una espada.

Caiside cogió la rama tallada y convertida en algo muy diferente. Alecto había modelado un mango rudimentario, con muescas para los dedos, que después se ensanchaba un poco para formar una guarda tosca y desbastada. La hoja era madera apenas pulida llena de astillas que terminaba en una punta redondeada y poco amenazante.

—¿Esto es una espada? —musitó Caiside con cierta decepción.

— Lo es. Más o menos. Cuando me alisté me enseñaron a combatir con una de estas antes de acercarme siquiera a una de verdad.

—Pesa mucho —dijo Caiside mientras atacaba con torpeza a un enemigo invisible.

—Así tiene que ser. Cuando te hayas acostumbrado a su peso la espada real, la que corta, te resultará ligera en comparación con esta —le aleccionó Alecto—. Entrenarte con esta aumentará tu rapidez y resistencia. Venga, vamos a elegir un árbol con el que practicar y te enseño algunas cosas. Algo que por cierto debería haber hecho tu padre. ¿Cómo no se le ocurrió adiestrarte en el manejo de la espada?

Caiside frunció el ceño y empezó a lanzar tajos contra un acebo mientras Alecto le corregía y le indicaba cuál era la posición que debían adoptar sus piernas, cómo debía orientar el resto de su cuerpo, la flexibilidad que debían tener el codo y los hombros.

Aoife, sentada en la hierba, con la barbilla apoyada en una mano, contempló cómo se entrenaban durante casi una hora. Como un presagio que viniera de un sueño, una memoria se acomodó en su mente. Recuerdos de una vida anterior, de hacía mucho tiempo, cuando era otra mujer, otra Aoife muy distinta a la que era ahora. Imágenes de un hombre al que una vez amó enseñando lo que sabía a un niño al que nunca había dejado de amar. Se mordió los labios y sus ojos se endurecieron cubiertos por un velo de dolor y rencor.

Entonces, sintió un viento que venía del este y que agitó con su lengua invisible la hierba alta. Una bandada de gansos surcó el cielo formando una línea recta. Aoife los contó. Siete. Notó un olor peculiar, el de tejo quemado, su lengua se llenó con el sabor ferroso de la sangre y escuchó el ahogado berrido de un ciervo. Se levantó. Puso una mano sobre sus ojos a modo de visera y miró hacia oriente.

—Romano —dijo—, tenemos que marcharnos. Nos han encontrado.

Alecto interrumpió el entrenamiento de Caiside y siguió con la mirada la dirección que le marcaba el dedo de Aoife pero solo veía oscuras colinas en la distancia.

—¿Estás segura? Yo no veo nada

—Si nos quedamos aquí pronto los verás.

—¿Es el *fian* de los perros? — preguntó Caiside

—Sí

—Tenemos que movernos. Hay un río cerca de aquí, a media jornada, si llegamos antes de que anochezca podríamos cruzarlo —informó Caiside—. Quizás tengamos suerte y los perdamos allí.

—Hay que intentarlo —contestó Aoife asintiendo con la cabeza.

—O quizás podríamos quedarnos aquí y emboscarlos —propuso Alecto—. Por mucha máscara asusta viejas que lleven no me asustan. Solo son hombres. Y se me da bien lo de matar hombres. Llevo haciéndolo mucho tiempo.

—¿Emboscarlos? ¿Ese es tu gran plan, general? —ironizó Aoife —. Puedo contar hasta siete de ellos. Creo que nos superan en número.

—Sigo sin ver nada, mujer.

—Tienes ojos de romano, no los verías hasta que los tuvieras junto a ti y te abrieran la tripa con sus lanzas. Confía en los míos. Veo siete guerreros, sin duda tendrán muescas en el cuero que cubre sus escudos y cicatrices en sus cuerpos. Nosotros somos un crío con una espada de madera, un viejo que resuella cada vez que sube una colina y luego estoy yo. Y por si no te has dado cuenta solo tengo este bastón. No veo mucho futuro si nos quedamos aquí y peleamos con ellos. Tenemos que ir al río. O morir aquí.

Caiside y Aoife recogieron los petates, se los colgaron del hombro y empezaron a bajar la colina corriendo hacia el pequeño bosquecillo. Alecto miró hacia el horizonte. Quizás había unas sombras que se movían o quizás no había nada. En todo caso, recogió su bolsa y se internó en el bosque.

Alecto tenía dificultades para seguir el ritmo que marcaban sus acompañantes, veía la espalda de Caiside y Aoife alejarse cada vez más de él, corrían rápido, con paso seguro y no mostraban signos de agotamiento. Él, por el contrario, empezaba a sentir su pecho como un horno, el aire que aspiraba apenas conseguía alcanzar su destino en sus pulmones y sentía que sus piernas se habían convertido en las astas de una bandera rota. A veces, giraba la cabeza, tratando de ver a sus perseguidores pero detrás de él solo había arboleda y matorral. En otras ocasiones, se paraba para tragar hondas bocanadas de aire y oía cómo Aoife lo llamaba, después lo cogía del brazo y lo arrastraba tras ella, haciéndole continuar.

Empezó a llover. Una lluvia áspera y amarga, que mojaba sus labios y su piel con un beso de frío y tormenta. “Se acabó”, pensó, “estoy harto de huir”. Se detuvo, sonrió con amargura y desenvainó su espada.

—Vamos, cabrones, venid —gritó a los tejos y los pinos que se levantaban hacia el cielo como columnas de madera sosteniendo una perfecta cúpula de verdor—. Hoy es buen día para morir.

—¡Romano! —gritó Aoife—. Por aquí, el río está aquí. Date prisa.

Renuente, Alecto devolvió a la espada a su funda y siguió la voz que lo llamaba. Y efectivamente el río estaba ahí. Era difícil no verlo pues la lluvia había alimentado su caudal y lo había transformado en una furiosa y profunda lengua de agua blanca y gris.

—No va a ser fácil cruzarlo —musitó Alecto que odiaba todo lo que tenía que ver con el agua: el mar, los lagos, los ríos, nadar, vadear, ahogarse.

—No tenemos otra opción —replicó Aoife mientras señalaba un matorral de flores amarillas—. Ya están aquí.

Alecto escuchó el ruido que hacían las ramas al romperse, el

beso del metal y la madera y el gañido de un animal. De su bolsa de cuero sacó un dardo. En mitad del matorral, abriéndose paso entre la floresta, apareció la cabeza de un perro, piel oscura y ajada, dos ojos negros como el alma de la noche, orejas en forma de punta de flecha. Alecto echó su brazo hacia atrás y arrojó el dardo. La cabeza de perro desapareció cuando la punta lo alcanzó y un aullido muy humano resonó por encima de la furia de la corriente.

—No hay tiempo, romano, vamos, yo iré delante, el chico detrás y tú el último.

Aoife empuñó su bastón y lo metió en el salvaje torrente del río tratando de hallar el fondo, con la otra mano sujetaba el brazo izquierdo de Caiside. Alecto cogió el brazo derecho del chico y se metió en el agua. La corriente lamió sus muslos con fuerza, como una amante desesperada y mortal. La pequeña cadena humana que formaban avanzaba con dificultad, intentando que cada paso contara pero la orilla estaba tan lejos como la misma Roma.

Alecto giró la cabeza. Varios hombres con máscaras de perros los observaban desde la orilla mientras avanzaban. Uno de ellos levantó la mano y la movió como si se estuviera despidiendo de un amigo. Entonces sonó un trueno que parecía nacer directamente de la tierra y una ola gris, feroz, avanzó sobre ellos con una voluntad inhumana e implacable. Escuchó la voz de Aoife pero no distinguió las palabras. El agua le golpeó y perdió el contacto con la mano de Caiside.

Alecto trató de gritar su nombre pero la corriente lo envolvió en un húmedo abrazo. Se hundió. Con dedos torpes, desató su tahalí, su escudo y el petate con todas sus cosas, la ropa se pegaba a su piel entorpeciendo sus movimientos, sentía cómo lo arrastraba hacia el fondo del río. Agitó sus brazos y piernas, empujó su cuerpo hacia donde suponía que estaba la superficie. Sintió como se abría paso, como rompía la tumba de agua que se cernía sobre él, disfrutó de un breve momento de libertad cuando el aire del anochecer lleno sus pulmones antes de que una nueva ola lo devorara con su hambre implacable. Y después, solo hubo oscuridad y silencio.

CAPÍTULO VI

-ESTACIONES-

UNA HISTORIA DE TIEMPOS PASADOS.

El druida y su esclava llegaron al atardecer a la hacienda de Oengus. Siempre temeroso de los dioses y sus enviados, el granjero se arrodilló, besó el báculo de serbal que le tendió el sacerdote y recitó sin equivocarse las frases que le había enseñado su padre hacía mucho tiempo.

—Mi techo os cobijará, mi caldero os alimentará, mi agua saciará vuestra sed. Así ha sido y así será.

El hombre santo asintió con la cabeza, estiró sus labios en lo que podría interpretarse como una sonrisa de agradecimiento y traspasó el umbral de la casa.

Fial, la esposa de Oengus, preparó pan, mantequilla y cocinó a toda prisa una sopa hecha con restos de cordero y apio. El druida comió en silencio, ajeno a las miradas preñadas de curiosidad y temor reverencial que le lanzaban de reojo los pálidos cinco hijos del granjero. La esclava comía sentada en el suelo, junto al rincón más cálido de la cabaña, tan discreta y callada como su amo. Fial, por debajo de la mesa, golpeó con la punta del pie derecho la pierna de su marido y movió las cejas en dirección al druida. Oengus puso los ojos en blanco, tragó saliva, carraspeó y dijo:

—Supongo que os quedaréis esta noche en mi casa, ¿cierto, señor?

—Si no os importa —contestó el druida sorbiendo su sopa con fruición—. Y si no os causa mucha molestia, por supuesto. Por la mañana continuaremos nuestro camino.

—Por supuesto que no es molestia. Cómo va a serlo, sois un enviado de la Arboleda, todo lo que poseo es vuestro, señor. Lo que ocurre es que mi hogar es muy pequeño como podéis ver —el druida levantó la vista de su plato y examinó la cabaña como si la viera por primera vez—. Y he sido agraciado por los dioses, benditos sean, con una camada numerosa. Pero no os preocupéis, señor. Os dejaremos la casa y nuestras camas. Nosotros podemos dormir en el establo. Prepararé un catre para vuestra esclava en el porche.

—Eso no será necesario, hermano. Aoife y yo dormiremos con los animales.

—¿Aoife? Oh, ya entiendo, vuestra esclava... Pero no sería mejor que…

—Sin peros —le cortó el druida—. Es mi voluntad. Vuestra comida ha sido abundante y deliciosa. Lo que nos habéis dado es más que suficiente. No abusaremos más de vuestra generosidad.

—No hay abuso, señor.

El druida sonrió, con esa manera tan peculiar que tenía de hacerlo, y no añadió nada más. Untó un último trozo de pan en la sopa, lo saboreó con lentitud y, después, limpiándose los dedos en su túnica se levantó de la mesa, hizo un gesto con la mano a la esclava para que lo siguiera y los dos salieron de la cabaña. Unos instantes, más tarde Oengus escuchó cómo se abría y cerraba la puerta del establo.

—Ahí dentro se los van a comer las garrapatas. Solo espero que mañana, al amanecer, no nos maldiga —dijo Fial mientras dibujaba en el aire la sagrada forma que servía para espantar el mal de ojo y a la gente del Otro Lado.

—Supongo que ese es el riesgo que siempre corres cuando acoges a un miembro de la Arboleda —contestó Oengus mientras se hurgaba la nariz con el dedo meñique—. No sabes si te van a bendecir o a lanzarte la ira de los dioses. Pero como le ha gustado tu sopa, quién sabe, a lo mejor tenemos suerte. Lo cierto es que estaba muy buena. Esta vez te has superado.

Oengus agarró uno de los pechos de su mujer acariciándolo con sus dedos toscos lo que provocó que esta riera con ganas y le diera un manotazo cariñoso mientras señalaba con la cabeza a sus cinco hijos que los miraban con los ojos abiertos.

—¿Y vosotros qué estáis mirando? ¿No tenéis nada que hacer? Cinco hijos, más bien, cinco castigos. Venga a la cama todo el mundo. Mañana será otro día.

Aoife y Garnaith hicieron el amor en el establo, silenciosos y furtivos como si aún estuvieran en la Arboleda y el resto de la comunidad pudieran escucharlos. Después, permanecieron tumbados uno junto al otro, compartiendo su calor, mientras escuchaban la pesada y tranquila respiración de las ovejas.

—¿Recuerdas algo de tu familia? —preguntó de repente Garnaith.

Aoife frunció los labios, molesta. No quería confesar que aún recordaba la sonrisa de dientes mellados de su hermano mellizo, el olor agrio, fuerte y, sin embargo, reconfortante de su padre después de una agotadora jornada de trabajo, el color oscuro de los cabellos de su madre cuando comían junto al fuego, la voz chillona y estridente de su hermana mayor, el nombre de todos sus perros a los que echaba tanto de menos.

— No, apenas recuerdo nada —mintió—. Era una niña cuando la gente pintada me capturó. No he vuelto a ver a nadie de mi familia

desde entonces.

—Han pasado ya unos años. Supongo que ahora eres una de los nuestros, del pueblo pintado, quiero decir.

—Soy una esclava, amo. Una esclava, nada más.

—Ya te he dicho muchas veces que no me llames "amo" cuando estemos a solas —dijo con tono irritado Garnaith.

—Lo lamento mucho, amo. No volverá a ocurrir.

—A veces eres tan difícil, Aoife —suspiró el druida dándole la espalda a su esclava.

—Lo sé. Perdóname —rogó Aoife mientras acariciaba con suavidad el rizado cabello oscuro de Garnaith—. Pensar en mi familia me pone de mal humor.

—Está bien, no pasa nada —Garnaith cogió los dedos de Aoife con su mano y los beso uno a uno—. Contéstame a algo más, por favor. ¿Cuántos amos tuviste antes de llegar a la arboleda?

—Tres

—¿Eran amables contigo? ¿Te respetaban?

—¿Qué importa ahora eso? —preguntó Aoife que empezaba a sentir una espesa nube negra creciendo entre sus ojos.

—A mí me importa —replicó Garnaith.

—Hubo de todo. Intento no recordar el pasado, sobre todo si no son recuerdos agradables. En estos momentos, soy una esclava del Colegio Blanco, una sierva de la Arboleda y estoy aquí contigo. Tenemos que dormir. Mañana nos espera una larga jornada antes de llegar a Circinn.

Pero Garnaith no pudo conciliar el sueño. Se levantó cuando la luna todavía reinaba en la corte de la noche. Se acercó a las ovejas. Estaban enfermas. Con solo rozar con sus dedos las testas de los animales, podía sentir un mal oscuro y profundo que las estaba devorando por dentro. Con delicadeza, acarició el hueco que quedaba entre los ojos serenos y dulces de los animales y murmuró una oración dirigida a Epona. Tenía la frágil esperanza de que si sanaba a una sola oveja de entre todo el rebaño, la familia de Oengus podría salvarse también y que, a su vez, eso permitiría que la comarca sanara y que todo volviera al orden que había dictado la Diosa. Por eso estaba ahí. Tan lejos de casa. Para salvar el mundo.

Por la mañana, le regaló a Oengus una piedra con el rostro de Beltaine grabado en su superficie y le recomendó al granjero que la enterrara en el establo, que ese simple gesto sería del agrado de la Diosa y que sanaría a sus ovejas. Después, anudó una cinta de color índigo al dintel de la puerta de la cabaña. El granjero se arrodilló y besó las palmas de las manos del druida. Aoife apartó la vista, incómoda. Sabía que antes de que terminara la estación las ovejas estarían muertas y que la cinta sería maltratada por los elementos y el

tiempo hasta ser convertida en un hilo desgastado y sucio. Pero no dijo nada y siguió los pasos de Garnaith cuando este abandonó la granja sin mirar atrás.

—¿Ha sido un pago adecuado a la generosidad de esas gentes? —preguntó por fin Aoife después de caminar un par de millas.

—Por supuesto que sí, ¿acaso lo dudas? —contestó Garnaith—. Eran fieles creyentes. Sus animales sanarán y sus hembras parirán crías fuertes, sus campos tendrán buenas cosechas, sus nietos serán numerosos y los cuidaran cuando ya no puedan valerse por sí mismos. Eso es lo que me ha dicho la Diosa.

—No siempre la Diosa acierta.

—Cuidado, Aoife —le advirtió Garnaith con voz ronca—, esas mismas palabras dichas en otro lugar, escuchadas por oídos menos tolerantes que los míos podrían acabar con tu vida.

—Lo sé. Siento si te he ofendido. Es que me ha parecido que esos pequeños gestos, la piedra, la cinta, no ayudarían a esa gente.

—Ellos creen que lo harán. Su fuerza, su fe, alimentará el poder de esos pequeños gestos, como tú los llamas. Si alguna vez volvemos a pasar por su granja, lo verás.

—Ojalá me equivoque —dijo Aoife que inclinándose besó los labios de Garnaith. Este apartó el rostro, incómodo— ¿Qué ocurre? ¿Por qué has rechazado mis labios?

—Estamos cerca de Circinn. Tendrás que llevar de nuevo el collar.

—Entiendo —dijo Aoife muy seria—. No pasa nada.

—Lo siento mucho. Pero por lo que sé, esa gente no vería con buenos ojos que una esclava no llevara su collar.

—Por supuesto, podrían confundirme con una mujer libre. Algo difícil de evitar, teniendo en cuenta los tatuajes de mi frente que dicen lo que soy a cualquiera que quiera leerlos.

—No hagas esto más difícil, Aoife —le rogó Garnaith.

—No me atrevería —y después de una pausa añadió—: Amo.

Garnaith suspiró y de su bolsa sacó la argolla de hierro gastado y sucio. Aoife se inclinó, sintió el metal rozando su garganta y el odioso ruido que hizo el cepo al cerrarse. “Otro círculo que se cierra”, pensó Aoife mientras notaba el peso familiar y repugnante que descansaba sobre su cuello. “Fui una tonta al pensar que las cosas serían diferentes con él”. El tercer día después de salir de la Arboleda, Garnaith le había quitado el collar. Ahora volvía a ponérselo. “No debo olvidarlo”, se prometió, “todos los amos son iguales”. Pero dejó a un lado su rencor cuando miró a los grises ojos de Garnaith y vio grabados en ellos la pena y la culpa que acompañaban al doloroso peso del deber. “Supongo que todo el mundo tiene su propio collar de esclavo”, se dijo Aoife.

Apenas intercambiaron una sola palabra durante el resto del camino. Aoife notó como el paisaje cambiaba lentamente. Lo que era hierba y matorral de un verde brillante alimentado por las lluvias de la primavera se transformó en tierras agostadas, amarillas y muertas. Los árboles habían perdido sus hojas y las ramas desnudas parecían estar hechas de ceniza. Encontraron campos de cultivo abandonados, con las cosechas pudriéndose bajo el sol, vieron cadáveres de vacas y ovejas a medio devorar por perros famélicos que vagaban por el erial con apenas fuerzas para sostenerse sobre sus patas. Enjambres de moscas negras se elevaban hacia el cielo como nubes hechas de muerte y putrefacción.

—Esta tierra está agonizando —dijo Garnaith negando con la cabeza—. No debería ser así. Está mal. Es una ofensa, un insulto a la Diosa. El peor que se le podría hacer.

—¿Y nosotros hemos venido a sanarla?

—Sí. O por lo menos intentaremos curar a su señor. Con eso debería bastar.

—No lo entiendo.

—La tierra es el fiel reflejo de su dueño. Si es corrupto, ella se corrompe también —dijo el druida cogiendo del suelo un terrón de color negro.

—Es algo difícil de creer. Que un hombre provoque esta devastación por sus vicios.

—Lo tienes delante de tus ojos —contestó abriendo la mano y enseñándole el trozo de tierra que había cogido. Gusanos de color blanco se movían entre el barro formando espirales—. Solo espero que no hayamos llegado demasiado tarde.

Cirrcin era un poblado situado en un cerro, rodeado por tres profundas zanjas defensivas y un muro de piedra y madera. Cuando se acercaron a la puerta un grupo de hombres armados les salieron al paso. En sus antebrazos, manadas de lobos tatuados corrían por la piel desnuda. En las puntas redondeadas de los torques que adornaban sus cuellos también había talladas cabezas lobunas con las fauces abiertas en un gesto de furia y violencia. Un hombre de gruesos bigotes, pelo encrespado teñido de añil, con una lanza en una mano y un escudo en la otra les hizo un gesto para que detuvieran sus pasos. Por toda contestación, Garnaith señaló con un dedo las profundas marcas cicatrizadas en sus mejillas y que servían para decirle a todo aquel que tuviera ojos que frente a ellos tenían a un siervo de la Arboleda con todo lo que eso significaba. A continuación, levantó su cayado de serbal y señaló con él al cielo.

—Me llamo Garnaith *ap* Ainfetch. Soy un enviado de la Arboleda, de los jardineros de la Diosa, del Colegio Blanco. Estoy aquí para aconsejar al señor de Cirrcin. Anunciadnos.

—El señor ya tiene consejeros, druida —contestó el guerrero mientras apoyaba con aire distraído el asta de su lanza en un hombro —. No necesita ningún más. Vuelve por dónde has venido.

—Has visto mi bastón —replicó Garnaith alzando su báculo.

— Sí, es difícil no verlo, lo vas agitando de un lado a otro, como si estuvieras espantando moscas.

—Y supongo que sabes lo que significa. Si llevo este báculo en la mano, debes abrirme las puertas de tu casa, alimentarme, darme cobijo y refugio. Esto me hace sagrado a los ojos de hombres y dioses. Y ahora, Conall *ap* Eogan —continuó el druida—, vas a abrirme esa puerta o por lo que está arriba y por lo que está abajo, aquí y en el Otro Lado, pasarás el resto de lo que te queda de vida con una piedra en tu corazón, una aguja en tus pulmones y una araña en tus ojos.

—¿Cómo sabes mi verdadero nombre? —tartamudeó el hombre de la lanza dando un paso hacia atrás—. ¿Quién te lo ha dicho?

Garnaith no contestó, simplemente asintió con la cabeza y cerró los ojos disfrutando en silencio del terror que habían despertado sus palabras. Todo el mundo nacía con dos nombres. Uno era el que usaban los hombres, el otro era secreto y conocerlo te daba poder. Conall se mordió los labios y con un gesto de su lanza indicó a sus hombres que abrieran la puerta. El druida abrió de nuevo los ojos y cruzó el umbral sin dedicarle ni una sola mirada.

—¿Cómo has adivinado su nombre? —le susurró Aoife cuando ya no podían escucharles.

—Te he enseñado muchas cosas, amor mío. Pero no todo lo que sé.

Caminaron por el sendero que llevaba a la casa del señor. Aoife vio que las cabañas estaban en mal estado, abandonadas, con los tejados caídos, las paredes de adobe agujereadas. Vio niños desnutridos, con el vientre hinchado como un odre lleno de agua, ancianos sentados en el barro, mujeres de miembros ahusados y blancos buscando cosas perdidas en el polvo del camino, algunas poseían una mirada de desesperación, de derrota y cansancio, otras en cambio solo mostraban resignación y hastío. Apenas vio hombres adultos y los pocos que distinguió tenían mutilaciones en las manos o los dedos de los pies.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Aoife.

—Nada bueno desde luego.

En el portal de la gran casa había un hombre afilando un cuchillo. Pasaba la piedra por la hoja una y otra vez. Srresh, srresh. No levantó la mirada de la labor que estaba haciendo con tanta concentración. Sus brazos eran delgados, casi femeninos, y estaban limpios de tatuajes, algo que a Aoife le pareció extraño acostumbrada ya a los usos del pueblo pintado.

—Soy Garnaith *ap*…

—Sé quién eres. O mejor, sé lo que eres —le interrumpió el hombre mientras guardaba el cuchillo en su funda—. Un enviado de la Arboleda. Me preguntaba cuánto tardaría uno de los vuestros en aparecer por aquí.

—Vamos donde se nos necesita —replicó Garnaith—. Y por lo que he visto hasta ahora este es el lugar donde debo estar. La tierra está enferma, si no la sanamos ahora el mal se extenderá por el resto del dominio hasta llegar a la costa e incluso más allá.

—Creía haber dejado todas esas tonterías atrás cuando renegué de los dioses y sus siervos —contestó el hombre escupiendo entre los pies calzados con sandalias del druida—. Es solo una sequía, cuervo blanco, una bien jodida, en eso estamos de acuerdo. Y puede que también haya unas cuantas ovejas enfermas en los campos, nada más. Todo lo que no sea eso, es un cuento de viejas que solo se creen los niños y los imbéciles.

—Ya has dado tu opinión. Y ahora, ¿vas a impedirnos pasar a al interior de la casa del señor de Cirrcin?

—No, claro que no. Y no es porque tenga miedo de ese bastón o de tus trucos baratos. Adelante, pasa —el hombre se levantó y con un gesto de la mano les señaló la puerta—. Está abierta. Eres bienvenido. El señor está celebrando una boda. Con mi hermana.

—Creía que el señor ya estaba casado —dijo Garnaith mientras sus dedos se cerraban con fuerza en torno a su bastón.

—Enviudó hace unos meses. Una desgracia, sin duda.

— Y ya ha encontrado otra mujer.

—Así es. Una que le dará una descendencia numerosa y fuerte, algo que no hizo la antigua con su vientre seco y amargo. Pero, pasad, druida, no esperéis más. Ah, la esclava debe quedarse fuera.

—Donde voy yo, viene ella —dijo Garnaith con voz calmada que trataba de disimular una creciente ira—.

—Oh, ya veo —el hombre del cuchillo lanzó una carcajada burlona y se pasó una lengua espesa y húmeda por los labios—. Qué cosas pasan cuando la mirada de la Arboleda no está vigilando. De acuerdo, que entre. Si yo estuviera en tu lugar tampoco dejaría que se fuera muy lejos. A mí también me gustan altas.

La sala comunal olía a carne quemada y madera vieja. Había una gran mesa central. Sobre ella se acumulaban platos sucios con restos de huesos de cordero a medio devorar, pan duro y raspas de grandes pescados. El señor estaba sentado en una silla de respaldo alto, vestía una túnica raída y su espada estaba apoyada sobre sus rodillas. A su lado había una mujer joven con una corona de flores marchitas sobre su cabeza.

Tirados sobre los bancos de la mesa, en el suelo dormitando o

apoyados en las columnas había guardias como los de la puerta de entrada al poblado, con sus tatuajes de lobos y sus torques dorados. Los criados y los esclavos estaban sentados en los rincones oscuros de la sala. Todos ellos presos de una delgadez que les hacía parecer cadáveres que se engañaran a sí mismos fingiendo respirar, con las costillas asomando dolorosamente en su pecho, la piel pálida como los ojos velados de un ciego. Algunos lloraban en silencio, otros simplemente parecían estar esperando la liberación que les traería la muerte.

—Mi señor de Circinn —dijo Garnaith acercándose al trono y colocando la mano derecha sobre su pecho en señal de respeto—. La Arboleda y el Colegio Blanco saluda a Cinaed *ap* Tarain. Largos sean vuestros días, pacíficas vuestras noches, sabias vuestras palabras y sagrados vuestros actos.

—¿Qué estáis haciendo aquí, en mi casa? —preguntó agriamente Cinaed mientras su mano buscaba una copa. La mujer que tenía al lado se la tendió y el señor de Circinn la apuró de un solo trago—. No recuerdo haber llamado a ninguno de vosotros. Es más, eché a mi druida hace meses cuando no pudo curar a mi querida y difunta Eithne. No os quiero cerca, sois pájaros de mal agüero.

—Comprendo vuestro disgusto, mi señor. Pero hay cosas que están por encima de nuestros deseos y nuestros rencores —replicó Garnaith cambiando el tono de su voz—. Vuestra tierra está enferma. Los animales mueren, las cosechas se pierden, hay hambre y devastación allá donde se mire. Estoy aquí para ayudaros. Vuestro dominio puede volver a ser el que era. Solo tenéis que decirme qué es lo que os aflige.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Me estás echando a mí la culpa de la sequía y la epidemia?

—La tierra refleja el alma de su señor, bien lo sabéis. Siempre ha sido así.

—Si no tuvieras ese báculo en la mano haría que te azotaran y después te arrojaría a los perros. ¿Enfermo? Estoy mejor que nunca. Me acabo de casar con la bella y fiel Modwen. Ella me ha devuelto mi juventud. Mi brazo vuelve a sostener la espada, mis pensamientos son afilados como dagas y mi voluntad está forjada de nuevo en un mejor acero. No, druida, yo no soy el causante de estas desgracias que asolan mis tierras.

—No he visto a vuestros antiguos vasallos, mi señor, ni a vuestros hermanos de armas. Solo veo caras desconocidas y guerreros que no pertenecen a vuestro pueblo.

—Son fieles, no como los otros, los que me han abandonado —gritó indignado Cinaed—. Estos nuevos guerreros defenderán Circinn de todo aquel que venga con intención de arrebatármela. Sin

excepción.

—Estáis disgustando a mi señor y esposo, druida — dijo Modwen quitándose la corona de flores y arrojándola a un lado—. Si no vais a participar en el banquete de mi boda como invitados quizás sería mejor que os fuerais. Como ya os ha dicho mi señor, nadie os ha llamado.

Garnaith miró a derecha e izquierda, abarcando con su vista toda la sala. Después, suspiró, agarró con fuerza su cayado y dijo:

—Por última vez, señor de Circinn, ¿rechazáis el consejo de la Arboleda? ¿os apartáis del manto de la Diosa? —Cinaed asintió con fuerza y escupió a un lado alcanzando a un perro que enseñó los dientes al recibir el gargajo—. Sea entonces. Nos volveremos a ver en la próxima primavera, mi señor.

Al salir de la casa común, el hombre del cuchillo los estaba esperando apoyado en el poste de los dioses. Tenía una sonrisa en el rostro y jugueteaba con su afilada daga como un niño lo haría con un palo.

—Ha sido rápido —les dijo—. Ya conocéis el camino de salida, ¿verdad? No hace falta que os acompañe.

Garnaith no lo miró. Simplemente, siguió caminando, con espalda recta, los labios convertidos en una fina línea rosa. Aoife casi podía sentir su furia brotando de su piel, ácida y húmeda como su sudor. No le dirigió la palabra hasta que perdieron de vista la fortaleza.

—¿Volvemos a la Arboleda? —le preguntó en un susurro.

—No. Aún tengo cosas que hacer —contestó Garnaith.

Durante dos meses visitaron a los clanes y tribus que eran vecinos de Circinn. Todos los recibían con honores en cuanto veían el gastado cayado de Garnaith. Se celebraban banquetes en su honor que Aoife contemplaba en la distancia, con el resto de esclavos, alimentándose con los restos que les ofrecían los señores y sus compañeros de armas. Garnaith se sentaba en el lugar más destacado y se le ofrecía la parte del héroe de cada una de las piezas que se servían, la más deliciosa y crujiente. Él la aceptaba con una inclinación de cabeza y mientras la devoraba con pequeños mordiscos se inclinaba sobre el jefe del clan y derramaba palabras en su oído, palabras que olían como la grasa de ciervo, sabían como la miel y eran dulces como el mejor vino del sur.

En invierno volvieron a la Arboleda. Allí se separaron de nuevo. Tenían vidas muy diferentes. Aoife era una esclava, no importaba que en la intimidad, cuando estaban solos, él le quitara el collar que era el símbolo de su posición en la sociedad. Se celebraron los ritos del fin del invierno y Aoife sirvió la comida del banquete sin mirar ni una sola vez a Garnaith. Cuando llegó el momento del sacrifico y se colgó

de un roble a tres prisioneros romanos, Aoife unió su voz al resto de la comunidad, alabando a la Diosa al ver que el sacrificio había sido bien recibido. Después, ayudó a descolgar los cuerpos y arrojarlos a la ciénaga cercana.

Garnaith la llamó cuando los primeros signos de la primavera aparecieron en el cielo y en la tierra. Debían ponerse de nuevo en camino, volver a Circinn. El segundo día de marcha, cuando estuvieron a solas, le quitó el collar de esclava. Y esa misma noche hicieron el amor debajo de las ramas de un espino en flor. Él susurró "te amo". Y ella se mordió los labios y aguantó las lágrimas mientras contaba las ramas del árbol que los cobijaba.

La granja de Oengus era una ruina. Sus restos aún estaban calientes, chispas del fuego que la había devastado se elevaban en el aire como pequeños rescoldos que se resistían a perecer con el aire del atardecer. Los campos estaban arrasados y entre las espigas segadas se distinguían los cuerpos blancos de las ovejas muertas. Junto al umbral de lo que había sido su hogar, clavadas en unas picas, las cabezas cercenadas de Oengus y sus cinco hijos los miraban con los ojos rencorosos de los muertos. Una bandada de pájaros que se estaban alimentando con su carne elevaron el vuelo entre graznidos de indignación cuando Aoife y Garnaith los espantaron. La esclava, tapándose la boca con la manga de su túnica, intentó mover las vigas todavía calientes, mientras a su alrededor se levantaban nubes de ceniza gris que olían a putrefacción.

—Ayúdame a buscar a la mujer — le dijo a Garnaith— quizás aún esté aquí, enterrada bajo estos escombros.

—Aoife…

—A lo mejor está enterrada debajo de todo esto, los dos juntos podemos levantar las vigas y salvarla.

—Aoife, basta ya. Aquí no queda nada. Debemos seguir.

Aoife lo miró sin comprender nada. La mirada de Garnaith era fría, desconocida, velada por un niebla blanca. Con paso decidido y sin esperarla, el druida se alejó de la granja. Aoife se quedó de pie, sola, respirando la putrefacción que emanaba de los restos de la casa, de los cadáveres y de los campos. No sabía qué hacer, se miró las manos teñidas por la ceniza y se las limpió frotándolas contra la seca tela de su túnica. Aguantando las lágrimas, siguió los pasos de Garnaith alejándose para siempre de la granja de Oengus.

Vieron los humos de los incendios mucho antes de llegar a Circinn. Después encontraron los cadáveres. Decenas de ellos, cubriendo el terreno que llevaba a la fortaleza. Algunos, los que portaban armas, habían perdido sus cabezas, segadas y recolectadas por los guerreros victoriosos siguiendo la vieja costumbre. Pero también había campesinos y siervos de manos callosas e indefensas

degollados, sus cuellos abiertos en una sonrisa grotesca y roja. Aún estaban atados los unos a los otros con cuerdas anudadas en torno a sus delgadas muñecas. Por el camino que llevaba a la ciudad vieron aparecer a una mujer desnuda. Su carne estaba llena de moratones y heridas de cuchillo. Paso a su lado, con pasos torpes, vacilantes, sin mirarles ni una sola vez, como si no existieran. Sus labios se movían, hilvanando palabras en silencio, sin emitir ningún sonido.

—Déjala —le dijo Garnaith cuando Aoife hizo amago de tocarla — . Debemos seguir.

La ciudad ardía y los guerreros de los clanes lo celebraban. Aoife distinguió sus colores y los identificó. Era fácil. Había comido en sus banquetes durante dos meses. Vio pirámides de cabezas junto a la puerta de entrada. De ella, salía un grupo de prisioneros, mujeres y niños, atados con cuerdas como si fueran reses.

Siguieron el mismo camino que habían recorrido la primera vez que visitaron la ciudad. Las casas ya no existían, destruidas hasta sus cimientos, convertidas en una ruina humeante de las que brotaban como frutos extraños nubes de un humo sucio y gris. Había muertos pudriéndose en los rincones, abandonados en el barro, sus bocas abiertas en un último grito silencioso, acusador, que a Aoife le resultó tan insoportable que tuvo que taparse los oídos con sus manos.

En el dintel de la puerta comunal habían colocado las cabezas del hombre del cuchillo y su hermana. Alguien pensó que sería divertido si las colocaban como si se dieran un beso y así sus labios estaban unidos en un último y patético adiós. Cinaed, el antiguo señor de Circinn, desnudo, con un collar de esclavo en torno a su delgado cuello, se agarraba las huesudas y sucias rodillas con sus brazos de anciano y susurraba una y otra vez mientras movía la cabeza:

—¿Dónde está mi amor? ¿Dónde está mi hermosa Modwen?

Los grandes señores de los clanes se reían y le señalaban el dintel de la puerta mientras le arrojaban cerveza agria al rostro pero Cinaed no levantaba la vista y seguía repitiendo una y otra vez las mismas preguntas.

—Os dije que debían morir todos —dijo Garnaith cuando llegó junto a los señores—. La tierra debe ser purificada.

Los guerreros fruncieron el ceño, molestos, y uno de ellos, quizás el que había bebido más cerveza y por eso era el menos prudente, dijo:

—El anciano ya no es una amenaza para nadie, señor. Sus guerreros son pasto de cuervos. Su casa es una ruina. Y los esclavos siempre son útiles. Bien lo sabéis en la Arboleda —añadió mirando de reojo a Aoife.

—Todos, sin excepción. No lo voy a repetir otra vez. Y que no quede piedra sobre piedra de este lugar maldito. ¿O hay alguien que

no esté de acuerdo con la decisión que ha tomado la Arboleda? —ninguno de los guerreros contestó y algunos apartaron la mirada incómodos mientras Garnaith asentía lentamente—. Bien, eso pensaba, me alegro que estemos unidos en esto. El Colegio Blanco os lo agradece. Ahora, cumplid con vuestra obligación y el juramento que hicisteis. Que la Diosa os bendiga a todos.

Aquella noche durmieron lejos de la ciudad. Había un bosquecillo cercano que ocupaba la falda de una colina. Aoife observó que las ramas que antes estaban muertas ahora empezaban a reverdecer. Apretó los dientes tratando de contener las palabras que pugnaban por salir de su garganta pero al final perdió esa silenciosa batalla y dijo:

—¿Ha merecido la pena? Toda esa muerte…

—Para que la tierra viviera de nuevo, para que la infección no se extendiera. A veces tienes que cortar un brazo si quieres que el resto del cuerpo siga vivo —contestó Garnaith con voz inexpresiva.

—Quizás solo era una sequía, ¿lo sabes, verdad? Quizás el señor de Circinn no estaba enfermo, quizás solo había decido escoger a otros dioses o no escogerlos. ¿Era eso?

Garnaith no contestó. Las primeras estrellas aparecieron en el cielo, infinitas, como pequeños destellos de plata derramados sobre un manto.

—Debía hacerse y se ha hecho —dijo por fin Garnaith— . Y no hablaremos más de esto. Te agradezco la ayuda que me has prestado. Cuando lleguemos a la arboleda hablaré con el resto del Colegio sobre tu manumisión. Serás una mujer libre.

—Estoy embarazada —dijo Aoife.

Garnaith la miró durante unos instantes, después se tumbó en la hierba y se tapó con su manto. Aoife se quedó despierta, contemplando el fuego de la hoguera viendo como se apagaba poco a poco.

Meses más tarde, el día que nació su hijo, tres de los druidas de la Arboleda acudieron a las cabañas de los esclavos.

—¿Es niño o niña? —preguntó el más anciano de ellos.

—Niño —contestó la matrona.

El druida se acercó a la cuna y cogió al recién nacido. Aoife desde la cama, con los muslos todavía ensangrentados, gritó, amenazó, maldijo. El druida la miró impasible hasta que agotada por el esfuerzo la esclava dejó caer la cabeza en la almohada.

—No volverás a hablarle a este niño en la vida —dijo el druida sin que ninguna emoción alterara el tono de su voz—. Si lo haces, te cortaremos la lengua y te venderemos al primer tratante de esclavos que aparezca en la Arboleda. En mi opinión, es lo que deberíamos hacer ahora mismo para corregir este error. Pero mi hermano ha

insistido en que te quedes aquí. Aún te tiene cierto aprecio.

—Podría haber venido… podría habérmelo dicho él —susurró Aoife, apenas podía respirar y notaba cómo todo su cuerpo se estaba convirtiendo en niebla, como si nunca hubiera existido—. Yo lo amaba —dijo en un tenue murmullo que nadie escuchó. Después, cerró los ojos y durmió dos días seguidos—.

Durante doce años, Aoife vio crecer a su hijo desde la distancia. Lo habían llamado Aeda. Ella hubiera escogido otro nombre, por supuesto. Pero en eso, como en todo lo demás, no podía hacer nada. Vio cómo aprendía el nombre de las plantas, a cortar el muérdago, cómo le enseñaron a dar el golpe correcto en los sacrificios para que la bestia muriera de la forma en la que se suponía debía morir, era un niño curioso y a la vez serio y grave. Vestía siempre de gris y del pelo de la nuca le crecían dos delgadas trenzas de espeso pelo negro, tan oscuro como lo tenía su abuela materna. O así al menos lo recordaba Aoife.

Siempre iba acompañado de Garnaith. A veces, este descubría a Aoife mirando al niño desde lejos, con una mirada anhelante, labios temblorosos y cuando a veces no podía resistirse a su deseo y daba un primer paso para acercarse a ellos, Garnaith levantaba la mano y negaba con un gesto de su cabeza. Y ella se detenía y seguía mirándolos mientras un peso crecía en su corazón como una piedra hecha de amargura y melancolía.

Aoife soñaba con abrazar a su hijo, quizás secuestrarlo y marchar con él hacia el sur, hacia el muro. Pero entonces tocaba con la punta de sus dedos el collar de esclava y sabía que nunca tendría éxito, que al final los atraparían y eso sería el final. Así que se conformaba imaginando otra vida, otro mundo, donde no existía la arboleda, ni los druidas y solo estaban una madre y su hijo.

El día de su duodécimo cumpleaños, los druidas decidieron que ya era el momento adecuado para que Aeda se marchara en su primer viaje fuera de los límites del dominio del colegio. Así que junto a su padre y él y media docena de esclavos partieron hacia la isla de Occidente, Hibernia, un largo viaje de meses en los que el niño completaría su educación para que estuviera preparado cuando llegara el momento de ocupar el lugar que le correspondía. Marcharon hacia el oeste. Aoife siguió con la mirada como la pequeña columna se alejaba hasta que desaparecieron tras una colina.

Semanas después, Aoife soñó con el mar, una inmensa masa gris, una desolación de espuma blanca y voces aullantes y desesperadas atrapadas en su voraz fondo. En sus sueños, una de las voces la llamaba por su nombre, “Aoife”, repetía una y otra vez, “Aoife”. La otra, la llamaba madre. Cuando despertó, con la piel cubierta de un sudor frío y espeso supo que el niño y su padre habían

muerto.

Meses más tarde, uno de los druidas se acercó a ella.

—No llegaron a Hibernia —le informó el sacerdote—. El barco se hundió en algún punto del trayecto. Algunos de los cuerpos llegaron a las playas arrastrados por la marea. Otros duermen en la soledad azul.

—¿El niño? ¿Mi hijo?

El druida negó con la cabeza.

—No llegó a la playa. Al igual que su padre.

Aoife asintió, no dijo nada y siguió cosiendo, arreglando la túnica de uno de los esclavos.

—A veces suceden estas cosas —continuó hablando el druida—. Es voluntad de la Diosa que sea así. Y debemos darle gracias por todos los dones que nos dan. Sean cuales sean.

—No considero que ahogar a un niño sea un regalo. Y si lo es, lo rechazo.

—Cuidado, esclava. Garnaith te podía tolerar muchas cosas pero él ya no está aquí. Te convendría recordarlo. El alma de ese niño es inmortal, y volverá a reencarnarse. Pues así es la rueda de la existencia. Ruega a la Diosa que os volváis a encontrar.

"Preferiría que estuviera aquí y ahora conmigo", pensó Aoife, "tanto como me gustaría que fueras tú el que estuviera en el fondo del océano convirtiéndose en espuma y no mi pequeño amor".

—He venido a decirte que era la voluntad de Garnaith que te quedaras aquí, en la Arboleda. Pero si quieres irte, lo entenderemos. Mañana, vendrá un tratante de esclavos del este. Podrás marchar con él, si lo deseas.

—Como esclava.

—Sí.

—Me marcharé.

Aoife no miró atrás cuando la larga fila de esclavos abandonó la Arboleda. El tratante la vendió en una fortaleza de los votadini. Allí fue partera durante largos años. Cada vez que conseguía que un niño naciera y siguiera vivo lo sentía como una pequeña victoria.

Siempre se preguntaba si ese pequeño, esa nueva vida, albergaría el alma de su hijo perdido. Y si en algún momento la reconocería.

Pues así es la rueda.

CAPÍTULO VII

-LA VIDA QUE SOÑABAS-

Tras ser devorado y vomitado por el río, Alecto despertó unas horas más tarde convertido en prisionero de los pictos.

Había anochecido y una triste luna azul derramaba su pálida luz sobre el pequeño campamento del *fian*. Media docena de guerreros, con las máscaras de perro colgando de sus cinturones, hablaban y bebían al calor del fuego de una hoguera. Otro par vigilaba el perímetro, armados con lanza y escudo. El último de los pictos estaba meando en un arbusto muy cerca de donde yacía Alecto.

El soldado intentó incorporarse. Habían atado sus muñecas con correas de cuero y sus tobillos con grilletes manchados con la sangre seca de otros prisioneros que los habían llevado antes que él. Un collar de metal que olía a sudor le rodeaba el cuello. La garganta de Alecto articuló un gruñido de esfuerzo que al pasar entre sus dientes se transformó en un silbido agudo. Sus piernas, vacilantes, obedecieron apenas un instante antes de ceder sin presentar resistencia y dejaron que el resto del cuerpo cayera derrotado de nuevo al barro. El hombre que estaba meando sonrió y dejó asomar entre sus labios la punta de su lengua, blanca de saliva.

—¿Dónde están? —preguntó Alecto intentando formar frases en picto con palabras que escapaban de su memoria perdiéndose como peces plateados en un océano de oscuridad— El chico, la mujer…

Por toda respuesta, el picto sacudió dos veces su miembro, se lo guardó con torpeza dentro de sus pantalones y le dio una patada a Alecto en la boca. Este sintió cómo se movían todos sus dientes y su paladar se colmaba con el familiar sabor a hierro viejo de la sangre. Algunas risas se elevaron desde el grupo de la hoguera. El picto le lanzó un gargajo verdoso que acertó en la mejilla de Alecto. El escupitajo resbaló con dolorosa lentitud por su rostro hasta llegar a la barbilla. Estaba demasiado cansado para limpiarse, así que trató de ignorar la humillación y el dolor y cerró los ojos. Después, agotado, volvió a dormirse.

Cuando la primera luz del alba asomó entre las colinas, el grupo se puso en marcha. Una columna de hombres y el último de ellos, Alecto, con una cadena sujeta por la mano de un picto y unida al collar que ceñía su cuello. Cada vez, que Alecto tropezaba y caía al suelo, el picto lo arrastraba por la tierra arisca y le daba patadas y puñetazos hasta que se levantaba y volvía a seguir los pasos del grupo.

El soldado aprendió por las malas que no debía hablar con

ellos. El segundo día de marcha, en un extraño momento de debilidad, había preguntado cuál era su destino, hacia dónde se dirigían. En respuesta a su curiosidad, lo habían golpeado con las partes planas de las hojas de sus lanzas en los muslos y los riñones hasta que se cansaron de hacerlo. Después de eso, Alecto no dejó que ningún otro sonido se formara en sus labios y permaneció en un hosco silencio.

Cuando el agotamiento se lo permitía, pensaba en el chico y Aoife. Sabía que estaban muertos. No se hacía ilusiones al respecto. A veces, casi sin querer, fantaseaba con la posibilidad de que siguieran vivos, que la mujer hubiera llevado a su sobrino de vuelta al muro. En su mente veía cómo cruzaban la mole de piedra camino al sur pero antes se detenían en el fuerte que había sido su casa durante tantos años y el viejo Delmacio les preparaba una sopa de trigo y alubias. Y al formar esas imágenes, no podía evitar que una triste sonrisa asomara tímida en sus labios. Pero muy pronto desaparecía como si nunca hubiera existido, desechada como una almendra amarga. Porque Alecto sabía que esas fantasías, eran solo eso, sueños como los que tendría un niño. Y él, desde luego, ya no era ningún crío para dejarse llevar por los deseos de su imaginación. Tampoco los lloraba. "No, ahora, no", se decía mientras apretaba tanto los dientes que los sentía crujir por la presión. Pero no podía evitar echar de menos las pullas de Aoife y las miradas llenas de preguntas que de vez en cuando se apoderaban de los ojos de Caiside, esos ojos tan parecidos a los de Ninian.

Las reacciones de los pictos eran imprevisibles. Tan pronto lo pateaban sin motivo alguno como le daban comida y agua en abundancia. Comía junto a ellos, como si fuera uno más del grupo, excepto por las cadenas y las ataduras que limitaban sus movimientos. Los veía bromear, vanagloriarse de antiguas hazañas, contar historias sobre camaradas que ya no estaban con ellos y a los que añoraban sinceramente. Alecto podía haber sentido simpatía por esa gente, viejos guerreros como él mismo. Y así lo hubiera hecho si en realidad no estuviera pensando en mil maneras de matarlos, cada una de ellas más dolorosa que la anterior.

Por supuesto tampoco se podía fiar de su presunta amabilidad. Una noche, sin provocación previa, uno de ellos se levantó de repente, arrojó su plato a la hoguera y, desenfundando su cuchillo, lo había colocado en el cuello de Alecto que sintió la mordedura del metal contra la carne y la sangre resbalando por su piel. Otro de los pictos empujó a su agresor alejándolo de Alecto. Empezó entonces una discusión en el grupo. Un bando quería degollar al romano sin más demora, esa misma noche, el otro pensaba que podrían sacar beneficio de él. Atado de pies y manos, Alecto esperó durante dos horas a que uno de las dos facciones ganara. Fuera cual fuera, él perdería, lo único

que diferenciaba esa derrota era el tiempo que pasaría antes de que muriera. Al final, el grupo que defendía su ejecución se retiró del combate, ofreciendo una rendición envuelta en una nube de maldiciones murmuradas, gestos hoscos y dedos engarfiados señalando las fundas donde descansaban sus dagas. Al día siguiente, todo el mundo actuaba como si nada hubiera pasado. Incluso el picto que había tratado de matarlo bromeaba con Alecto mientras le contaba historias sobre incursiones en la costa sajona y cómo había perdido dos dedos de su mano izquierda por el mordisco de un caballo romano. El soldado pensó que Aoife tenía razón. Había combatido durante toda su vida a esta gente y nunca llegaría a entenderla.

Cinco días más tarde, llegaron a un pequeño valle rodeado de espesos bosques de pinos. En la falda de una colina se agrupaban decenas de pictos, hombres, mujeres y niños, clanes completos con sus estandartes de deslucidos colores desplegados bajo la lluvia. Todos ellos contemplaban en silencio como dos hombres desnudos, con la piel manchada de plasto azul peleaban sin armas en un terreno delimitado por decenas de piedras de colores. Los miembros del *fian* buscaron un sitio libre y se sentaron en la hierba a contemplar la lucha.

Los contendientes eran un picto calvo y corpulento y otro más joven y ágil. El chico trataba de mantener la distancia, evitando que el más fuerte lo golpeara o lo pudiera abrazar con sus enormes brazos. El calvo resollaba como un buey mientras intentaba atrapar a su rival. El otro se reía, esquivaba con burlona facilidad las torpes aproximaciones de su adversario y saltaba de un lado a otro como si no fuera a cansarse nunca. El picto calvo cayó de rodillas, respirando con dificultad como una bestia vieja y agotada. El joven levantó los brazos y saludó a su clan. Fue entonces cuando el calvo cogió una piedra del suelo y se la arrojó. El proyectil alcanzó al chico en la frente abriendole una profunda brecha en la carne. La sangre manó como una pequeña catarata cegando los ojos del joven, que se quedó mirando sus dedos teñidos de rojo como si no los reconociera. El calvo se puso en pie y se lanzó como un toro contra su rival. Lo cogió de las piernas, levantándolo en el aire como si no pesara nada. Unos instantes después, lo dejó caer al suelo con tanta violencia que se pudo escuchar un crujir de huesos. Se colocó a horcajadas sobre el muchacho y empezó a golpear su joven rostro con unos puños tan gruesos y duros como el umbo de un escudo. Pronto la cara del chico fue una masa sanguinolenta de músculo y huesos machacados. Cogiéndolo de los cabellos, el picto calvo le levantó la cabeza y la dejó caer contra el suelo una y otra vez hasta que los sesos del joven se desparramaron por la hierba como un campo de flores de sangre. Nadie vitoreo al vencedor, nadie lloró por el perdedor. Simplemente

sacaron al joven del claro arrastrándolo por los pies mientras el otro hombre vomitaba y caía exhausto y victorioso al barro.

Uno de los guerreros del *fian* se puso su máscara y se acercó a un grupo de hombres que habían estado mirando la pelea sentados en cuclillas, alejados de cualquiera de los otros clanes, como si una oscura nube de malos presagios los rodeara. Hablaron durante unos instantes mientras el perro señalaba hacia donde se encontraba Alecto. Uno de sus interlocutores era un picto que llevaba una raída túnica de color verde pálido. Su cabeza afeitada apenas recogía una pelusa blanca que cubría su cráneo como un hongo creciendo en la corteza de un árbol. La piel del anciano estaba cubierta de tatuajes laberínticos de un color azul desteñido por el tiempo y una barba gris y desgreñada le caía sobre el pecho como si fuera una lengua de pelo sucio. El picto escupió al suelo poniendo fin a la conversación y se levantó. Seguido de cerca por dos de sus acompañantes encaminó sus pasos hasta donde aguardaba Alecto con el resto del *fian*. Los guerreros se levantaron, inclinando la cabeza en señal de respeto cuando el anciano llegó a su lado. Era un druida. Y Alecto supo que su situación había empeorado de manera definitiva.

El sacerdote observó al soldado durante lo que pareció una eternidad, valorándolo con unos ojos grises y sin vida, como los de un pez a punto de ser destripado. Después, asintiendo con la cabeza, arrojó un puñado de monedas de cobre al barro que los miembros del *fian* recogieron con rapidez entre risas y empujones. El druida hizo un gesto desganado a uno de los hombres que le acompañaban. Este cogió la cuerda que sujetaba el cuello de Alecto y de un fuerte tirón lo obligó a ponerse en pie. Después, bajaron la colina hasta donde aguardaba el cuerpo destrozado del joven luchador. Pasaron por su lado sin dedicarle una sola mirada y arrastraron a Alecto hasta una jaula que se levantaba sobre la estructura de madera de un carro tirado por un par de bueyes.

Detrás de los barrotes, había un puñado de presos hambrientos, de miembros sarmentosos, algunos de ellos incluso lucían mutilaciones, con sus muñones aún supurantes asomando entre las rejas. La peste que emanaba del vehículo era una mezcla de sudor y heces que hizo toser a Alecto. De un empujón, lo obligaron a entrar, a hacerse un sitio a codazos entre la masa de carne purulenta y flácida que eran los otros prisioneros. Después, cerraron la puerta de la celda.

La jaula estaba tan atestada que Alecto no pudo sentarse y tuvo que permanecer de pie, apoyando la espalda contra el frágil y tembloroso cuerpo de uno de sus nuevos compañeros. Algunos de los hombres gemían, pero la mayoría permanecía en un silencio resignado. Observó que uno de los prisioneros lo miraba fijamente. Era un pelirrojo de labios gruesos y ojos irónicos, casi juguetones.

Unas enormes patillas de color fuego colgaban de sus mejillas como los jirones de una hoguera.

—¿Eres soldado? —le preguntó en latín mientras se señalaba su propia frente con el dedo—. Lo digo por el signo de Mitra que llevas ahí, entre los cejas. ¿Eres un seguidor del Señor de los bosques, las aguas y las montañas?

Alecto asintió, sin añadir nada más. Sabía desde hacía mucho tiempo que persistir en la fe antigua estaba mal visto por la mayoría de los cristianos.

—Estás muy lejos de casa, hermano —continuó el pelirrojo—. Yo también serví en el ejército, aunque no compartamos el mismo dios. Quinta ala ecuestre.

—¿Caballería? —preguntó Alecto—. ¿Eres sármata?

— Lo soy.

—Entonces, tú sí que estás lejos de tu casa, hermano.

—Ya puedes jurarlo. Y creo que nunca volverá a verla de nuevo. Es una lástima —suspiró y cerrando los ojos, siguió hablando con aire soñador—. Lo que daría por tener ahora mismo un caballo entre mis piernas y una espada en mi mano. Cabalgar contra el viento, sentir el sol calentando mi rostro, escuchar una vez más el agudo canto del estandarte del dragón. Bah, sueños de chiquillo, eso es lo que son. Mejor aceptar nuestro destino como hombres, como soldados. Por cierto, ¿dónde te capturaron a ti, *pedes*?

—En un río. A unas cuantas jornadas de aquí.

—¿Y qué hacías tan al norte? ¿Eres un desertor? Si te uniste a la escoria pintada…

—No soy un desertor, no vuelvas a llamarme eso —replicó Alecto levantando un dedo en señal de advertencia—. Es una historia complicada. Y no tengo ganas de contarla. Servía y sirvo en el muro. Como he hecho durante toda mi vida.

— Oh, ¿entonces no cruzaste el mar con los demás? —dijo el sármata.

—¿Cruzar el mar? No sé qué quieres decir con eso.

—Vaya, sí que estabais aislados en tu guarnición, veo que nadie os avisó. A lo mejor se habían olvidado de que aún existíais, allá en el último fuerte del muro. Deja que te informe de cuál es la situación ahora, hermano. Hace unos meses, un tipo de profunda ambición y mente limitada se proclamó emperador. Se llamaba… espera, ¿cuál era su nombre?... No me acuerdo, bueno da igual. El caso es que ese pez gordo se llevó a toda la guarnición de la isla con él. Atravesó el canal, desembarcó en la Galia y ya no se supo nada más de él ni de su ejército. Sinceramente, mucho me temo que no consiguió vestir la púrpura, ni sentarse en el trono o sostener el cetro que lo acompañan.

—¿Se llevó a toda la tropa? Pero entonces, ¿quién protege

ahora la provincia?

— Nadie. Miento. Algunos no nos fuimos. Por ejemplo, mis camaradas de la Quinta y yo. Pensábamos que no se nos había perdido nada al otro lado del canal y nos quedamos aquí, donde estaban nuestras familias, nuestras tierras, todo lo que teníamos. Pusimos nuestras espadas al servicio de un grupo de grandes señores que estaban intentando mantener el orden. Algo bastante complicado, la verdad sea dicha. Las cosas se estaban poniendo feas, con los pictos, los sajones y los piratas hibernos asolando la tierra que habíamos jurado proteger. Así que nos enrolamos en las fuerzas que estaba organizando un tipejo gordo y apestoso al que sin embargo le sobraba el oro y eso sin duda aumentaba su atractivo y carisma personal. Fuimos su ejército particular hasta que una banda picta nos dio por el culo cerca de Deva. Una emboscada. Deberíamos haber cubierto nuestros flancos. Un error de principiante. No te mentiré, fue una mierda perder esa batalla. Vi caer a muchos amigos allí. Unos pocos escaparon y a otros nos hicieron prisioneros. Me había hecho ilusiones con ganar el suficiente oro como para retirarme joven. Una granja, una bonita y obediente esposa que no me diera muchos problemas, hijos que me cuidaran en la vejez. Supongo que eso ya no pasará. Por cierto, me llamo Aureliano.

—Alecto. Y dime, hermano, ¿sabes adónde nos dirigimos ahora?

—A encontrarnos con la muerte, Alecto. Ahí es donde vamos.

Viajaron durante casi dos semanas y en ningún momento pudieron abandonar la jaula. Cuando alguno de los prisioneros fallecía, por hambre, por frío, por simple desesperación, se lo comunicaban a uno de los guardias. Entonces abrían la puerta de la celda, sacaban el cuerpo y lo arrojaban a un lado del camino. Después, volvían a ponerse en marcha mientras los cuervos se agrupaban en los cielos dispuestos a darse un festín de carne muerta.

Alecto había contado media docena de guardias, bien armados, pictos con el cuerpo surcado por profundas cicatrices y rostros secos y severos. Y luego estaba su líder. Era el único que no iba a pie. Cabalgaba en una mula que se dedicaba a lanzar malhumoradas dentelladas aire para regocijo de su amo. A veces, el druida permitía que una mirada indolente y húmeda se deslizara morosa en dirección al carro y la jaula. Sus ojos sin vida contemplaban a los presos con la curiosidad malsana que tendría un niño al ver un insecto extraño y repugnante. Pero pronto se aburría y, con un golpe vara en la grupa del animal que montaba, se alejaba en dirección a la cabecera de la pequeña columna.

Los prisioneros sedientos, agotados, bebían la lluvia que caía sobre ellos. Abrían sus bocas anhelando que el agua gris, sucia,

colmara sus gargantas. Todos los días, sus guardianes les arrojaban trozos de tocino crudo al interior de su jaula. Como no había para todos, los cautivos peleaban por conseguir algún pedazo de carne que devorar. Enseñaban los dientes como fieras, empujaban, golpeaban con brazos y piernas, usaban sus uñas como si fueran pequeñas dagas, maldecían a todos los dioses y a los hombres, escupían, pisoteaban y estrangulaban por un simple bocado. Como Alecto era un recién llegado y apenas había sufrido los rigores de la prisión, conseguía imponerse sobre hombres más débiles que él, sobre los mutilados y los hambrientos. Siempre se hacía con dos buenos filetes, uno para él y otro para Aureliano. Después, devoraba con rapidez su ración mientras miraba de reojo a sus compañeros de cautividad que lo observaban con ojos anhelantes, llenos de lágrimas de rabia y desesperación. Alecto masticaba y pensaba qué le habría dicho Aoife si lo hubiera visto golpear a un pobre miserable al que le faltaba medio brazo hasta la altura del codo para robarle su comida. O cómo lo habría juzgado Caiside si hubiera contemplado cómo su tío le vaciaba el ojo a otro hombre por un trozo de carne de cerdo. Y, por eso, cuando sus dientes desgarraban la carne dura y seca, se maldecía a sí mismo por no ser el hombre que hubiera querido llegar a ser.

Por fin, un día, llegaron a su destino. El carro y los hombres que lo custodiaban penetraron en una arboleda de encinas y sauces. En un claro, en mitad de la espesa floresta, esperaba una nutrida representación de pictos vestidos con capas de vistosos cuadrados de colores y pantalones anchos. Inclinaron la cabeza en señal de respeto cuando el druida bajó de un pequeño salto de la mula. El sacerdote estrechó la mano a cada uno de los líderes del grupo y, con un gesto, indicó a sus guardias que sacaran a los presos de la jaula.

Una fila de hombres hambrientos, sucios, que apenas podían sostenerse en pie formaron delante de los nobles. Los pictos mostraron un gesto de desagrado cuando llegó hasta ellos la apestosa nube mezcla de sudor y restos de excrementos que precedía a los prisioneros como una incómoda compañera de viaje. El druida examinó a sus cautivos despacio, andando arriba y abajo, una y otra vez, siguiendo el orden de la fila. Con un golpe de su cayado en el hombro de uno de los presos pareció que se había decidido. Los guardias apartaron al hombre mientras el druida procedía a tocar el hombro de Aureliano con su bastón con un aire casi displicente. Y después le tocó el turno a Alecto. El druida lo miró durante unos instantes, inclinó la cabeza a un lado y sonrío.

—¿Nos hemos visto antes, romano?

—Lo dudo mucho.

—Sin embargo, me resultas vagamente familiar. Y si de algo me precio es de mi memoria. Sobre todo para los rostros. Y el tuyo no me

es desconocido.

—Siempre me han dicho que tengo un físico muy común.

—Eso va a ser —dijo mientras, con una sonrisa en los labios, golpeaba el brazo izquierdo de Alecto con la punta de su bastón—. En todo caso, aunque con el tiempo creo que llegaré a recordar nuestro anterior encuentro, pronto no tendrá ninguna importancia.

Los guardias apartaron a los tres elegidos y el resto del grupo de cautivos fueron guiados como un rebaño y encerrados de nuevo en la jaula. De alguna manera, con sus apagados gemidos y sus expresiones de dolor casi parecía que envidiaban el destino del trío escogido. Alecto y sus compañeros se sentaron en la hierba, bajo las ramas de un sauce. No hablaron ni una palabra. El primer prisionero que había escogido el druida gimoteaba en silencio, Aureliano estaba tumbado con una espiga entre los labios, con los ojos cerrados y Alecto simplemente observaba al druida. Habían encendido una hoguera y estaban calentado vino especiado. Después, el sacerdote echó tres bayas rojas, esperó durante unos segundos y llenó tres cazoletas de barro con el líquido espeso y caliente mientras murmuraba unas palabras que Alecto no pudo entender. Después, se acercó a los prisioneros y les tendió un vaso a cada uno de ellos.

—Vais al encuentro de la Diosa —dijo el anciano—. No podéis ir con vuestras almas ocultas tras el velo de mentiras y falsas esperanzas que habéis tejido durante vuestras vidas. Bebed y veréis lo que sois en realidad. Bebed para que la verdad se abra camino.

—No probaría esa mierda de sopa que has cocinado ni con tu boca, pagano— dijo Aureliano—. Tráeme un pastel de carne bien hecho, vino de Hispania y queso de Rávena. Ah, y un par de buenas hembras, a ser posible de Siria. Entonces, empezaremos a entendernos.

—En otras circunstancias, tu humor me haría gracia. Pero no creas que me engañas, romano. Esa ironía que destilas solo está ocultando el miedo que sientes ahora mismo. Y haces bien en tenerlo.

—No me asustas, viejo. No te hagas falsas ilusiones conmigo. He estado en situaciones peores que esta.

—Permíteme que lo dude. Te voy a explicar cuál son tus opciones: puedes beber por tu propia voluntad o puedo hacer que mis hombres te obliguen a tragar el caldo —susurró el druida mientras sonreía con amabilidad—. La primera elección es la que no duele. Vas a beber, lo quieras o no. No pongas las cosas más difíciles.

Aureliano se pasó la lengua por los labios, masculló algo en sármata y tendió la mano. El druida asintió y le cedió la cazoleta. De un trago, el soldado se bebió su oscuro contenido.

—Sabe al peor vino que jamás haya probado, como si un perro se hubiera meado en mi vaso —dijo mientras un gesto de repugnancia desfiguraba su rostro.

El otro prisionero también bebió, con las manos temblorosas, casi derramando el contenido de la cazoleta. Alecto, por su parte, bebió despacio pese a que Aureliano tenía razón y el sabor era agrio, como si algo muerto se hubiera ocultado dentro de la olla donde habían calentado el vino.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aureliano.

El druida se encogió de hombros y sonrió de nuevo con sus labios finos como el filo de un cuchillo. Alecto no notaba nada especial. El sol brillaba y descargaba con generosidad su luz sobre los árboles, abriéndose paso a través de la malla que formaban las hojas y las ramas. Podía escuchar cómo Aureliano seguía preguntándole al druida si tenían que esperar mucho más. Escuchó una carcajada y vio al grupo de nobles pictos reír con una broma que no alcanzó a escuchar. Sintió que sus párpados se cerraban sobre sus ojos, intentó mantenerlos abiertos, pero estaba cansado de luchar, así que simplemente se rindió.

Escuchó un golpe.

Después, otro golpe más.

Madera chocando contra madera. Venía de algún lugar más allá de los árboles. Se levantó. Nadie le impidió hacerlo. Todos los que estaban en ese bosque, el druida, Aureliano, los nobles, los guardias, todos ellos estaban inmóviles, congelados, como las estatuas de mármol y bronce que había visto aquella vez en la villa donde mató al Tuerto, hacía ya toda una vida.. Alecto parpadeó una, dos veces. Después, siguió el sonido de los golpes, cada vez más cercano, cada vez más familiar.

Caiside atacaba un poste de madera con la espada que le había tallado Alecto. Estaba entrenando los movimientos que le había enseñado, arriba, abajo, finta a la izquierda, parada, agachado, estocada a los ojos. Viéndolo trabajar con esa intensidad, Alecto se sintió fieramente orgulloso, el chico había mejorado mucho. Sudoroso, Caiside detuvo sus ataques y se volvió en su dirección.

—Padre —dijo mientras se secaba la frente húmeda con el dorso de su antebrazo —, ¿dónde has estado? Madre te estaba buscando.

Caiside levantó un brazo y señaló una granja a apenas cincuenta pasos de donde estaban. Había un campo de trigo cerca, vio un cercado para ovejas y un pequeño granero. Era su casa. La que habían tenido que abandonar cuando Dídimo y él eran tan solo unos críos. En la puerta de la cabaña había una mujer. Y pese a la distancia que los separaba y a todos los años que habían transcurrido, Alecto reconoció la figura de Ninian. Algo atravesó su garganta, un sentimiento que nunca había desaparecido y un velo de humedad cubrió sus ojos.

Avanzó hacia ella, muy despacio, temía que si se apresuraba Ninian escaparía como un gorrión, lejos, fuera de su alcance y nunca la volvería a encontrar. Tenía el mismo pelo rojo que la última vez que la vio, no parecía haber envejecido ni un día, sus ojos azules, tan claros que parecían blancos, lo observaron con curiosidad y una sonrisa apareció en los labios de la mujer cuando Alecto llegó a su lado.

—Vaya, ya veo que la caza no ha ido bien. Supongo que hoy también tendremos que comer pescado. Entra, esposo, necesitas descansar —dijo Ninian invitándole a pasar al interior de la cabaña con un gesto de su mano.

Alecto traspasó el umbral de la casa. En el suelo había paja limpia, una olla se calentaba con los besos del fuego que ardía en un pequeño brasero, una tenue voluta de humo se elevaba desde el caldo ardiente impregnando con su aroma a apio y tomillo las cuatro esquinas de la habitación. Alecto se sentó en un taburete junto a una mesa donde había salmón, queso y vino. Sobre una de las paredes colgaba una espada dentro de una vaina. La reconoció al instante. Era su viejo acero, el que le había robado su hermano. Alecto se fijó en el polvo se acumulaba sobre la empuñadura como si hiciera mucho tiempo que nadie lo hubiera blandido.

—Mañana deberíamos acercarnos al poblado. Quizás podríamos vender un poco de la lana que tenemos acumulada —decía Ninian con esa voz de tono pausado, seguro, que Alecto había añorado tanto, todos y cada uno de los días desde que su hermano y ella huyeron—. Ah, aquí estás, Caiside, gracias por concedernos unos minutos de tu valioso tiempo y aparecer por aquí. Te pasas todo el día golpeando ese poste, una de esas brillantes ideas que suele tener tan a menudo tu padre. A ver, dime, ¿le has dado de comer a las gallinas, muchacho?

—No, madre.

—Pues antes de comer tú, que coman ellas. Vamos, haz lo que te he dicho y no tardes que nos conocemos.

—Esto no es real —susurró Alecto mientras veía cómo Caiside salía por la puerta llamando a cada una de las aves con su nombre.

—¿Has dicho algo, mi amor? —preguntó Ninian mientras masticaba con aire distraído un trozo de queso.

—Tú no estás aquí, ni tampoco el chico. Esto no está bien —musitó Alecto sujetándose la cabeza con las manos.

Ninian se arrodilló junto a él y le acarició una rodilla. Al sentir su contacto, Alecto apartó los dedos de la mujer pero Ninian volvió a ponerlos sobre los muslos del romano y los apretó con fuerza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ninian mientras le tocaba la mejilla con sus dedos suaves y blancos, acariciándola con delicadeza —. Estás muy pálido.

Alecto cerró los ojos al sentir de nuevo el tacto de Ninian, tan añorado, sus labios temblaron y apretó los dientes mientras trataba de controlar el ritmo de su respiración. Y antes de que se diera cuenta unas palabras se formaron en sus labios:

—Toda mi vida me he arrepentido de aquella noche, Ninian. Desde entonces, no ha pasado un solo día que no pensara en ti.

—Estabas borracho, no eras tú. Ya no tiene importancia, eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Te equivocas. Es cierto que estaba borracho pero sabía muy bien lo que estaba haciendo. Demasiado bien. Por eso sé que esto no es real. Os fuisteis los tres, mi hermano, el bebé y tú. Para siempre. Y todo por mi culpa.

La mano que le acariciaba la mejilla dejó de hacerlo y, de repente, la dulzura se transformó en violencia. Ninian golpeó el rostro de Alecto que sintió la fuerza del impacto y temió que le hubiera explotado el ojo derecho.

—Sí, fue tu culpa, cerdo repugnante —dijo Ninian— No te amaba, nunca lo hice. Me dabas asco. Tu solo presencia me hacía vomitar. Huí de ti y de todo lo que representabas. Y ahora estoy muerta y enterrada, pudriéndome en algún lugar de esta maldita tierra.

—Ninian…

—No te atrevas a mirarme —gritó ella mientras le golpeaba de nuevo—. No te atrevas ni siquiera a mencionar mi nombre.

Alecto cerró los ojos y cuando los abrió estaba de nuevo en el claro. El druida tenía la mano levantada en un gesto amenazante, apunto de descargarla de nuevo sobre la mejilla de Alecto.

—Tenías un sueño muy profundo, romano —le dijo con una sonrisa torcida—. He tenido que recurrir a métodos un poco extremos para despertarte. Espero que no te haya molestado.

Con un gruñido más parecido al de un animal que a un sonido que pudiera emitir un ser humano, Alecto se arrojó sobre el druida. Los guardias lo derribaron antes de que pudiera siquiera tocar la punta de su túnica gris. Después, lo patearon en el suelo y lo sujetaron de pies y manos con cuerdas de cuero.

—Juro que antes de que esto termine, te mataré —dijo Alecto con la boca llena de barro y sangre—. Voy a matarte con mis propias manos, hijo de puta.

—Lo dudo mucho, romano —contestó el druida cruzándose de brazos—. Pero a veces los designios de la Madre son inescrutables. Mantén viva esa esperanza.

Arrastraron a los prisioneros hasta un pequeño lago. Olía a aguas detenidas, se oía el croar de las ranas y un aire espeso y caliente movía las ramas de los árboles haciendo que las hojas cayeran poco a

poco formando un manto de color amarillo sobre la blanda superficie de la orilla. Junto al agua había una piedra en forma de altar. Alecto observó que había manchas oscuras en la superficie gris formando una costra. Era sangre vieja, seca y agostada como un mal recuerdo. Alrededor de la piedra se reunieron los nobles pictos, el druida, sus guardianes y los tres cautivos que permanecieron sentados en el suelo. El druida ordenó que acercaran el primer prisionero a la roca.

El hombre atado gimoteó y rezó a dioses que Alecto no conocía mientras los guardias lo ponían de rodillas. El druida se acercó a él, metió las manos en un charco, sacó los dedos manchados de barro y embadurnó las mejillas del prisionero hasta que estuvo cubierto hasta el último centímetro de piel con la arcilla. Una vez hecho esto salmodió:

—En el polvo me encuentro y en la oscuridad crezco. He caminado en sueños y lo he olvidado todo. Toqué los dedos de los dioses y me sentí yo mismo un dios. De mi lengua brota la verdad, de mi corazón nace la mentira. He caminado en sueños por los senderos de la luz y ahora vuelvo a despertar en la oscuridad.

A continuación, uno de los guardaespaldas golpeó la base del cráneo del prisionero con una maza. Este cayó al suelo con un gemido, su cuerpo perdió el control de sus intestinos y el aire se llenó con la peste de la orina y las heces derramadas. Sus piernas se movían como si corrieran sobre el aire. El druida asintió y otro de los guardaespaldas anudó una cinta alrededor del cuello del prisionero y apretó hasta ahogarlo. Después, el druida se adelantó y lo degolló con un cuchillo de obsidiana. La sangre brotó del cuello como un manantial incontenible derramándose sobre el agua del lago y tiñendo su superficie con un manto de color cereza.

—Bueno, pues ahí vamos— dijo Aureliano mientras los guardias arrojaban el cuerpo sin vida del prisionero al lago—. Ha sido un placer conocerte, hermano. Si nos vemos en el infierno, cosa que no dudo, te invitaré a cerveza y putas.

—No creo en el infierno cristiano, hermano.

—Ahora ya no tiene ninguna importancia que creas o no. Adiós, amigo, que tu dios te proteja.

Los guardias levantaron a Aureliano y lo llevaron ante el druida.

—Un día, Roma volverá —dijo el sármata mientras escupía en dirección al sacerdote—. Y mis hermanos se mearan en vuestros cráneos vacíos. Cuando eso ocurra, recordadme.

—De ti, romano, solo me interesa lo que me va a decir la Diosa a través de tu agonía y los dibujos que forme tu sangre al ser derramada. El resto solo son palabras arrastradas por el viento.

Y Alecto contempló como su hermano de armas era golpeado,

ahogado con una cuerda y degollado. Unos instantes antes estaba vivo, desafiante, ahora lo que había dentro de él había desaparecido, como si nunca hubiera existido. Nadie lo recordaría, nadie sabría que había muerto en un lago perdido en mitad de ninguna parte. El druida hizo un gesto para que Alecto se acercara. Este se quitó de encima a los guardias.

—No necesito que nadie me lleve. Aún sé andar.

Se sentía calmado como si toda su vida hubiera sido destinada a este último momento. No tenía miedo. No como cuando estaba en mitad de una batalla, por supuesto o como lo que había sentido en su visión con Ninian. Se tocó la señal de su frente y susurró:

—Mitra es mi único Dios y Señor.

—Tu dios no tiene fuerza aquí, romano, no en este lugar —dijo sin ocultar su desprecio el druida—. Parece que aquí concluye tu viaje. Una lástima que no vayas a poder cumplir tu promesa.

—Hablas demasiado, viejo. Acaba ya con esto. Tengo ganas de ver a mis camaradas al otro lado del río.

—Me sigues resultando familiar, romano. Cada vez más. Va a ser una lástima que me acuerde cuando ya no tenga remedio.

Alecto permaneció de pie. Sabía que en cualquier momento sentiría el impacto de la maza sobre su nuca. Esperaba que el hombre que la blandía tuviera la suficiente experiencia y con ese único golpe terminara todo. Aborrecía el dolor tanto como lo temía.

— ¿Qué es eso?— dijo uno de los jefes pictos señalando la superficie del lago.

Alecto entrecerró los ojos y siguió la dirección que marcaba el dedo índice del noble. Nadando, formando elegantes eses sobre las calmadas aguas, una serpiente se acercaba a la roca donde Alecto esperaba ser sacrificado. De la cabeza a la cola, medía como dos hombres adultos, su cabeza escamosa asomaba del agua coronada con dos ojos amarillos que miraban fijamente a los hombres reunidos en la orilla. Se acercó hasta donde la sangre se acumulaba en gruesos coágulos, nado entre ellos y con sus escamas ahora teñidas de rojo se alejó hacia el interior del lago.

—¿Qué significa eso, druida?— preguntó uno de los jefes intentando controlar el temor que se filtraba a través de sus palabras.

—Significa que la Diosa está satisfecha —contestó el druida mientras profundas arrugas se formaban entres sus cejas. Levantó la barbilla y miró hacia la orilla opuesta del lago durante unos segundos como si tratará de descubrir algo entre la maleza negra y espesa que se levantaba como un muro junto a las aguas turbias—. No habrá más sacrificios hoy.

—¿Entonces podemos atacar las tierras de nuestros vecinos? ¿Tenemos la bendición de la Diosa?

—La tenéis. Sin duda alguna, la victoria será vuestra. Así lo ha dictado la Madre. Recordad dar la parte correspondiente a la Arboleda —el druida se volvió hacia Alecto—. No creas que has tenido suerte. Volverás al carro y en la siguiente ceremonia serás el primero en ser sacrificado.

El druida hizo un gesto a sus guardias y estos ataron de nuevo las muñecas de Alecto y lo empujaron hacia el carro. Antes de entrar de nuevo en la jaula, el romano miró hacia el lago. El cuerpo de Aureliano seguía en la orilla, abandonado, olvidado ya por todos. "Guárdame esa cerveza, hermano, pronto la beberemos juntos", pensó Alecto mientras se acurrucaba en un rincón de la celda ajeno a las miradas llenas de temor supersticioso que le arrojaban sus compañeros de cautiverio.

Durante la tarde, mientras viajaban por los valles que se abrían como venas entre las colinas, un helado viento del sur amontonó sucias nubes sobre las montañas hasta que, con el declinar del sol, una espesa lluvia empezó a caer sobre la tierra, primero con suavidad, casi timidez y a continuación con una fuerza tal que Alecto tuvo que reconocer que jamás había visto nada semejante. Y eso que había sufrido aguaceros y tormentas interminables durante su servicio en el muro. Tenía la sensación de que el mundo iba a encontrar su final bajo ese manto de agua gris y espesa, que empapaba su ropa y se introducía bajo su piel como un millar de agujas. En el carro, los prisioneros permanecían en silencio, ateridos, apretaban los dientes y los puños mientras la lluvia caía sobre ellos inmisericorde.

El druida iba montado en su mula, riendo como un poseso, gritando al oscuro firmamento en un idioma que solo él entendía palabras hechas de locura y caos, echaba la cabeza hacia atrás y abría la boca para que se le colmara de agua y después la escupía a un lado como si vomitara su propia alma. Sus guardias empujaban el carro, tratando de hacerlo avanzar, azotaban a los bueyes para que tiraran de él. Una de las ruedas se atascó en el barro y ya no se movió más. Uno de los pictos ladró una orden, los demás abrieron la puerta de la jaula y los esclavos empezaron a bajar del carro. Los golpearon con bastones de madera para agruparlos en un pequeño círculo de cuerpos desnudos y famélicos. Mientras tres guardias los vigilaban, el resto trataba de liberar el carro del espeso barro que se había tragado la rueda.

Alecto miró al cielo. Un relámpago degolló la oscuridad. Vio como el rayo, azul y blanco, caía sobre ellos. "Es hermoso", pensó antes de que la lengua eléctrica golpeara el suelo con un beso de fuego, furia y poder. Como un amante brutal penetró en la tierra, y extendió sus dedos por su superficie acariciándola con una tosca violencia. Alecto sintió cómo su cuerpo era poseído por una fuerza

descomunal, se elevaba en el aire como si no pesara nada y después era arrojado al suelo como un muñeco roto. Todos sus dientes parecieron cobrar vida propia y notó cómo se mellaban al chocar los unos con los otros. Sus uñas se clavaron en la negra y húmeda tierra como si quisieran ocultarse en su interior. Oía voces que lo llamaban, de Ninian, su hermano, Caiside, incluso le pareció escuchar la voz del Tuerto rogando por su vida. Pero claro está, no era él. Era uno de los guardias.

Alecto se incorporó. El pequeño grupo había sido devastado, como si un dios travieso y cruel los hubiera arrasado con un movimiento de su mano. Vio a hombres tumbados en el suelo, desmadejados, rotos. Un guardia estaba envuelto en furiosas llamas y, aullando con desesperación, se alejó corriendo bajo la lluvia como una antorcha viviente hasta que no fue más que una pequeña luz en la oscuridad de las colinas. Escuchó gritos, olió a carne quemada, alguien llamaba a su madre. Alecto se incorporó, las piernas le fallaron, cayó de nuevo al suelo y su boca se llenó de un barro que sabía a hierro y sangre. Estuvo tumbado sin moverse durante lo que parecieron días enteros. Por fin, alguna fuerza desconocida, una voluntad que ni siquiera sabía que existiera, le obligó a ponerse en pie.

El carro y la jaula estaban ardiendo, su fuego se elevaba hermoso y fuerte hacia el cielo, luchando contra la lluvia que todavía caía en una espesa capa. Alecto pensó que tenía algo que hacer pero no recordaba qué podía ser. Entre el manto de agua, distinguió en el oscuro horizonte las alargadas formas de unos árboles. “Eso es, ahí es donde debo ir”, pensó. Un paso, luego otro, otro paso, y uno más. Su cuerpo empezó a responder. Notaba un picor en el cuello como si alguien le estuviera raspando la piel con una cuchillo serrado, tratando de hallar los músculos.

Entonces se detuvo.

Recordó que había hecho una promesa.

Volvió sobre sus pasos. Volteó un cuerpo. No era él. Pateó una, dos veces, el cráneo de un guardia que agonizaba en el barro. Tampoco era él. Vio a la mula, muerta. Se acercó. Debajo del animal había un cuerpo. Aún estaba vivo. Sus ojos abiertos miraron enloquecidos a Alecto y este vio un ligero reflejo de reconocimiento en ellos. Los labios del druida estaban manchados de una sangre oscura que tintaba también sus dientes afilados como los de una alimaña. Alecto se sentó junto al druida y lo miró durante un buen rato.

—No te voy a pedir piedad, romano. A ti, no— dijo el druida escupiendo saliva roja—. Ya sé de qué te conozco. ¿Quieres que te lo diga?

Alecto negó en silencio y colocó, casi con delicadeza, las manos alrededor del delgado cuello del anciano. Sus dedos empezaron a

presionar, los pulgares empujaron la tráquea con fuerza hasta que se quebró con un sordo chasquido. La vida de los ojos del druida desapareció como si solo hubiera sido humo. Alecto acercó su rostro al del anciano y le enseñó los dientes. Y siguió apretando la carne flácida hasta que notó como la lluvia dejó de caer. Escuchó a uno de los guardias intentando reagrupar a los supervivientes. Alecto se permitió un último momento para una despedida y le escupió al druida en el rostro. Después, se levantó y empezó a correr, huyendo hacia las sombras.

Las ramas bajas del bosque le rasgaron la piel con dedos hechos de astillas. Escuchó el murmullo de un riachuelo, apenas una lengua de agua pastosa, que arrastraba una alfombra de barro azulado. Se sentó en una roca. Cogió una pequeña ramita y la olió. El aroma a madera le hizo recordar a Caiside y la espada que le había tallado. Y sintió una añoranza que ahogó su garganta. Se pasó una mano por el cabello húmedo y aguantó las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Pensó que si el chico había muerto ya nada tenía sentido. Solo le quedaba volver al muro y esperar allí una muerte que esperaba no se demorara mucho.

Estaba a punto de ponerse de nuevo en pie cuando escuchó cómo algo avanzaba torpemente por el bosque abriéndose paso a través de la floresta. Sujetó con más fuerza la pequeña rama. Pasara lo que pasara, no la iba a dejar atrás. Entre el follaje apareció la cabeza de un perro de pelaje gris y ojos oscuros y acuosos. Tenía la boca abierta, una lengua roja y vivaz aparecía entre los colmillos blancos. Avanzando unos pasos más el perro inclinó la cabeza y empezó a beber de manera ruidosa el agua del arroyo. Alecto lo observó en silencio, sin atreverse a mover ni un músculo. No quería espantarlo. El perro levantó de repente la cabeza, miró hacia el hueco de donde había salido y moviendo la cola husmeó la orilla. Ahora Alecto podía escuchar los pasos que habían alertado al perro. Primero vio sus brazos, pálidos y azules, después asomó una cabeza con una melena oscura cortada a bocados de cuchillo. Su sonrisa era tal como la recordaba.

—Bueno, este perro tontorrón me ha hecho dar varias vueltas pero por fin te ha encontrado —dijo Aoife—. La verdad es que se me dan mejor las serpientes. Son menos complicadas. Pero al fin y al cabo ha cumplido con su labor. Aquí estás. Y debo decir que tienes muy mal aspecto, romano.

Alecto sonrió y tragó saliva. Se preguntó si estaría delirando o sufriendo otra alucinación como la que le había provocado el druida con su repugnante caldo. Se clavó el trozo de madera en la palma de la mano y sintió dolor.

—¿Se supone que ese es mi animal? ¿Un perro? —inquirió

Alecto mientras trataba de reprimir la carcajada que pugnaba por salir de su garganta.

—En realidad, es un perro pastor. Eso es lo que haces tú, ¿no? Cuidar de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos.

— No estoy tan seguro de eso. Lo haces parecer mejor de lo que es en realidad. ¿El chico? ¿Dónde está? ¿Está…?

—Está bien, no te preocupes. A salvo. ¿Quieres que vayamos con él? —le preguntó Aoife—. Te está esperando.

— Sí. Eso sería perfecto —dijo Alecto antes de que sus párpados se cerraran y se quedara dormido.

CAPÍTULO VIII

-LA PALABRA QUE LO CAMBIA TODO-

Había un hormiguero junto a la puerta de la cabaña. Caiside había introducido una rama dentro del nido y la había movido a derecha e izquierda provocando que una miríada de hormigas salieran de su refugio irritadas. Sus pequeños y quitinosos cuerpos negros ascendían por la superficie de la rama intentando alcanzar la mano que la sujetaba cuando una sombra se cernió sobre el hormiguero. Caiside dejó caer al suelo el palo. Alecto había despertado y miraba al sol haciendo visera sobre sus ojos con una mano. Después, giró la cabeza y vio a su sobrino que se levantó de un salto y, abalanzándose sobre el soldado, lo abrazó rodeando su cuerpo con los brazos. Alecto, con una mano callosa y árida, acarició con torpeza la cabeza del chico.

—Bueno, bueno, está bien —dijo mientras apartaba a un lado a Caiside—, si aprietas tan fuerte me vas a romper una costilla.

—Creía que te había perdido —musitó su sobrino—, que te habías ahogado en el río.

—Ya, también pensaba lo mismo sobre ti —contestó Alecto golpeando con suavidad el brazo de Caiside en un gesto cómplice—. Con razón le tengo manía a todo lo acuático, ¿eh?

—La próxima vez lo haremos mejor.

—La próxima vez no me verás meterme en nada que me cubra por encima de la rodilla, chico. Eso te lo puedo asegurar —dijo Alecto mientras ponía una mano a la altura de su muslo marcando el límite máximo de profundidad que toleraría—. Y si puedo evitarlo, tú tampoco lo harás. Dime una cosa, ¿dónde está nuestra compañera de viaje? ¿Dónde está Aoife?

—En la plaza principal —contestó Caiside señalando hacia la dirección donde se levantaba la casa común del poblado—. Estará curando de sus males a los animales o a los granjeros o dando consejos sobre amuletos amorosos o pintando piedras para que crezca la cosecha o haciendo…

— Sí, bien, ya me hago a la idea —dijo Alecto resoplando. Miró a los ojos de Caiside y recordó la visión que le había provocado el druida. Incómodo, se rascó la barba que crecía como musgo seco en su rostro—. Tengo mucha hambre. ¿Cuánto tiempo he dormido desde que me encontró esa mujer?

—Tres días.

—Eso explica el vacío que siento en mi estómago. Voy a comer antes de que me desmaye o algo peor.

—Deberías ir a ver Aoife —le sugirió Caiside—. Tiene que hablar contigo.

—No voy a hablar con ella con las tripas vacías, chico. Ya sería la gota que colmara el vaso. Luego, nos vemos. Tú sigue con lo tuyo.

—Tío —le dijo Caiside—, te he echado de menos.

—Yo también a ti, chico.

Caiside observó como Alecto entraba de nuevo dentro de la cabaña y escuchó el ruido que hacía al registrarla buscando algo que llevarse a la boca. Suspiró. A veces resultaba muy difícil entenderlo. Caiside se encogió de hombros y fue a recoger su palo pero retiró los dedos con rapidez cuando vio que toda su superficie estaba cubierta por furiosas hormigas. “Eso es lo que siempre haces”, pensó mientras miraba con tristeza la rama, “agitar el hormiguero sin pensar en las consecuencias”.

Era casi mediodía cuando Alecto llegó por fin a la plaza. Aoife se había establecido junto a la columna de los dioses y en ese mismo momento estaba curando un eccema de la espalda de una anciana con una pomada de color verde que olía a algo muerto y enterrado hacía mucho tiempo. Alecto se sentó en uno de los escalones que llevaban a la sala comunal y observó cómo Aoife seguía intentando sanar a todo aquel que se lo pedía. Ojos irritados o con un velo de cataratas, huesos torcidos, heridas mal curadas, verrugas, pústulas. Aoife recetaba una hierba o pasaba una piedra por la piel de su paciente y luego la enterraba haciendo un agujero en la tierra con un cuchillo de obsidiana, a veces solo susurraba al oído del enfermo o hablaba directamente al hueso mal curado emitiendo un profundo y alargado sonido que Alecto no pudo identificar con ninguna palabra que conociera.

Los pictos, agradecidos, le besaban las muñecas tatuadas y dejaban algo de comer junto a ella o una manta o ropa recién tejida como pago por su ayuda. Transcurrió bastante tiempo antes de que no quedara nadie en la plaza y Aoife, agotada pero con una sonrisa en su rostro, pudo por fin sentarse junto a él.

—Bueno, pues creo que por hoy ya es suficiente —dijo la mujer mientras se recogía el pelo ayudándose de una tira de cuero oscuro. Alecto la observaba, siguiendo con atención cada uno de sus gestos y ella, sorprendida, se encogió de hombros— ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—Nada —dijo el romano—. Nunca eres como pienso, supongo.

—¿Lo dices porque cuando te hablo no entiendes la mitad de lo que digo y en cambio esta gente me respeta y sigue mis consejos?

—Algo así. Sí, creo que es eso —dijo Alecto pasándose una mano por la nuca—. Me ha gustado verte trabajar. Ha sido muy instructivo.

—Si no te conociera, podría pensar que hay cierta admiración oculta tras tus palabras. Pero, por supuesto, eso solo son suposiciones mías. Con seguridad, me estaré equivocando.

—Puede. No es la primera vez que te equivocas conmigo.

—Tú tampoco eres nunca como pienso, romano —dijo Aoife mientras se abrazaba las rodillas.

Permanecieron en silencio, escuchando la vida que los rodeaba: los campesinos llamándose a voces, una sierra cortando madera en alguna parte, balidos de ovejas y algún maullido aislado, perros asustando a las gallinas, niños gritando y riendo, el crepitar de los primeros fuegos ardiendo solitarios en espera de la noche que se aproximaba.

—Todo eso que has hecho, ¿es brujería druida? —preguntó de repente Alecto.

—¿Brujería? No es cómo llamaría a lo que hago.

—¿Y cómo lo llamarías entonces?

—Sabiduría. Una muy antigua, tan antigua como las montañas y los océanos. Y sí, en gran parte, todo lo que hago lo aprendí de los druidas. Otra parte, la he aprendido por mi cuenta a base de prueba y error.

—No me gustan los druidas —gruñó Alecto mientras escupía al suelo—. Siempre he tenido malas experiencias con esa gente.

—Si te soy sincera a mí tampoco me gustan. Pero eso no evitará que si puedo ayudar a esta u otra gente con sus conocimientos no lo vaya a hacer. Deberías saber diferenciar una cosa de la otra.

—Lo tendré en cuenta —mintió Alecto mientras se guardaba su verdadera opinión sobre lo que pensaba de los druidas y su sabiduría.

—¿Has visto ya a tu sobrino? —preguntó Aoife intentando cambiar de tema. Hablar de lo que aprendió en la Arboleda le traía malos recuerdos.

—Sí, hace un rato. Ahora no sé dónde debe estar.

—Estás vivo gracias a él.

— ¿De veras? ¿Y cómo es eso?

—Yo te había dado por perdido —susurró Aoife mientras lo miraba con intensidad a los ojos—. No creía que hubieras podido salir vivo del río. No te voy a mentir, habría abandonado tu búsqueda.

—No te preocupes por eso. Lo entiendo. Era una situación difícil. Cuéntame qué ocurrió después de que yo desapareciera.

—Bueno, supongo que ya sabes la parte de cuando nos arrastró la corriente. Allí te perdimos. Yo estiré el brazo y agarré el pomo de la espada de Caiside, ese trozo de madera que le hiciste. Con la otra mano, conseguí atrapar una raíz de uno de los árboles de la orilla. Por el camino, perdí mi bastón. Le tenía mucho cariño, llevábamos muchos años juntos. Pero a cambio conseguí salvar nuestras vidas.

Salimos del río, no me preguntes cómo y nos quedamos en la orilla durante lo que parecieron horas tratando de recuperar las fuerzas. Después, seguimos la corriente, río abajo, esperando que hubieras tenido nuestra misma fortuna y que estuvieras en alguna parte vomitando agua. Pero no fue así. Se hacía de noche y acampamos bajo las ramas de un árbol. No encendimos fuego porque temíamos que los perros aún nos estuvieran buscando. He tenido malas noches en mi vida, bien lo sé, pero esa fue una de las peores.

"A la mañana siguiente intenté convencer a Caiside para que nos dirigiéramos al sur, al muro, donde podía encontrar ayuda y cobijo con aquel otro soldado del que me hablaste. Creía, estaba convencida de que habías muerto. Lo sentía en todas las señales que me llegaban, en el remolino que formaba el viento con las hojas caídas de los árboles, la forma de las piedras, el vuelo de los pájaros hacia el este. Pero Caiside no pensaba lo mismo. No te voy a descubrir lo testarudo que puede llegar a ser tu sobrino, romano. Ya lo sabes bien.

"Este pueblo estaba cerca del río. Hice algunos favores como los que has visto antes y conseguí que me prestaran al perro pastor que conociste hace unos días. Como te dije era tu animal, así que lo seguimos durante muchos días, Caiside y yo. Pensaba que como mínimo me llevaría hasta tu cuerpo.

—Esta es la parte en la que no entiendo nada. ¿Cómo es posible que el perro te llevara hasta mí?

—Oh, espera todavía no has oído lo mejor. Te va a encantar, ya verás. El perro nos llevó hasta un lago. Había oído hablar de él. Como de otros sitios parecidos. Vimos un grupo de personas en la otra orilla. Yo sabía por qué estaban ahí. Vi al druida. Casi podía escuchar sus palabras desde la distancia. Me las sabía de memoria. Un cuerpo cayó al agua. Después, otro. Y entonces llegó tu turno. Tuve que sujetar a Caiside porque estuvo a punto de lanzarse al agua con su tonta espada de madera en un vano intento de rescate. Afortunadamente, había un nido de serpientes cerca de donde estábamos. Convencí a una de ellas, prometiéndole carne y sangre para que se dirigiera nadando hacia donde estabais vosotros.

—Me está empezando a doler la cabeza. ¿Estás diciéndome que la serpiente que apareció en aquel momento, la enviaste tú?

—Así es.

—¿Y sabías que eso iba a impedir mi sacrificio? —preguntó Alecto incrédulo.

—He pasado muchos años de mi vida con los druidas. Conozco muy bien cómo piensan. No te voy a decir que las tenía todas conmigo pero, bueno, al final salió bien, ¿verdad?

—Ojalá tuviera mi cantimplora de posca aquí. Necesito emborracharme. Lo que me estás contando no tiene ningún sentido.

—Sigues ignorando cómo funciona el mundo en realidad, cómo son las cosas aquí. Si te es más fácil, piensa que tu dios, Mitra, dirigió la serpiente en la dirección correcta y que yo no tuve nada que ver. ¿Mejor así? ¿Te sientes más cómodo con esa explicación?

—Pues la verdad es que no. Me siento incluso peor.

—Espera que aún no he terminado. Desde la distancia vimos cómo te encerraban de nuevo en la jaula. Decidimos seguir el carro y esperar el momento oportuno para intentar liberarte. Lo cierto es que no teníamos ningún plan. Y luego empezó a caer la lluvia. Perdimos vuestro rastro con aquella tormenta irreal.

—Ya me lo imagino.

—Como digo, te habíamos extraviado de nuevo. Pero el perro, ese chucho que parecía tonto, nos llevo otra vez por el camino correcto.

—Ya sé cómo sigue —la interrumpió Alecto—. Supongo que te debo la vida.

—No hace falta que me lo agradezcas con tanto entusiasmo —dijo Aoife poniendo los ojos en blanco—. No sé que hubiera hecho Caiside si hubieras muerto. Por alguna extraña razón que no llego a comprender, te ha cogido cariño.

—Yo también a él —dijo Alecto—. Me gusta el chico.

—Sigue obsesionado con la espada, ¿sabes? Con recuperarla. No habla de otra cosa.

—Le expliqué que esa espada no vale nada, que mi abuelo se la compró a un antiguo veterano hace muchos años. No tiene nada de especial, puedes creerme. Si lo hubiera tenido, cuando de críos nos lo quitaron todo, se habrían quedado con ella.

—Dice que es el arma de un César, que hay grabadas unas letras en la hoja.

—Mucha gente escribe tonterías en las hojas. Una espada es una espada y sirve para lo que sirve. Las palabras no le dan ningún poder —argumentó Alecto arrugando los labios en un gesto de disgusto—. Qué cosas le metería en la cabeza mi hermano para que piense así. Y no tengo ni idea de por qué lo hizo. Él no era así. Aunque supongo que todo el mundo cambia.

—Mucho me temo que ya no hay remedio para eso. Y no creas que no he intentado convencerle. ¿Qué vas a hacer entonces? —preguntó Aoife.

—Necesito descansar unos días. Conocí a un hombre durante el tiempo que estuve preso del druida. Era un soldado, como yo. Me dio una noticia que no conocía. Todo por lo que he luchado durante toda mi vida ha desaparecido, casi de repente. Ya no existe.

—Entonces quizás deberías buscar otra causa por la que luchar, una que mereciera la pena.

—¿Y cuál puede ser esa causa?

Aoife no dijo nada. Se quedaron de nuevo en silencio contemplando cómo el sol desaparecía lentamente entre las colinas hasta que las primeras sombras aparecieron sobre la tierra. Entonces, volvieron a la cabaña, saludaron a Caiside que había vuelto de cazar un par de conejos en las colinas y, después de prepararlos, comieron los tres juntos.

Y a esa noche, siguieron otras muchas en las que Caiside empezó a contarles partes escogidas de la Ilíada, sus favoritas. Decía que su padre le había contado la historia entera varias veces y se la sabía de memoria. Alecto tuvo que reconocer que tenía un gran talento para contar historias, ponía una voz diferente a cada uno de los personajes e incluso trataba de cambiar la expresión de su rostro según las características de quien estuviera interpretando: el orgullo de Aquiles, el sentido de la responsabilidad de Héctor, la astucia de Odiseo, la soberbia y ambición de Agamenón e incluso la serena sabiduría de Néstor. “Este chico contiene multitudes”, pensó Alecto.

—Y así fue cómo Aquiles venció a Héctor —terminó Aoife—, y reconociendo el valor de su adversario se separaron con regalos y una promesa de amistad eterna.

—Espera un momento —dijo Alecto frunciendo el ceño—. ¿Así termina? ¿Estás seguro?

—Así me lo contó mi padre. ¿Está mal?

— Bueno, en realidad… No, está bien, muy bien. No puedo esperar a escuchar el resto.

Aoife, a veces, tomaba el relevo del muchacho en lo que a contar historias se refería. Siempre narraba relatos sobre los amos que había tenido durante su larga experiencia como esclava. Algunas eran tristes, otras divertidas, unas pocas crueles y al final todas ellas tan extrañas e imprevisibles como la mujer que las narraba. Pero por alguna razón jamás se refería a la época que pasó con los druidas.

—Nunca nos cuentas nada de cuando viviste en la arboleda —le dijo una noche Caiside—.

—Así es. No hay mucha cosa que contar aunque parezca lo contrario. No hay ningún misterio. Servía a los druidas y cuando podía aprendía de ellos —contestó Aoife agitando una mano en el aire como si quitara importancia al asunto.

—En el muro, había rumores sobre ese sitio, ¿sabes? —intervino Alecto—. Aparte de los sacrificios humanos y rezar a dioses oscuros que todos conocíamos, algunos de los mercaderes que llegaban al fuerte y que habían estado muy al norte mencionaron alguna vez que allí, bajo los robles sagrados, los druidas se comían a los recién nacidos.

Aoife lo miró durante unos instantes, en silencio, con un halo

de tristeza flotando en sus ojos hasta que por fin dijo:

—Nunca vi nada semejante a lo que te contaron. Aunque fui testigo de otras cosas que no mencionaré aquí.

Y después de eso, la conversación languideció como un atardecer tardío hasta que poco a poco desapareció y su recuerdo se perdió como si nunca hubiera ocurrido.

Estuvieron varias semanas en el pueblo. Al principio, los pictos miraban con desconfianza a Alecto. Pero las palabras de Aoife y la propia actitud del soldado contribuyeron a convertir la hostilidad inicial en cierta tolerancia amistosa. Alecto ayudó a cuidar del ganado, a recoger la cosecha, acompañó al pequeño grupo de guerreros de la villa a cazar lobos y alces. Eran trabajos que Alecto no había hecho desde que era un niño, en la granja de la familia. Había olvidado cómo eran y lo feliz que le hacían sentir. Por las noches, se reunía con Caiside y Aoife y les contaba cómo había transcurrido su día sin poder evitar que el entusiasmo se reflejara en su voz. Pero cada día que pasaba, Caiside se encerraba en sí mismo, apenas hablaba y no participaba de la conversación. Salía de la cabaña de madrugada, cuando todo el mundo estaba dormido, y paseaba por el pueblo, provocando que los perros ladraran y los guardias se pusieran en alerta. Después, se iba al bosque cercano y allí pasaba horas enteras en soledad.

Alecto intentaba ir tras él pero Aoife le sujetaba del antebrazo y movía la cabeza negando. Y él obedecía mientras sentía que su sobrino estaba muriendo por dentro. Permanecía despierto hasta que regresaba a casa y lo escuchaba tumbarse en su catre.

Siempre que sus propias obligaciones se lo permitían Alecto iba a la plaza para ver cómo Aoife desarrollaba su labor. Le gustaba contemplar cómo trabajaba y, sobre todo, disfrutaba del momento que pasaban sentados juntos, a la sombra de la columna de los dioses.

—Se va a ir de nuevo —dijo una tarde Alecto.

—Sí, lo sé —suspiró Aoife—. Y no creo que haya forma de convencerle de que no lo haga.

—No puedo dejar que se quede solo otra vez, ¿lo entiendes, verdad?

—Si vas a Trapain, si te enfrentas a Donnach, morirás.

—¿Eso te lo han dicho tus piedras de colores? —resopló Alecto enseñando los dientes.

—Esta vez no las necesito para saber cómo irán las cosas si llega ese momento —contestó Aoife con una seriedad que sorprendió a Alecto—. La gente habla. Me tienen confianza. He oído historias sobre ese hombre. Sobre lo que ha hecho y sobre lo que puede hacer. No podrás vencerle.

—Tanta confianza en mi capacidad me abruma.

—No te lo tomes a broma, romano.

—No lo hago. Pero creo he tenido una larga vida como soldado, que he visto más sangre y mierda que cualquier hombre que camine sobre esta isla y, sobre todo, creo que habré matado a hombres mejores que ese Donnach. Aún así, mi plan no es enfrentarme en un duelo con él. Siempre he pensado que eso era una tontería. Desde el primer momento.

— ¿Tienes un plan alternativo? —preguntó Aoife con cierta sorpresa.

—Aún tengo que trabajarlo un poco, pero sí, lo tengo —mintió Alecto.

—¿Quieres oír cuál es el mío? Quédate aquí. Caiside entrará en razón con el tiempo, puede que se vaya pero volverá, sé que lo hará. Tienes que dejarlo marchar, dejar que se dé cuenta por sí mismo de que ese duelo no tiene sentido, que tiene que aceptar la pérdida de su padre, de la espada, de todo lo que conocía y seguir adelante.

—Me estás pidiendo mucho, mujer. Demasiado. No soportaría la idea de perderlo otra vez. Hay cosas que no sabes.

—Explícamelas.

—Aquel día en el lago, antes del sacrificio, el druida me hizo beber algo. Tuve una visión —dijo Alecto con un nudo en su garganta —. Fue muy real. Y el chico estaba en ese sueño. Era la vida que podía haber tenido, la que siempre quise.

—Esta vida que estás teniendo ahora es la que siempre has deseado, lo puedo ver en tus ojos —Aoife le cogió el rostro con las dos manos y lo miró a los ojos—. Eres feliz aquí, romano. No vayas a Trapain. Morirás.

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, Alecto despertó a Caiside. Con un gesto le indicó que empaquetara todas tus cosas.

—Me gustaría despedirme de Aoife —susurró el chico.

—No, ni hablar de eso. Nos vamos ya. Haz lo que te digo —dijo Alecto cogiéndole del brazo y empujándolo hacia la entrada de la cabaña.

Salieron por la puerta principal del poblado, los dos solos. Alecto se resistió durante un tiempo a mirar atrás pero en un momento de debilidad, se paró, volvió la cabeza y creyó ver una figura junto a la empalizada. Pero después se convenció de que eran las sombras y las primeras luces del alba persiguiéndose mutuamente al inicio del día. Se puso de nuevo en marcha y siguió los pasos de Caiside hacia el interior de la floresta.

Durante dos días, Aoife no salió de su cabaña. Permaneció sentada en el suelo, apenas sin comer ni beber ni moverse apenas. Temía que el viento y las piedras, los pájaros y el agua, le trajeran

noticias que no quería escuchar o le susurraran futuros que no deseaba vivir. Pero también sabía que tarde o temprano tendría que acudir a la llamada del exterior y que retrasarla no evitaría que aquello que más temía se cumpliera. Y así una mañana, un gorrión se posó en la ventana de su choza. En su pico llevaba un gusano que devoró mientras un ojo redondo y oscuro se posaba en Aoife. Después, levantó el vuelo, batiendo sus alas, dirigiéndose hacia la columna de los dioses. Aoife cerró los ojos, se pasó la lengua por los labios y, por fin, salió al exterior.

Cuando llegó hasta la plaza donde se levantaba la casa comunal vio que estaba vacía excepto por tres hombres que no conocía. Uno de ellos, al verla aparecer, abrió la bolsa que colgaba de su hombro, introdujo una mano pintada de azul en su interior y después de buscar brevemente extrajo un collar de esclava y una cadena. Aoife dejó que una sonrisa triste apareciera en sus labios, miró a su alrededor, tenía la tonta esperanza que la gente de la aldea viniera a defenderla, al fin y al cabo, los había ayudado sin pedir apenas nada a cambio. Pero nadie apareció. Y los tres hombres se acercaron a Aoife arrastrando por el polvo el collar y la cadena. En algún lugar, lejos, un perro aulló.

Tres días más tarde, Alecto y Caiside llegaron a Trapain

—Es grande —susurró el soldado—. Más de lo que esperaba.

Desde el pequeño bosque que les servía de refugio y escondite podían ver el foso y la doble muralla del asentamiento. Una casa de tejado a doble vertiente en el centro del poblado señalaba la estancia y salón principal del clan. “Ese debe ser el agujero donde se esconde el picto al que he venido a matar”, pensó Alecto.

—Mira ahí —dijo Caiside.

El romano dirigió su mirada hacia el lugar que señalaba Caiside. Era un pequeño campamento junto a la muralla exterior, casas desperdigadas, levantadas a toda prisa, protegidas por una valla de aspecto endeble.

—*Attacotti* —le informó Caiside—. Donnach debe haber firmado algún tipo de acuerdo con ellos. Por eso, estaban juntos la noche que nos atacaron el desertor, el *attacotti* y el *votadini*.

—Quizás planean un ataque contra el sur —murmuró Alecto—. Ahora que ya no hay legiones allí es como fruta madura esperando a ser recogida. Solo tienen que alargar la mano y ya será suya.

—Deberíamos ir ahora, antes de que anochezca.

—¿Para qué?

—Para que retes a duelo a Donnach —dijo Caiside—. Delante de todo su clan no podrá rechazar tu desafío, ni ignorarte como hizo conmigo. Ahora todo va a ser muy diferente.

—No voy a retar a duelo a nadie, chico.

—Pero…

—Te lo dije la primera vez que nos conocimos. Tu plan es una idiotez. Cualquier romano que entre ahí dentro es carne de martirio y muerte. Ahora tenemos un nuevo plan —le informó Alecto tratando de esquivar la mirada decepcionada del muchacho e imprimiendo en el tono de su voz una seguridad que no sentía—. Esperaremos a la noche. Entonces me acercaré a estudiar los puntos débiles de su muralla y su vigilancia y si es posible, solo si es posible, entraré cuando todos duerman. La espada estará con Donnach, en la casa principal. Si puedo llegar allí sin que nos descubran le abriré una bonita sonrisa roja en su garganta. Eso te gustaría, ¿eh, chaval? —terminó clavando un codo en las costilla de Caiside en un gesto que trataba de ser cómplice y que provocó un gesto de desagrado en la expresión del muchacho.

—¿Lo asesinarás como si fueras un vulgar ladrón? —le preguntó incrédulo Caiside—. ¿Por la noche? ¿A traición?

—Si puedo hacerlo, sí. Puedes apostar por ello. La verdad es que no suena nada mal.

—No tienes honor. Ni valor.

—Pues no, no tengo ninguna de las dos cosas, no soy el jodido Héctor. Así que en sustitución de esas grandes virtudes, esperaremos a la noche y seguiremos mi plan.

Cuando Alecto consideró que estaba lo bastante oscuro, salió de su escondite en el bosque y se dirigió hacia las murallas de piedra y tierra del oppidum. Había antorchas en el muro iluminando los sectores más fáciles de escalar o allí donde se reunían las sombras. Parejas de guardias armados con lanzas y escudos patrullaban el perímetro. Cuando se acercó a un lugar que juzgó podía usarse para saltar el muro, un perro empezó a ladrar y pronto un coro de aullidos se unió a su voz. Con una maldición, Alecto se ocultó entre el brezo, alejándose de la muralla y volvió al bosque.

—¿Y bien? —le preguntó Caiside cuando se reunió con él.

—Se puede hacer —mintió Alecto—. Mañana, tendrás tu venganza y tu espada.

Cuando Caiside se durmió, Alecto se preguntó cómo podría convencerlo para volver junto a Aoife. Desde el principio, su viaje había sido una locura sin esperanza alguna de triunfo. Siempre lo había sabido. Y sin embargo allí estaban los dos. “Maldito criajo testarudo”, pensó, “no voy a poder hacerlo por las buenas”. No se veía capaz de arrastrarlo de vuelta durante todo el camino. Pero sabía que tendría que intentarlo. Era el hijo de Dídimo. Era el hijo de Ninian. No podía dejarlo solo. Giró la cabeza y lo observó durante unos segundos. Aunque tuviera que atarlo de pies y manos volvería con él. Y con ese último pensamiento, el sueño lo alcanzó al fin.

Cuando se despertó, Caiside ya no estaba junto a él. Del

poblado no llegaba ningún sonido. Ni gritos, ni ladridos, nada, solo silencio. Las puertas estaban abiertas. Alecto escupió al suelo. A su alrededor, se habían reunido de nuevo los fantasmas de todos aquellos a los que había matado. Pálidos, mudos, con sus ojos abiertos al duro aire. Alecto los saludó inclinando la cabeza y desayunó un poco de pan duro y unas gachas que bajó con la ayuda de unos tragos de cerveza. Después, salió del bosque y se dirigió directamente al pueblo.

Lo estaban esperando. Todos ellos. Hombres, mujeres y niños. Parecía que todo el clan se hubiera reunido allí. Formaban dos líneas paralelas, abriendo un camino hasta el centro del poblado. El aire olía a cuerpos sucios, hogueras y carne asada. Entró en el pueblo. Al principio solo lo miraban, en silencio, algunos sonreían, los más le hacían gestos con los dedos, maldiciéndole sin palabras. Una anciana, una bruja desdentada, cubierta de tinta azul de la cabeza a los pies fue la primera que se acercó a él. Le insultó en una sucia mezcla de latín y picto y le escupió al rostro. Alecto notó como la espesa flema le resbalaba por la cara. Ese fue el inicio de un torrente de insultos, de restos de comida arrojada, algunos le golpearon con sus manos en los muslos y el rostro. Otro se acercó y con un cuchillo de piedra le hizo un pequeño corte en el antebrazo. Alecto lanzó un sordo gruñido por el dolor pero siguió caminando hasta que llegó a la entrada de la casa principal.

Sentado en una silla curul, botín de algún afortunado saqueo, Donnach le estaba esperando. Junto a él, de rodillas, con una argolla sujeta a su cuello, Caiside miraba al suelo sin atreverse a levantar la vista.

—Mi plan era mejor —le dijo Alecto cuando estuvo lo bastante cerca para que pudiera oírle.

Caiside asintió y Donnach dio un tirón a la cadena que sujetaba su cuello como si manejara a un perro. Alecto lo miró y trató de controlar su ira. El picto era un hombre enorme. Un cráneo desproporcionado, lleno de bultos y hendiduras, se apoyaba sobre un cuello grueso y musculoso como el de un jabalí. Una cinta de tela, pegajosa por el sudor, separaba sus cabellos rojizos de la frente. En sus brazos, descomunales, nudosos, había tatuados dibujos laberínticos trazados con la tinta azul que era común en su pueblo. Sobre los baluartes de carne que eran sus rodillas descansaba la espada que Caiside tanto había deseado y en el suelo, a sus pies, yacía como un animal grotesco un escudo circular, lleno de muescas en la pintura de la madera, cicatrices de sus muchos combates.

—Te estaba esperando, romano —dijo Donnach en un latín lento y trabajado—. Sé que quieres retarme a duelo. Por supuesto, acepto. Aquí y ahora.

—Estás equivocado. No va a haber ningún duelo —contestó

Alecto en picto—. No voy a luchar contra ti. No me importa la espada ni lo que hicieras con mi hermano. Es agua pasada y no busco venganza. Solo he venido a por el chico. Puedo pagarte por él. Con moneda romana. Pon tu precio.

—Veo que no entiendes nada, romano. Aquí no funcionan las cosas como en el sur. Tu oro no vale nada. Tiene menos valor incluso que tus palabras.

—Déjanos marchar y te juro por mi Dios que no volverás a vernos. Ni a él, ni a mí. Dime qué es lo que quieres y lo tendrás. Pero no voy a luchar contra ti.

—No me interesa tu oferta, ni lo que puedas prometer. Supongo que tendré que avivar el fuego de tu alma para conseguir lo que quiero.

Donnach hizo un gesto hacia su izquierda. Alecto siguió con su mirada la dirección que le marcaba el picto. Había un cuerpo cubierto con una manta. Uno de los guerreros sujetó una de la esquinas de tela y tiró de ella. Alecto reprimió la tentación de correr hacia el cuerpo de Aoife. Ya no podía hacer nada por ella. Sus ojos, antes tan llenos de vida, lo miraban ahora con el vacío de la muerte. Una soga ceñía su cuello, marcas rojas destacando sobre la piel pálida.

—¿Eso era necesario? —murmuró Alecto. Y cuando vio que no le respondían elevó el tono—: ¿Eso era necesario?

—Te hubiera ayudado en el duelo con sus piedras y oraciones —dijo Donnach encogiéndose de hombros—. Tenía fama de ser muy poderosa. Podría haberla utilizado como sanadora, me hubiera venido muy bien. Pero ella te era fiel y, al final, he preferido que tuviéramos un combate limpio.

—Poderosa —repitió Alecto mientras se tocaba la frente con dedos temblorosos—. Solo eran piedras de colores. Solo eso. Aoife…

"Lo siento mucho", pensó Alecto mientras se acercaba al cuerpo de su compañera. Se arrodilló y acarició la fría mejilla de la mujer. Después, quitándole a un picto la manta, volvió a cubrir el cuerpo de Aoife con la tela manchada con sangre seca. "Otra vez he tomado la decisión equivocada. Ahora lo sé. Perdóname". Se volvió hacia Donnach que lo contemplaba con una mueca asomando en sus labios húmedos y gruesos como los belfos de un caballo.

—No importa —dijo Alecto tragando saliva—, lo hecho, hecho está. Y no se puede cambiar. Mi oferta por el chico sigue en pie.

—¿Pero de qué chico estás hablando todo el tiempo? —preguntó Donnach mirando teatralmente a un lado y a otro y de repente bajando la vista hacia Caiside, abriendo la boca en un gesto de sorpresa, dijo—: Ah, este chico —se rió y sus hombres rieron con él.

Donnach levantó a Caiside con un tirón de cadena. Rasgó la sucia túnica de su rehén con la espada. La tela cayó al suelo. Alecto

observó el cuerpo desnudo de Caiside. Una segunda tela blanca le cubría el pecho. Donnach volvió a usar su espada y esa tela cayó también al suelo revelando el secreto que ocultaba. Caiside se tapó los senos con un brazo mientras caía de rodillas.

Alecto contempló en silencio el cuerpo tembloroso de la muchacha y después preguntó con la voz ronca:

—¿Quién eres?

Caiside levantó la mirada y apretó los labios hasta convertirlos en una fina y pálida línea sin decir nada.

—¿Eres al menos su hija? —preguntó Alecto de nuevo— . ¿La hija de mi hermano? ¿La hija de Ninian?

Y entonces Caiside contestó por fin con una sola palabra que lo cambió todo:

—No.

CAPÍTULO IX

-LA CHICA SIN NOMBRE-

UNA HISTORIA DE TIEMPOS PASADOS

La esclava no tenía nombre.

No lo necesitaba.

Para todo el mundo era solo “la chica”.

Y siempre era “chica, ven aquí” o “chica, haz esto” o “chica, haz lo otro”. No había llegado a conocer a sus padres y, si lo había hecho, no conservaba ningún recuerdo de ellos atesorado en su memoria. Suponía que habían sido esclavos, como ella, aunque en ocasiones fantaseaba con la idea de que fueran reyes de la lejana isla que estaba hacia el oeste y que hubieran decidido protegerla de sus enemigos escondiéndola y que algún día volverían a buscarla como sucedía en los cuentos que le narraba Fial. Pero al final se daba cuenta de que aquellas ensoñaciones no eran más que deseos, tan irreales, frágiles y etéreos como un sueño que desapareciera con las primeras luces de la mañana. Aún así, una parte de ella mantenía una mínima esperanza de que ese relato de su mente fuera real.

Siempre había vivido en la casa de Drosten, el único hogar que había conocido era la pequeña cabaña de los esclavos, donde convivía con Fial, la esclava más anciana, otras dos chicas mayores que ella y dos hombres enjutos y de mirada esquiva que ayudaban al señor en el campo. No era una mala vida, siempre había escuchado de los otros esclavos que podía ser peor, que en el mundo había amos peores, más crueles, lobos con forma humana y encontraba cierto consuelo en esas experiencias que los demás esclavos contaban cuando se reunían alrededor del fuego. Al fin y al cabo, el señor la golpeaba en contadas ocasiones y, cuando eso ocurría, procuraba no hacerlo con demasiada intensidad, reteniendo la fuerza de su brazo.

Sus tareas no eran muy complicadas. Ayudaba a cocinar, a tejer y guardar el ganado. Cuando Drosten celebraba uno de sus banquetes, la chica servía comida y bebida a los guerreros y escuchaba en un rincón las historias de sus hazañas y, tras ellas, las discusiones sobre quién debía llevarse la parte del héroe del venado que había sido cazado por la mañana. Iba de mesa en mesa, saciando las necesidades de los invitados, y, en demasiadas ocasiones, su cabello y su túnica servían para que los comensales se limpiaran los dedos sucios de grasa y carne de cerdo.

Cuando cumplió los seis veranos le pusieron el collar de hierro.

Al principio, era demasiado pesado, incómodo, creía que no podría volver a caminar erguida o dormir alguna hora por la noche. Pero con el tiempo se acostumbró y dejó de notar su presencia, se convirtió en una parte más de su cuerpo y no le dio más importancia. Al fin y al cabo, las demás mujeres y hombres con los que compartía hogar también lo llevaban. Se fijó en lo viejo que parecía el metal, en la huella que había dejado el roce y el tiempo en la carne de los demás esclavos. La tarde en que se colocaron intentó jugar con el resto de niños de la casa de Drosten pero estos la rechazaron por primera vez, le dijeron que no podía volver a correr con ellos ni a participar de sus peleas ficticias contra romanos y saqueadores hibernos. Era diferente, era una esclava.

En primavera, uno de los hombres con los que compartía hogar la intentó violar. Gritó y lloró pero no podía librarse del peso y la fuerza con la que el hombre le sujetaba las muñecas mientras le derramaba al oído palabras húmedas y viscosas. El resto de las mujeres despertaron con sus gritos de ayuda y, sin dudarlo ni un instante, se echaron encima del agresor y lo golpearon con sus puños, le arrancaron trozos de mejillas con sus uñas y azotaron sus genitales con sus cintos hasta que sus testículos se tornaron de un color violáceo. Al oír el ruido de la lucha, Drosten entró en la cabaña y se encontró con un esclavo a punto de morir, otro sentado en un rincón sonriendo como un lobo, tres mujeres furiosas como un castigo divino y una niña que lloraba mientras trataba de tapar con una manta su carne desnuda.

Tragando saliva. Drosten llamó a Fial, su esclava de confianza para que le explicara lo que había sucedido. Esta se lo explicó sin ahorra ningún detalle. Drosten suspiró. Cuando era joven, Fial había sido su primer amor. Su padre había insistido que perdiera su virginidad y aprendiera cómo funcionaba su cuerpo y el de las mujeres con una de las esclavas y Fial había sido su elección. Aún la recordaba cómo había sido, su apasionada juventud, con su pelo castaño, sus ojos rasgados y su sonrisa, llena de vida y deseo. Pese a que habían pasado desde entonces tantas estaciones que eran demasiado numerosas para contarlas, y apenas quedaba ya el recuerdo de esa mujer en la esclava cansada y envejecida que tenía frente a él, Drosten no podía soportar la idea de decepcionarla, que pensara que no era un hombre de valor.

—Ha intentado violarla, mi señor —dijo Fial.

—Ya lo veo. Y casi lo matáis. Fial, necesito a todos mis esclavos. Lo sabes bien. Si este hombre muere…

—¿Qué harás, señor? ¿Nos azotarás a todas nosotras? ¿Nos castigarás por defender a una niña?

—No lo pongas más difícil, mujer. Sabes muy bien de qué estoy

hablando.

—Lo sé. Y lo siento, mi señor —se disculpó Fial inclinando levemente la cabeza—. Pero no he podido evitarlo. Es solo una cría. Me recuerda a mí, cuando tenía su edad. También un amo me violó cuando era muy joven. No quería que ella pasara por lo mismo.

Cuando mencionó la palabra "amo", la esclava miró con intensidad a los ojos de su señor. Drosten sabía que Fial siempre había servido en su casa y que los únicos amos que había tenido eran su padre y él. Un sabor amargo inundó la garganta del señor cuando pensó en su padre y en cómo miraba a las siervas más jóvenes.

—Entiendo lo que has hecho y no os castigaré por ello. Pero dentro de poco, antes de que te des cuenta, esa cría se convertirá en mujer. Y entonces no querré ni podré evitar que alguno de los hombres, bien estén en esta cabaña, o estén fuera de ella, decidan que desean tomarla.

—Tú fuiste más amable conmigo, mi señor —susurró Fial cogiéndole una mano y acariciando sus dedos— . A veces pienso que las cosas podrían haber sido diferentes.

Drosten bajó la cabeza y negó en silencio. Después, salió de la cabaña y se fue a su mansión en la colina. Se tumbó en la cama. Su joven esposa dormía. Era la tercera mujer que había desposado y como las anteriores no le estaba haciendo feliz. Se quedó despierto hasta que los primeros rayos de sol penetraron por la ventana del dormitorio, pensando en tiempos pasados, cuando aún era joven y parecía que el mundo era una fruta madura dispuesta a ser devorada.

A la mañana siguiente, ordenó que le cortaran la melena pelirroja a la chica y que lo hicieran cada tres semanas. Después, esperó a que el esclavo herido se recuperara y lo hizo azotar con una vara, veinte veces, y le dijo que desde ese día dormiría en las pocilgas. Después, se acercó a Fial y le recordó:

—Algún día, como ya te dije, no podré ni querré evitarlo. Algún día esta chica tendrá hijos que venderé o me quedaré, según mis necesidades. Recuerda, Fial, quién vive en la cima de la colina y quién no.

Fial asintió en silencio, inclinó la cabeza y besó los dedos de Drosten.

Pasaron los días, las estaciones se sucedieron en su monótona secuencia, una y otra vez, hasta que la chica sin nombre cumplió doce veranos. Y fue entonces, cuando el hijo mayor de Drosten se partió una pierna. Fue un accidente o, simplemente, que los dioses habían decidido que las cosas fueran de esa manera y no de otra. El muchacho había salido a cazar cerdos salvajes y su caballo pisó una madriguera de conejos, hundiendo la pezuña en el agujero. Sus compañeros de caza llevaron al hijo de Drosten en una parihuela

hecha con ramas de pino negro hasta el salón principal de la casa en la colina.

Cuando vio lo que había ocurrido, Drosten se mesó los cabellos, su gruesa lengua roja se paseaba por sus labios como un pequeño animal intranquilo. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer, estaba asustado. Su hijo tenía los ojos cerrados, su piel había adquirido el color del cielo de invierno y el hueso blanco y astillado asomaba entre la carne desgarrada de su muslo como un dedo grotesco.

—Deberíamos avisar a un druida —dijo Fial—. Esa pierna tiene muy mal aspecto.

— Están muy lejos de aquí. No llegarían a tiempo —Drosten entrecerró los ojos como si estuviera pensando—. El romano, el que vive en el valle. ¿No curó el año pasado a una de las vacas de Drust, la que se rompió una pezuña? Manda a uno de los esclavos a buscarlo. Que lo traiga enseguida.

—Una vaca no es un ser humano, mi señor.

—Me da igual. Haz lo que te digo, Fial, ya.

Era casi mediodía cuando el romano entró en la casa de Drosten. Se dirigió directamente a la mesa donde habían colocado el cuerpo del joven. Examinó la herida durante unos instantes y luego dirigiéndose a Drosten le dijo:

—Trae a tus dos hombres más fuertes. Lo que voy a hacer va a dolerle mucho. Necesito que lo sujeten.

—¿Vivirá?

—Haré lo que pueda. Pero si consigue sobrevivir es casi seguro que cojeará el resto de su vida.

—Con eso me vale, romano, con eso me vale —musitó Drosten — . Chica, ven aquí. Obedece a este hombre en todo lo que te ordene. Voy a buscar a dos de mis criados. Enseguida vuelvo.

Se quedaron solos en la sala el muchacho herido, el romano y la chica. Esta observó que el romano la miraba fijamente a los ojos con los labios entreabiertos y una profunda arruga deformando su frente.

—Necesitaré agua fresca —le dijo el romano acercándose a ella —. Y unos trapos limpios. Y dos astas de lanza y un hacha pequeña.

—Ahora mismo, mi señor —contestó la chica.

Trajo todo lo que le había pedido el hombre. Lo miró mientras medía las lanzas con su antebrazo y después las cortaba con su hacha.

—Esas son las lanzas favoritas del señor —dijo la chica.

—Podrá comprarse otras, no te preocupes.

Drosten regresó con sus dos criados. Miró durante unos instantes sus lanzas rotas y dejó escapar un silbido entres sus dientes pero no dijo nada.

—Sujetadlo bien que no se mueva —les dijo el romano a los criados—. Tengo que colocarle el hueso. Quizás deberías salir de aquí, chica.

—No, me quedo. Por si necesitas algo más, mi señor.

—Como quieras —le contestó el romano mientras una sonrisa aparecía en su rostro—. De acuerdo, vamos a empezar con esto.

Cinco horas más tarde, el hijo de Drosten comía una sopa caliente. Aún estaba pálido y le costaba hablar pero parecía que la fiebre había remitido hasta casi desaparecer.

—Creo que estará bien —le dijo el romano a Drosten—. Quizás tendrás que impedir que se mueva cuando se encuentre mejor y tenga ganas de salir de nuevo a cazar pero creo que lo peor ya ha pasado.

—Te agradezco lo que has hecho —dijo Drosten posando su mano sobre el hombro del romano—. Pide cualquier cosa que esté en esta habitación y será tuya.

—No es necesario…

—No me insultes, romano. Llevas mucho tiempo entre nosotros y sabes cuáles son nuestras costumbre. Acepta mi regalo. Escoge.

El romano suspiró, dirigió su mirada hacia las paredes donde había escudos, espadas y cabezas cortadas de enemigos cuyo nombre hacía tiempo se había olvidado y que ahora solo eran cráneos descarnados. Valoró los torques, pesados y gruesos, que llevaban Drosten y sus hombres. Y estaba a punto de solicitar un brazalete, aunque en realidad no lo quería ni lo necesitaba, cuando la chica apareció de nuevo en la sala. Llevaba una pequeña bandeja con una copa de arcilla rebosante de vino caliente especiado que acercó hasta donde yacía el muchacho. El romano la miró acercarle el borde de la copa a los labios e inclinarla para que el líquido empezara a tocar la punta de su lengua.

—Esa esclava. La muchacha. Eso es lo que quiero de tu casa como regalo por haber salvado a tu hijo.

Drosten lo miró durante unos segundos y asintió con un gruñido. Ya imaginaba que iba a tener un problema con Fial cuando le explicara que le había entregado la muchacha a ese hombre pero no podía retirar su oferta, ni poner excusas.

—Chica, ven aquí —cuando ella se acercó, su amo le acarició por primera vez en toda su vida, sus dedos llenos de callos y heridas cicatrizadas recorrieron con delicadeza la dulce mejilla de la chica y, a continuación, le dijo con un tono de voz suave, casi cariñoso—: Ahora este hombre es tu amo y señor. Obedécele en todo lo que te mande. Su casa será tu casa, desde este momento y hasta que él lo considere.

Más tarde, la chica recogió sus pocas pertenencias en un hato, abrazó a una llorosa Fial y a las otras esclavas y salió corriendo detrás de su nuevo amo que ya subía la colina que lo alejaba de la casa de

Drosten. Caminaron durante un buen rato hasta que el romano se detuvo, abrió su cantimplora y bebió un buen trago de agua. Después, se la cedió a la chica que bebió con fruición. Cuando terminó se la devolvió a su propietario y musitó un tímido "gracias". El romano la observaba, otra vez, como si quisiera memorizar cada pequeño detalle que se mostraba en el rostro de la esclava.

—¿No te han dicho nunca que tienes un color de ojos muy peculiar? —le preguntó él de repente.

—Pues no. O si lo han hecho no lo recuerdo. ¿Por qué son peculiares?

—Tienen el color de la luna. Una vez conocí a alguien que tenía ese mismo color de ojos. Mi esposa.

—¿Estáis casado, amo?

—No. Ella murió. Hace tiempo. Y no me llames amo. No soy amo de nada, ni nadie.

— Pero el amo Drosten dijo…

—Oh, basta ya con esto. Ven aquí.

La chica se acercó al romano. Este manipuló durante unos instantes el collar que cernía el cuello de la esclava. Se escuchó un clic y el collar se abrió. Con un gesto, el romano lo arrojó a un lado del camino hacia la maleza. La chica movió el cuello de derecha a izquierda, el peso del metal había desparecido pero se sentía desnuda sin él, casi lo añoraba.

—Muy bien, pues ya está hecho. Eres libre. Puedes hace lo que quieras —dijo el romano.

—¿Libre? Pero… ¿Qué significa eso?

—Que puedes volver con tu familia, con tu pueblo, o ir donde te lleven tus pasos.

—No tengo familia, ni pueblo. Nací esclava y nunca conocí a mis padres. Mi única casa ha sido el barracón de esclavos. No sabría donde ir. ¿Por qué no puedo ir contigo? Sé coser, cocinar, cuidar de los animales, plantar cosas no se me da tan bien pero aprendo rápido y cuando lo hago soy tan buena como el mejor que pueda haber.

—Espera un momento —dijo el romano—. No digo que no puedas venir conmigo si es lo que deseas. Y lo cierto es que me vendría bien alguien como tú, pero no serías una esclava. No tendrías que llamarme amo y si algún día decides irte podrás hacerlo sin mirar atrás. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces nos vamos a casa. Por cierto, mi nombre es Dídimo. ¿Cómo te llamas?

— No tengo nombre.

—¿No tienes nombre? ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé —la chica se encogió de hombros—. Supongo que

nadie pensó en uno y todo el mundo me llamaba “chica”. ¿Es importante tener uno?

—Supongo que sí. Pensaremos como resolver eso más tarde, ¿de acuerdo? Ahora vamos, aún tenemos un buen trecho que recorrer antes de que lleguemos a tu nuevo hogar.

La chica no había mentido. Era hábil con la aguja, sabía tratar a los animales y sus guisos estaban tan buenos que, de acuerdo con la valoración de Dídimo, podrían haberse servido en la mesa del emperador, algo que siempre hacía reír a la antigua esclava que no sabía quién era ese tal emperador al que Dídimo trataba con tanto respeto que parecía que fuera su siervo. Trabajaban de sol a sol, porque siempre había algo que hacer en la granja. Cuando anochecía, cenaban junto a la hoguera y ella le contaba siempre historias sobre Cuculain, Scatha y otros héroes y heroínas sobre los que Dídimo jamás había oído hablar.

—Sabes muchos relatos sobre esa gente —le dijo una noche el romano una vez que la chica había terminado de narrar la muerte de Cuculain.

—Son los que contaban los guerreros en los banquetes. Me gustaba escucharlos. ¿No tenéis vosotros historias así en el sur?

—Sí, y no tan diferentes a las tuyas.

—Me gustaría escucharlas. Vamos, aún es temprano, cuéntame alguna.

—Bueno, te hablaré sobre la cólera de Aquiles.

Y desde aquella noche, Dídimo le narró la Ilíada, con pequeñas variaciones, a una chica que lo escuchaba con esos extraños ojos fijos en el movimiento de su boca y las palabras que brotaban de ella como si estuvieran dibujadas en el aire.

A veces acudían al mercado de Trapain. Allí, mientras Dídimo trataba de vender los excedentes de la granja, la chica se escapaba para ver el entrenamiento de los hijos e hijas de los nobles. Peleaban todos juntos con espadas de madera y escudos ligeros, arrojaban lanzas a peleles hechos con paja y tela, practicaban con la honda y ejercitaban sus cuerpos en las luchas sin armas. De entre todos ellos, destacaba uno. Un joven rubio, de brazos nervudos, piernas largas y piel pálida como un sueño. La chica no conocía su nombre, en su imaginación le había puesto de nombre Héctor, su héroe favorito de la Ilíada. A veces, soñaba con la posibilidad de ser desposada por ese joven guerrero que le traería como regalo de boda los torques y brazaletes de los enemigos que hubiera derrotado en combate. Y al dejar que esas imágenes y sueños invadieran su mente no podía evitar que una sonrisa apareciera en su rostro.

— Otra vez te has escapado —le recriminó Dídimo cuando volvía a casa—. Me he tenido que encargar de todo. Y ya sabes, que

pese todos los años que han pasado desde que llegué aquí, para esa gente sigo siendo el romano con todo lo que eso significa.

—Es que eres romano.

—Oh, muy bien, tú también. ¿Dónde has estado todo el tiempo, por cierto?

—Por ahí.

—En el campo de entrenamiento, ¿verdad? ¿Te gustaría ser una guerrera? ¿Matar gente?

—Sí… No sé. Lo cierto es que nunca he cogido una espada, ni una lanza. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Alguna vez he tenido la ocasión de blandir una espada, sí.

—¿Y qué se siente? —preguntó la chica.

— Miedo. Siempre que tuve que empuñarla sentí miedo. No me sentía poderoso, ni seguro. No era un héroe como los que tienes en la cabeza. Cuando la desenfundaba era porque tenía enfrente a otro guerrero que también tenía una espada o una lanza o, a veces, simplemente una piedra bastante gruesa. Y tenía miedo de que aquella vez fuera la última. Que me mataran y que todo terminara entonces.

—Pero no te mataron.

—Como es obvio o estarías hablando con un fantasma.

—Entonces eras un gran guerrero, venciste a todos tus enemigos.

—No, era un guerrero desesperado por salir vivo. Mi hermano era un buen luchador, quizás el mejor que he visto. Y le gustaba su trabajo, lo que siempre es un aliciente.

—No sabía que tuvieras un hermano —dijo la chica—. Nunca has hablado de él.

—Las cosas no fueron bien entre nosotros. A veces pasan esas cosas entre hermanos. Y no me apetece hablar mucho sobre lo que ocurrió pero te prometo que algún día te contaré alguna historia sobre él, por ejemplo cómo conseguimos a nuestro perro. Creo que es el tipo de relato que te gustaría escuchar.

Aquella noche, Dídimo estuvo más callado de lo habitual. Pese a que la chica le insistió para que continuara la historia de Aquiles, el romano se resistió a hacerlo. Su mirada estaba atrapada por el fuego que crepitaba en la chimenea, hipnotizado con la danza de las llamas. De repente, se levantó de su pequeño taburete y se dirigió a su camastro. Lo apartó a un lado. Se agachó y empezó a levantar las tablas del suelo. La chica lo miraba con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados. Dídimo había hecho un pequeño hueco en el suelo y metió una mano en su interior. Después de buscar durante unos instantes sacó un paquete envuelto en una tela amarillenta y raída. Con un gesto lento, casi solemne dejó a un lado la tela y descubrió la brillante hoja de una espada. Se acercó de nuevo a la chimenea y se

sentó en el taburete colocando la espada sobre sus rodillas. La chica acercó los dedos para tocar la superficie azul del arma.

—No hagas eso. Aún está muy afilada.

Pero la chica no le escuchó. Se había enamorado de esa forma perfecta y ahusada. Su carne tocó el metal. Al instante retiró los dedos y se llevó uno a la boca. Se había cortado. Una gota de sangre manchó la hoja como el beso olvidado de un amante.

—Nunca escuchas —dijo Dídimo mientras movía la cabeza disgustado— . Podrías haber perdido los dedos, ¿sabes? Esta es la espada de mi familia. La tuvo mi abuelo. Y su padre antes que él. Cuando mi hermano y yo perdimos todo lo demás, esto fue lo único que conservamos de mi familia, nuestra única herencia. ¿Mira ves las letras en la hoja? Caesaris —leyó Dídimo mientras sin tocar la hoja dibujaba las palabras en el aire—. Era la espada de un César, de un emperador.

—Es maravillosa.

—Sí, y terrible. Era la espada de mi hermano. Era el mayor y era justo que él la empuñara.

—¿Y cómo es que la tienes ahora tú?

—Sucedió algo. Estuve a punto de matarlo con esta misma espada. Por eso vine a este lado del muro. No podía confiar que si tuviera de nuevo ocasión no le clavara la hoja en el pecho o que él me la clavara a mí. Y, pese a todo, sigue siendo mi hermano.

—No entiendo lo que me estás diciendo.

—Son cosas de familia. Quizás algún día te cuente todo lo que pasó. Pero hoy no. Voy a guardar mi espada.

—¿Me enseñarás a pelear con ella? —preguntó la chica con un tono de voz que mezclaba un entusiasmo mal disimulado con una pequeña parte de deseo desesperado.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque si lo hago te sentirás poderosa, invencible, creerás que puedes conquistar el mundo empuñando una espada. Y eso no sería verdad. Y te llevaría a tu propia destrucción. Te quiero demasiado como para ayudar a que ese posible destino se haga realidad.

La chica no durmió esa noche. Se sentía furiosa y decepcionada y no se dio cuenta hasta muy tarde que por primera vez en toda su vida alguien le había dicho que la quería.

Llegó la primavera, lluviosa, gris, con escasos días de sol. Y siguió un verano triste, de nieblas matinales y tardes de luz blanca. El trabajo en la granja absorbía casi todo el tiempo de la chica. No había vuelto a insistir en su deseo de aprender el arte de la espada. Empezaba a conocer el carácter de Dídimo, sabía que a veces, en muy

pocas ocasiones, podía hacer que cambiara de opinión si la chica derramaba un poco de miel en su oído y trazaba una sonrisa de encanto en sus labios. Pero también se había dado cuenta de que en otros momentos eso no funcionaría: el tono que adquiría la voz de Dídimo, la forma en la que sus ojos la miraban, cómo enseñaba los dientes, apenas un atisbo blanco, como si se convirtiera en una fiera herida. Cuando hacía todo eso, la chica sabía que sería imposible moverlo de su posición. Y con la espada había sucedido justo eso. Así que quizás tendría que asumir que nunca le enseñaría a empuñarla.

—Ven, tenemos que ir a un sitio —le dijo una mañana Dídimo.

Se encaminaron hacia el bosque que rodeaba su pequeña granja. Dídimo caminaba por delante, guiándola, su paso tenía un ritmo cansado, su cuerpo se encorvaba hacia delante, formando una pequeña curva, como si portara una mochila invisible sobre su espalda. Hacía días que la chica había notado que tenía que sentarse más a menudo de lo habitual, que le faltaba la respiración con cada pequeño esfuerzo que realizaba. Por las noches, su sueño era agitado, inquieto, hablaba con alguien llamado Alecto, a veces gritaba un nombre una y otra vez, Ninian, Ninian. La chica no sabía quiénes eran los protagonistas de sus pesadillas y por la mañana nunca se atrevía a preguntarlo.

Llegaron a un pequeño claro lleno de flores rojas y amarillas. Un arroyo de aguas tranquilas lo cruzaba perezoso mientras abejas rollizas volaban de un lado a otro del prado. Había dos piedras verticales en mitad del campo de flores. Se acercaron a ellas. Dídimo se arrodilló, su mano sobre la gris y dura superficie de la roca. La chica pudo ver que alguien había tallado letras romanas sobre las piedras. Ella no sabía leerlas y miró a Dídimo esperando que él lo hiciera en voz alta.

—Aquí están enterrados mi corazón y mi alma —le explicó con voz ronca—. Aquí, Ninian, mi esposa y esa de ahí es para Caiside, mi pequeño.

—No sabía que habías tenido un hijo.

—Murió cuando tenía seis años. Fiebres. No se pudo hacer nada. Ella, mi amor, su madre, simplemente dejó de comer y, poco a poco, se marchitó sin que nada de lo que yo pudiera hacer o decir pudiera impedir su deseo de acabar con su dolor. Si hubiéramos estado al otro lado del muro, en el sur, hubiera contratado al mejor tallador de tumbas, uno que habría esculpido sus imágenes para que todo el mundo pudiera ver lo que yo había perdido. Pero claro está, aquí, en esta tierra, solo pude grabar sus nombres en la roca para decirle a todo el que pasara por aquí que, una vez, alguien había amado a esta mujer, a este niño y que siempre los guardaría en su memoria. Hasta el final de sus días.

Se quedaron en silencio, sentados juntos, mirando las tumbas mientras en el cielo navegaban nubes hechas de luz. De repente, ella le cogió la mano y cruzando sus dedos con los de Dídimo le dijo:

—¿Podría llamarme Caiside?

CAPÍTULO X

-EL DUELO-

—No —repitió Caiside—. No era su hija.

—¿Quién eres entonces?

Pero la chica no respondió, bajó la cabeza, y fijó su mirada en la tierra como si estuviera buscando en los charcos de agua sucia algo perdido hace tiempo.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Alecto—. Deberías haberme contado la verdad. Hubiera sido lo justo.

—¿Me habrías buscado entonces si la hubieras conocido? —musitó ella— ¿Habrías venido hasta aquí, hasta este lugar, por mí? —Caiside negó con la cabeza y aguantando las lágrimas musitó—: Soy una esclava. O lo era hasta que él me liberó. Y me convirtió en su hija. Y él fue mi padre. Así fueron las cosas. En eso no te he mentido.

—Sí, supongo que era propio de mi hermano hacer eso, pequeña. Puedo adivinar por qué te cogió tanto cariño —contestó Alecto mientras sonreía al recordar a Dídimo. Con suavidad, posó una mano en la cabeza de la muchacha y acarició las cortas guedejas de su cabello rojo como un fuego de verano. A continuación, dirigiéndose a Donnach volvió a decir—: Esto no cambia nada. Mi oferta sigue en pie. Te daré lo que pidas si dejas que nos marchemos. No vas a ganar nada con nuestras muertes, piensa en ello. Yo soy solo un soldado perdido y ella es una chica que no puede hacer daño a nadie. No vas a ser más grande, ni más poderoso si nuestros cuerpos quedan en el barro, picto.

—Ya te he dicho que tu oferta no vale nada. Tus monedas son barro para mí. Aquí se paga el precio del hierro y la sangre. Lucharemos. Para eso has venido hasta aquí desde el muro. Si ganas, la espada, tu vida y la de la chica son tuyas. Si pierdes, me quedo con la espada, tu cabeza adornará el dintel de la puerta de mi salón y ella… Bueno, ella abandonó a su pueblo y trajo a un romano hasta aquí mostrándole los caminos entre las colinas. Muchos quieren su muerte pero no voy a escucharles —al ver la cara de sorpresa que ponía Alecto, el picto levantó una mano y continuó hablando—: Seré generoso y la dejaré con vida. Pero debo castigarla. Volverá a ser una esclava y se la entregaré a mis hombres para que hagan con ella lo que quieran. Si no peleas os mataré a los dos, ahora mismo. A ella en primer lugar para que la veas morir de la manera más dolorosa posible. ¿Y bien, romano, qué eliges?

Alecto seguía mirando a Caiside. No había llorado ni una sola

vez, aún de rodillas y desnuda, indefensa como la chiquilla que era, su rostro no mostraba temor. No pudo evitar sentir un pequeño ramalazo de orgullo y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Perdí mis armas en un río —dijo sin mirar a Donnach—. Necesitaré un escudo y una espada.

Donnach hizo un gesto y uno de sus hombres se adelantó y arrojó las armas que había solicitado Alecto al suelo. Como si hubieran recibido una orden silenciosa, la masa de pictos se apartó y formó un círculo de carne alrededor de los dos hombres. Alecto desenvainó la espada, acuchilló el aire media docena de veces comprobando el equilibrio de la hoja y pasó un dedo por el filo, después embrazó el escudo y lo levantó para acostumbrarse a su peso. Por último, tocando la señal de su frente, rezó una breve oración a su dios: "Mitra, mi único señor, te ruego fuerza para mi brazo y que mi espada no se quiebre, que no se rompa mi escudo y que este acero devore la carne de este picto y beba de su sangre hasta saciarse. Concédeme esto, señor".

Donnach lo había estado observando en silencio. Asintió cuando vio que Alecto había terminado sus preparativos, se despojó sin prisas de su túnica y su capa quedando desnudo. El helado aire de la mañana mordió su piel y le hizo sonreír. A continuación, recogió su propio escudo y, mirando a Caiside, extrajo de su vaina la espada que la muchacha había venido a buscar. La hoja lanzaba destellos de plata, como si absorbiera la tímida luz del sol. Por último, entró en el círculo del duelo y adoptó una posición de guardia. Alecto lo imitó, el escudo levantado hasta la altura de los ojos, la hoja de la espada apoyada en su borde. Ambos hombres se contemplaron durante unos segundos, como reflejos perversos, y de repente se lanzaron el uno contra el otro.

Los umbos de sus escudos se besaron con fuerza. Donnach era más pesado y empujó con toda la masa de su cuerpo, intentando desequilibrar a Alecto. El romano resistió el embate, apoyó con firmeza los pies en el suelo y levantando el brazo trató de alcanzar el rostro de Donnach con su espada. Donnach esquivó el filo echando hacia atrás la cabeza pero no fue lo bastante rápido y el metal alcanzó su mejilla hiriendo su carne, abriendo una herida de la que empezó a brotar sangre. Alecto notó que la presión de Donnach sobre su escudo flaqueó y lanzó un nuevo ataque, esta vez a los pies de su rival. Donnach dio un pequeño salto esquivando la embestida y aprovechando el impulso dejó caer la espada sobre el escudo de Alecto. El golpe desequilibró al romano que cayó hacia atrás, resbalando en uno de los charcos que se acumulaban en la plaza.

Girando sobre sí mismo, el romano se levantó con rapidez y aguantó una nueva embestida del escudo de Donnach. Durante unos

instantes, se empujaron mutuamente, sin usar las espadas, toda su fuerza concentrada en ganar unos centímetros de terreno, en desequilibrar a su rival. Alecto empezaba a notar cómo le pesaban los brazos, su respiración se había acelerado, no le llegaba el aire y su corazón era un animal desbocado intentando escapar de la jaula de su pecho. Esperaba haber resuelto el combate rápidamente, con un golpe afortunado, pero su rival más joven, con más aguante, estaba jugando con él, como un gato que tuviera atrapado un ratón, solo estaba agotándolo para dar el golpe final. Donnach, notando que la resistencia de Alecto flaqueaba, sonrió desde la protección de su escudo y avanzó un paso, empujando con fuerza al romano que no pudo evitar retroceder poco a poco.

"No voy a aguantar mucho más", pensó Alecto, "míralo ni siquiera está sudando. Me va a matar. Es más fuerte, más rápido, es todo lo que yo no soy y lo que desearía que él no fuera. Si tan solo tuviera un poco de fortuna, si tan solo pudiera… espera, ahí, un hueco en su defensa, es ahora o nunca. Vamos, un última golpe y se acabó… ¿Lo he alcanzado? No, se sigue moviendo. ¿Por qué sonríe? Un momento, este dolor… Mi mano… ¿Y eso que está en el suelo? ¿Es mi espada? Mis dedos, Mitra, mis dedos… ya no están… como duele… Me los ha cortado…cuanto pesa este escudo…¿Dónde está ella? Ahí… Oh, niña, lo siento, lo siento tanto…"

Alecto sujetando su mano mutilada contra su pecho, con su túnica cubierta de sangre, se alejó de Donnach y, cayendo de rodillas, le dijo a Caiside:

—Tienes los ojos de Ninian…

Donnach atacó el cuello de Alecto con la espada de su familia. El primer golpe no lo decapitó. Fue el segundo el que por fin cortó el hueso y el músculo. Caiside lanzó un grito de angustia y se arrojó al suelo empezando a cubrir su cabello con la tierra manchada con la sangre de Alecto. Donnach agarró la cabeza cercenada por el cuero cabelludo y la levantó mostrándosela a su pueblo que lo recibió con un grito de alegría y triunfo. Después la envolvió en una capa y se la entregó al druida para que la preparara. Iba a ser una buena adquisición para su colección.

Miró por última vez a Caiside. Por un momento sintió la tentación de ir junto a ella, de consolarla. Una parte de él, no soportaba la idea de verla sufrir. Pero sabía que todo el mundo lo estaba mirando, que esperaban que se comportara como el hombre, como el líder, que se suponía que debía ser. Y había sacrificado tantas cosas para llegar hasta donde estaba que una más no supondría ninguna diferencia. Así que, acallando a su corazón, hizo un gesto a sus hombres para que se la llevaran y después se dirigió a su casa. Le estaban esperando para el desayuno.

CAPÍTULO XI

-LA CANCIÓN DE LA ESPADA-

UNA HISTORIA DE TIEMPOS PASADOS

1— UNA MANCHA EN LA NIEVE

El bebé no llora.

Maeve respira hondo. Levanta la mano y golpea las pequeñas y rojas nalgas del recién nacido. No llora. Ni un solo sonido escapa de su garganta. Golpea de nuevo. Nada. “Esto no va bien”, piensa Maeve que ha estado en el suficiente número de partos en sus cincuenta inviernos de vida como para evitar caer en el pánico y la desesperación. Aunque ha de reconocer que motivos no le faltan para ello.

El niño ha llegado empapado en sangre, cada poro de su piel está teñido de un rojo intenso. Sus tías y primas al verlo han dibujado en el aire palabras invisibles para alejar el mal de ojo. Maeve desprecia esas supersticiones pese a que cada vez que tiene que acudir a un parto se pasa una pluma de oca por los dedos diez veces. La madre grita de nuevo. Está tumbada sobre una mesa. Se retuerce de dolor, como si aún no hubiera dado a luz. Sus muslos están cubiertos de sangre y de su vagina mana un pequeño arroyo rojo que llega hasta el borde de la mesa y cae al suelo cubierto de paja como si fuera una pequeña cascada escarlata. “Esto no va bien”, piensa de nuevo Maeve, “tanta sangre”. Tiene que tomar una decisión. Sabe que no va a poder salvarlos a los dos. Ignorando las suplicas de la madre, coge al niño en sus brazos y sale de la cabaña.

En el exterior, sigue nevando. Lo ha hecho durante los últimos tres días. Una nieve de color gris, sucia. Allá donde mire Maeve, el manto blanco se extiende por la colinas y los campos yermos. Nunca le ha gustado el invierno. Y menos ahora, cuando el frío parece haberse instalado en sus huesos como una dolorosa escarcha. “Es horrible hacerse vieja”, medita brevemente mientras deja al niño desnudo sobre la nieve helada. Luego, coge un puñado blanco y frío y lo pasa por el pecho del recién nacido, limpiando un poco la costra roja que lo cubre como una segunda piel. Repite la acción una y otra vez.

Primero, se mueve el pequeño pie derecho del bebe, apenas un espasmo. Después, le sigue la pierna. La boca del niño se abre, una diminuta mancha oscura rodeada de rojo. Al principio, boquea,

buscando aire, después sus labios dejan escapar un largo y doloroso llanto que hace sonreír a Maeve. “Cada vida es una victoria, pequeño, llora, más fuerte, llora”, le susurra la partera mientras lo coge en brazos y lo aprieta contra su delgado pecho. “He perdido a muchos niños, demasiados, pero a ti no te voy a perder, hoy no”. Con un suspiro, Maeve vuelve a entrar en la cabaña. Sobre la nieve ha quedado una mancha roja que crece poco a poco, como un imperio hecho de sangre en un mapa.

La madre se muere. Sus labios, pálidos, se mueven pero ningún sonido brota ya de ellos. Su piel está cubierta de pequeñas gotas de sudor. Un olor espantoso cubre la sala como si un viento pegajoso y amarillo se hubiera colado por una de las ventanas. La partera deja al niño en brazos de una de sus tías. Con cuidado, palpa con sus dedos el interior de la mujer. Nota una fría humedad y, después, una herida en la carne. Antes de que pueda hacer nada, la mujer deja de respirar. Sus ojos, aún velados por el dolor y la desesperación, miran ciegos al techo lleno de grietas y muescas de la cabaña. Un fino hilo de sangre resbala de la comisura de su boca.

Maeve se limpia las manos con un paño y le cierra los ojos. Las hermanas de la mujer han empezado a llorar acompañando el llanto del recién nacido. El padre del niño está sentado en el suelo, en un rincón. Durante todo el parto no ha hecho nada, no ha dicho ni una palabra, ni siquiera ha movido un solo músculo de su rostro, se ha limitado a mirar con ojos bovinos cómo Maeve y las hermanas hacían todo el trabajo. La partera recupera al niño de los brazos de sus tías y se acerca a su padre, mostrándoselo.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta Maeve.

El padre lo mira durante unos instantes y susurra entre dientes:

— Donnach, como su abuelo.

Y después se inclina sobre su estómago y vomita en el suelo de la cabaña.

2— EL LOBO DE MADERA

El fian de Dungal llega al atardecer a la granja. Media docena de hombres de armas y una veintena de criados y vasallos. Dungal es un hombre enorme, de brazos del tamaño de troncos, donde se acumulan decenas de brazaletes gruesos como dedos. Un enorme bigote de color negro veteado de plata cubre sus labios. Le faltan casi todos sus dientes, los perdió cuando la maza de un *attacotti* le rompió la mandíbula cuando era un crío que apenas podía sostener una lanza. Cuando sonríe, algo que no hace a menudo, es como si te enseñara el lienzo derruido de una muralla.

El granjero les ha ofrecido queso, huevos, restos de tocino y la poca cerveza que tenía. Dungal le ha pagado con unas monedas de bronce romanas, restos de una incursión ya olvidada al otro lado del muro. Está sorbiendo un huevo cuando ve aparecer al muchacho. Trae una docena de cabras delante de él, guiándolas con su cayado. Incluso en la distancia, Dungal puede valorar la estatura del chico.

— ¿Quién es? —le pregunta al granjero arrojando la cáscara vacía de un huevo a un lado.

—Mi hijo —contesta el hombre frunciendo los labios.

—Es muy alto. ¿Cuántos veranos tiene?

—Quince.

—Quince —repite Dungal mesándose el bigote— . ¿Ha peleado alguna vez? ¿Ha recibido entrenamiento?

—Somos granjeros, señor. Solo eso.

—Necesito gente como él. Dentro de unos años, cuando termine de crecer, infundirá terror a cualquiera que sea tan necio como para hacerle frente. Me lo llevo. ¿Cuánto quieres por él?

El granjero lo mira durante unos instantes, parpadea confuso y dice:

—Lo que consideres oportuno, señor.

Dungal se quita uno de los brazaletes de su brazo y lo arroja al granjero. Este se queda mirando el oro y traga saliva.

—Mató a su madre, a mi esposa, al nacer, ¿sabéis?

—¿Y eso debería importarme? ¿Cómo se llama?

Dungal se dirige hacia el establo donde el chico está encerrando a las cabras.

— Donnach, ese es tu nombre, ¿verdad? Coge tus cosas. Tu padre te ha vendido a mi *fian*. Ahora eres parte de mi grupo. Vendrás con nosotros.

—No entiendo —balbucea el muchacho—. Esta es mi casa. Yo no quiero ir a ninguna parte.

—Y yo no quiero que me duela la polla cuando meo y sin embargo es lo que me pasa. Mira, chico, puedes venir andando conmigo o puedo hacer que te encadenen y arrastrarte detrás de mi caballo. ¿Qué eliges?

Donnach se incorpora al *fian* cuando este abandona la granja. Aún confuso, vuelve la cabeza y dirige su mirada hacia lo que hasta entonces había sido su hogar. Su padre está junto a la puerta de la cabaña, con la cabeza baja, contemplando algo que tiene entre sus manos pero enseguida entra dentro de la casa y cierra la puerta.

Esa primera noche, Donnach la pasa alejado del grupo, solo. No soporta sus risas escandalosas, ni las sangrientas y absurdas historias que cuentan mientras trasiegan una jarra de cerveza tras otra. Echa de menos su cama, el olor que queda en la chimenea cuando se apaga la

última brasa, piensa en sus cabras, su padre no sabe encontrar pastos, se morirán de hambre. Intenta no llorar. De su bolsa extrae una pequeña figura. Siempre le ha gustado tallar la madera. Ahora está convirtiendo un pequeño tocón en un lobo de pelo erizado y expresión fiera. Está tallando la cola del animal cuando media docena de hombres se le echan encima. Le golpean con las astas de sus lanzas y pisotean su cabeza y costillas. Dungal se acerca y la paliza termina. Recoge el pequeño lobo de madera, le da varias vueltas en sus dedos enormes y después lo arroja a la oscuridad del bosque.

— Lo que ha pasado es solo una pequeña muestra de lo que ocurrirá si tienes la extraña idea de querer volver a tu casa, o si te escapas a cualquier otro lugar o si en mitad de una batalla decides que has tenido suficiente y abandonas a su suerte a tus camaradas — dice Dungal— . No te podrás esconder de mí, chico. Ya tengo tu olor y puedo seguir tu rastro como un sabueso. Tarde o temprano, te encontraría y créeme cuando te digo que en ese momento desearás no haberte ido. Haz lo que yo te diga, obedéceme y tendrás más brazaletes de oro de los que podrías soñar. La elección es fácil, hijo. Creo que detrás de esa expresión bovina hay una mente curiosa y afilada que sabrá elegir lo correcto. Ah, y nada de tallar figuritas, ya no eres un niño. Si te veo volver a hacerlo te romperé los dedos uno a uno. Y ahora, deja de llorar de una puta vez.

3— LA LANZA ROTA

Suenan los cuernos, se levantan los estandartes, las espadas y las lanzas golpean los bordes de los escudos. Los clanes rivales se arrojan insultos como si fueran piedras. Algunos campeones emergen de las filas adentrándose en tierra de nadie. Desde allí, lanzan sus desafíos que son respondidos de inmediato por otros hombres. Duelos individuales que solo terminan cuando uno de los contendientes yace muerto en el húmedo y frío suelo del valle. El *fian* de Dungal está allí, contratado por uno de los clanes. No les importa quién tiene la razón o si su causa justa. Les pagan por estar allí y matar y morir. Y eso es lo que van a hacer.

—Tu primera batalla, muchacho —le dice a Donnach—. Tienes una lanza. Úsala. No me decepciones. Y recuerda: no te atrevas a huir.

Los dos clanes se mueven a la vez, como si obedecieran una orden silenciosa. Donnach se ve empujado por la multitud de hombres que le rodea. Siente que está cautivo de una corriente hecha de carne y metal de la que no puede escapar. Así que la sigue sin oponerse. Cuando los dos clanes chocan se escucha un tremendo rugido como el que hubiera escapado de la garganta de un gigante. Donnach se encuentra frente a un rostro que le enseña los dientes, ve un hacha levantarse y entonces mueve su lanza hacia delante. Nota una breve

resistencia en el pecho de su rival y después empuja con más fuerza penetrando en la carne, gira la muñeca y extrae la punta de la lanza. El hombre cae de rodillas, con una extraña mueca en su rostro, pone los ojos en blanco y de su boca mana un torrente de sangre. Esa es la primera vez que mata a otro ser humano. Para cuando termina la batalla, tiene la lanza rota, su brazo cubierto de sangre y vísceras y un cansancio que va más allá de lo que había sentido jamás.

Está sentado en un pequeño claro entre los cuerpos muertos. Oye los lamentos de los heridos, los gritos que lanzan rogando piedad cuando las mujeres se acercan a rematarlos y robar sus pertenencias. Otros hombres, los que habían sobrevivido y vencido, gritan y ríen, felices de estar vivos un día más. Algunos rezan a los dioses. Unos cuantos, como Donnach permanecen silenciosos, aislados del resto de sus camaradas. Dungal se acerca a él. Se quita uno de sus anillos y lo arroja al regazo de Donnach.

—Sabía que te portarías como un hombre, chico. Nunca me equivoco en estas cosas y desde el primer día vi en ti un asesino. Habrá más batallas, y más anillos si lo haces tan bien como hoy. Y quién sabe, puede que algún día te ganes una espada como la mía. Por el momento, la lanza seguirá siendo tu amante. Bienvenido al *fian*.

4— COSAS QUE NO SE OLVIDAN

Dungal cree que han perdido por fin a sus perseguidores. Lo ha repetido varias veces durante las últimas millas pero Donnach no le ha hecho caso y no ha aflojado su ritmo. Por fin, encuentran un pequeño claro en el que descansar. Dungal se deja caer sobre la hierba seca y se examina la herida que cruza su vientre como una sonrisa roja.

—Tiene mal aspecto —musita con voz apagada—. Creo que no fue una buena idea venir al sur.

Donnach no dice nada pese a que está de acuerdo con su líder. Habían cruzado el muro y abandonado las colinas para ser contratados por los romanos. Otros *fian* lo hicieron antes y los que regresaron de vuelta lo habían hecho con abundantes riquezas en sus bolsas y relatos sobre ciudades y asombros sin igual.

Los habían destinado a proteger uno de los fuertes de la costa. Donnach detestaba ese mar gris que le recordaba a una piel enferma. Estuvieron durante el invierno y la primavera encerrados detrás de muros de piedra, esperando a los saqueadores sajones. Y cuando por fin llegaron los barcos, desearon que esa espera no se hubiera

terminado. Los sajones desembarcaron como lobos hambrientos, tan numerosos como las olas que los habían traído hasta la costa blanca de Britania. Nada pudo detenerlos. Asaltaron las murallas del fuerte, derribaron sus puertas de madera y mataron a todos los que encontraron allí. El *fian* desapareció en una niebla roja hecha de acero y fuego. Donnach y Dungal huyeron abriéndose paso con sus espadas sin mirar atrás, haciendo caso omiso de sus camaradas que les tendían las manos rogando que los llevaran con ellos, que no les dejaran morir en una tierra extraña a manos de hombres aún más extraños.

—Fue ese puto bardo, en la fiesta después de tu primera batalla, ¿te acuerdas de él? ¿Recuerdas lo que dijo, su visión? —musita Dungal escupiendo un poco de sangre.

—No —miente Donnach—, no me acuerdo.

— Campos de oro y plata… Campos de oro y plata. Creía que podría ser yo. El hombre que describió. Oh, cómo duele esto.

—Aún nos siguen —dice Donnach interrumpiendo a Dungal—. Están cerca.

—Entonces tenemos que ponernos de nuevo en marcha. Deja que descanse un poco más y estaré listo.

—No llegaríamos muy lejos, así no. Te has convertido en una carga demasiado pesada —dice Donnach y sacando su cuchillo le corta la corva del tobillo a Dungal de un solo tajo.

Este grita como un cerdo al ser degollado e intenta retener la sangre que mana de la herida con sus dedos sucios.

—¿Por qué? —dice apretando los dientes de dolor—.

—Por dos razones. La primera es que estarán un rato divirtiéndose contigo. Eso me dará tiempo para ganarles terreno. Es algo que me enseñaste hace tiempo. La segunda razón es esta —y sacando del bolsillo de su pantalón un brazalete lo arroja al regazo de Dungal que lo contempla con ojos extraviados y sin comprender nada —. Hace un año volví a la granja de mi padre. No quedaba nada de ella. Se había quemado hasta los cimientos. Quizás un rayo, quizás alguien lo hizo a propósito, quién sabe. En realidad, no importa, ya no. No había rastro de mi padre. Teníamos un escondite secreto, ¿sabes? En el suelo, en un agujero cerca de la chimenea. Allí guardaba las monedas, algunas joyas de mi madre. Pero ya no quedaba nada. Había desaparecido todo excepto ese brazalete. ¿Lo reconoces? Es el que le diste en pago, el precio que me pusiste. Mi padre no se lo llevó. Lo dejó allí. Ahora te lo devuelvo. Soy libre y mi deuda ha quedado saldada.

— Eres peor que una serpiente. Te he enseñado todo lo que sabes. Si alguna vez me has respetado, mátame, toma mi espada y hazlo, vamos, no me dejes aquí para que mi destino sea el tormento.

—No.

Y sin más, recoge su pequeña bolsa, y se adentra en el bosque. Tarda un buen rato en dejar de oír los gritos de Dungal.

5— LA GRANJA

Donnach bebe un poco de agua, después muerde un trozo de pan y se queda mirando los brazos limpios de tatuajes del granjero. Había llegado a la cabaña al mediodía, después de caminar desde el amanecer. Se había acercado sin ocultarse al granjero. Con toda humildad, pidió cobijo y alimento. Y ahora está ahí, disfrutando de un poco de pan con queso mientras el hombre sin tatuajes alimenta a media docena de gallinas.

—No soy picto —dice de repente el granjero—. Por eso no voy pintado. No pertenezco a ningún clan.

—¿Eres del sur? ¿De las tierras de Roma?

—Así es.

—He estado hace poco en el sur. Defendiendo la costa.

—¿Y cómo está la cosa por allí?.

—Mal Todo se está derrumbando poco a poco.

El granjero suspira y sigue alimentando a sus gallinas. Su mirada parece perdida, lejos de ese momento y lugar.

—¿Vives aquí solo? —pregunta Donnach.

—No. Con mi hija. Ahora está en las colinas con las ovejas. Pronto volverá.

—¿Ella también es romana?

—No —dice el granjero mirándole fijamente—. Ella es picta. Como lo fue su madre. Por cierto, me llamo Dídimo. Mi hija se llama Caiside.

—Yo me llamo Donnach. Muchas gracias por tu hospitalidad, Dídimo. Espero poder recompensarte algún día por ella.

6— EL FUEGO

Todas las noches, después de una cena sobria, sencilla, Donnach se queda tallando sus figuras mientras Dídimo y Caiside intercambiaban historias. Las que cuenta la chica, Donnach las ha escuchado muchas veces en torno a fuegos muy distintos al que hay en la cabaña del romano pero siempre le gusta escucharlas de nuevo pues la muchacha tiene una manera especial de narrar y hace parecer novedoso lo que se ha contado mil veces antes. Las historias que desgrana el romano son extrañas para Donnach, demasiado complicadas. Puede entender un poco el rencor de ese tal Aquiles pero lo cierto es que pese a lo buen guerrero que era no dejaba de ser un auténtico necio. Aún así, Donnach las escucha con atención. Lo ha hecho desde la primera noche cuando se ofreció a ayudar a Dídimo

con la cosecha de la cebada y él aceptó su oferta. De eso hacía ya tres semanas y Donnach no puede recordar un tiempo pasado en el que hubiera sido más feliz.

El romano es un buen hombre, poco hablador como el mismo Donnach, quizás por eso congenian tan bien. La chica es diferente. Es como un rayo, nunca puede estarse quieta, siempre tiene algo que hacer, algo que contar. Lo cierto es que cuando padre e hija están juntos no pueden ser más diferentes y Donnach se pregunta cómo habría sido la madre de la muchacha, de quien ella decía que había heredado esos ojos tan especiales que tenía.

—¿Y tú no sabes ninguna historia, Donnach? —le pregunta de repente Caiside cuando su padre termina su propio relato.

—No. Y si las conozco suelen ser muy aburridas.

—Supongo que podré soportarla. Vamos, anímate, deja por un segundo la madera y el cuchillo y cuéntanos algo.

—Muy bien. Si es lo que quieres. Esta es la historia de un chico que fue separado a la fuerza de la vida que había conocido hasta entonces. Lo vendió su propio padre por un brazalete de escaso valor a un *fian*. Era un grupo errante, sin clan propio, iban y venían recorriendo las colinas y las costas, uniéndose al bando que mejor pagara. El chico era hábil en la guerra. Lo descubrió muy pronto. Un talento natural, dijo el jefe del *fian* que decidió mandarlo a la escuela de Mandrach. Pensaba que allí afilarían ese filo en bruto que era el muchacho. Así es como veía al chico, como una espada que blandir contra sus rivales. En la escuela, el chico aprendió a luchar. Con la honda, la lanza, su propio cuerpo desnudo y, sobre todo, aprendió a luchar con el escudo y la espada. Mandrach le enseñó. Por alguna razón que el chico nunca le preguntó se convirtió en su favorito. Ella ya era una mujer adulta. Decían que había visto cuarenta primaveras. Aún así, no era como nadie que el muchacho hubiera visto antes. Ojalá la hubieras conocido, Caiside. Le habrías gustado. Tú, no, romano. En sus años más jóvenes, había matado a demasiados de los tuyos para que le cayeras bien.

"Ella y el chico se hicieron amantes y la maestra le enseñó todo lo que sabía. Un año después, lo devolvió al *fian* convertido en un hombre muy distinto al que había entrado temblando en la escuela de la lanza y el escudo. Se encontraron de nuevo, en el campo de batalla, tres años más tarde. En bandos opuestos. Ella ya había matado a tres camaradas del chico cuando este presentó sus armas. Ella sonrió. Y lucharon. Y el chico supo desde el mismo instante que la hoja de su lanza atravesó el pecho que tanto había amado que Mandrach se había dejado derrotar. No dejó que saquearan su cadáver. Hizo un pequeño altar y colocó junto a ella sus armas y brazaletes a los que el chico unió los suyos propios. Esperaba que los cuervos devoraran su carne

cuanto antes pues no merecía otra cosa que ascender a los cielos para volver a la rueda y vivir de nuevo. Y el chico soñó que de una manera u otra volverían a encontrarse.

—Es una historia muy triste —dice Caiside.

—La vida suele serlo.

—¿Tú eras el chico?

—Sí.

Caiside se queda mirando el fuego durante unos instantes leyendo las llamas que bailaban siguiendo la música secreta. Después se levanta y sin decir una palabra se marcha a su cama.

7— LA ESPADA

—¿Qué harás cuando termine el verano? —le pregunta Caiside mientras, sentados en la hierba, contemplan cómo el sol desaparece lentamente entre las colinas.

—Me marcharé. El trabajo ya estará hecho.

—Podrías quedarte. Por lo menos hasta que pase el invierno. ¿Tienes algún sitio al que ir?

—No. He pensado en volver a la granja de mi padre, reconstruirla, volver a empezar pero…

—¿Qué?

—Es extraño. Cuando estaba en el *fian* odiaba esa vida. Cada batalla, vivir sin tener nada en realidad, las heridas, los muertos que quedaban atrás. No me gustaba. Y sin embargo algo dentro de mí, la añora. Pero no volveré a ella. Además, vuelvo a tener buena mano con la talla. Te estoy haciendo un caballo.

—Espero que te salga mejor que los últimos diez…

—Gracias por los ánimos y la confianza. ¿Qué haría yo sin ti?

—Si te vas… ¿Volverás alguna vez?

—Alguna vez, sí.

—Ven quiero enseñarte algo.

Entran en la cabaña y Caiside se dirige a la cama de Dídimo. Allí se agacha y después de una breve búsqueda saca un paquete envuelto en una vieja manta. Caiside se acerca a Donnach y, sonriendo, desenvuelve los pliegues de la tela mostrando lo que ocultaban.

—¿Te gusta? —le pregunta Caiside con ojos brillantes, inundados por una emoción singular—. ¿No te parece lo más hermoso que jamás has visto? Es la espada de un emperador. Déjame contarte la historia de esta hoja y para quién fue forjada.

Esa noche, Donnach no puede dormir. El recuerdo de la espada y las palabras tejidas por la muchacha invaden sus pensamientos. El filo, las letras grabadas, lo bien que se ajustaba su mano a la empuñadura como si hubiera sido forjada para él. Y puede que así fuera. Recuerda las palabras del bardo, las que obsesionaron a Dungal y también a él pese a que se mantuvo en silencio y nunca dijo una sola palabra al respecto por temor a que se burlaran de él.

A la mañana siguiente mientras Dídimo está con las gallinas y Caiside en las colinas paseando a las ovejas, Donnach introduce dentro de su bolsa un poco de queso, cecina y pan ácimo. Después, recoge la espada y sale de la casa. Apenas ha caminado una docena de pasos cuando escucha la voz de Dídimo.

—¿Dónde vas con mi espada, Donnach?

—No debería estar escondida bajo una cama, envuelta en trapos sucios. Ese no es su lugar, lo sabes. Deja que me la lleve.

—No.

—Considéralo mi pago por la ayuda de estos meses. No te pido nada más. Solo esto.

—¿Para qué la quieres? ¿Qué va a cambiar que la tengas o no? —pregunta Dídimo.

—Lo cambia todo. ¿La has empuñado alguna vez?

—Solo una vez. Y estuve a punto de matar a mi hermano con ella.

— Entonces, no lo entiendes. Es perfecta, es la espada de un César. No merece que la ocultes. Debe ser empuñada por alguien que sepa apreciarla.

—¿Cómo tú, por ejemplo?

— Sí, como yo. Es lo que siempre he deseado. Tú no lo entiendes. Pero es mi destino. Así fue profetizado.

Dídimo se acerca a él. Coge la tela y tira de ella. La espada sale al aire y la luz se refleja sobre su hoja. Donnach echa el brazo hacia atrás y con un impulso lo lanza hacia delante. La espada atraviesa el vientre de Dídimo y la punta ensangrentada de la hoja emerge a través de su espalda. Donnach escucha un grito que parecía provenir de muy lejos. Lentamente extrae la espada del cuerpo de Dídimo que cae al suelo como si fuera un muñeco al que le hubieran cortado las cuerdas. Donnach da un paso atrás, luego otro, finalmente se gira y se marcha abrazando contra su pecho la espada ensangrentada. No se detiene hasta que está muy lejos de la cabaña. Es entonces cuando se sienta junto a un árbol y se da cuenta de que aún tiene la espada pegada a su cuerpo. Aquella noche, sueña con campos de cebada y una muchacha de pelo rojo con las manos ensangrentadas.

Dungal le pasa el brazo por el hombro. Su aliento huele a cerveza agria cuando se inclina sobre Donnach y le escupe en el oído:

— Has peleado muy bien hoy, chico, muy bien. Y con una lanza rota. Parecía que lo habías hecho toda la vida —Donnach asiente e intenta sin lograrlo zafarse del abrazo de Dungal—. Tu primer brazalete, el primero de muchos, ya verás. Disfruta del banquete.

Están celebrando en el gran salón la victoria obtenida. Hay decenas de guerreros bebiendo cerveza y devorando el auténtico festín que el jefe del clan ha ofrecido tan generosamente. Hay cerdo, vaca, pato, bacalao, anguilas, cangrejos y oca, queso, miel y mantequilla. El aire está viciado por el sudor de los hombres, el humo y la grasa, tanto que hacen llorar los ojos de Donnach. Las conversaciones se mezclan en una barahúnda ininteligible, como si una gran bestia respirara con dificultad.

—He pensado en llevarte a la escuela de la lanza y el escudo —continúa Dungal mientras mastica un trozo de cerdo casi crudo—. Una vieja amiga la dirige. Allí aprenderás muchas cosas. Ya lo creo que sí. Y cuando vuelvas al *fian*, serás alguien muy diferente, ya lo verás. Mejor, sin duda alguna. Pasarás de ser un cachorro a una auténtica fiera hambrienta.

Un bardo empieza a teñir su arpa. Lentamente, las conversaciones se van apagando para dejar que la voz y la música se conviertan en lo único que se pueda escuchar además del crepitar de los fuegos. El bardo canta un par de canciones sobre el festín de Briciu y el robo del ganado de Cooley. Son historias que todo el mundo conoce pero la voz del hombre es agradable, suave, y sus dedos se mueven agiles tocando la cuerda adecuada a cada momento. Cuando termina su narración, levanta una mano y dice:

—Anoche tuve un sueño. He de contarlo —deja el arpa en el suelo y se levanta tapándose los ojos con las palmas de las manos—. Soñé con el muro, sus piedras se habían convertido en polvo, los escudos estaban quebrados, había huesos y ceniza allá donde mirara. Y más allá, una tierra verde, un cielo azul, campos de oro y plata. Anoche tuve un sueño. He de contarlo —el bardo les enseña las manos. En sus palmas, tenía tatuados dos ojos, uno con el iris verde y el otro marrón—. Soñé con una espada, una mano que la empuñaba, un brazo que la sostenía y un corazón que la alimentaba. Esa espada, esa mano, ese brazo y ese corazón tenían diez mil hermanos que los seguían a esos campos de oro. La espada era de un César, pero el hombre que la poseía no lo era pues su piel estaba pintada de azul y su pelo era rojo como el fuego del amanecer. Anoche tuve un sueño.

Ya lo he contado.

Un espeso silencio sigue a las palabras del bardo. Todo el mundo sabe que aquellos que dominaban el arte están en contacto con el otro mundo, que en ocasiones son los favoritos de los dioses que hablan a través de sus labios. Los guerreros se miran los unos a los otros, algunos murmuran en hoscos susurros. Saben que han presenciado algo que está más allá de su conocimiento.

—Pelo rojo… —musita Dungal— . Yo lo tengo marrón oscuro, aunque cuando lo baño en orín de caballo casi se vuelve rojo. Esta profecía, chico, es algo especial, te lo digo yo. No he escuchado muchas, apenas un par, pero todas se han cumplido. La espada de un César, diez mil hombres cruzando el muro, el sur abierto de piernas para nosotros. Que hermosura, que magnífica hermosura. ¿Qué te parece, chico?

—No lo sé.

—No lo sabes —escupe Dungal con un tono burlón—. Ni siquiera lo estabas escuchando, ¿verdad, muchacho? Definitivamente, espero que la escuela de la espada y la lanza te conviertan en un hombre. Ahora mismo eres menos que nada —de repente Dungal se queda callado y lo mira con los ojos entrecerrados—. No me había fijado hasta ahora. Tu pelo…

—¿Qué pasa con él?

—Es rojo.

CAPÍTULO XII

-LA SOMBRA BLANCA-

¿Cuántos días pasaron? ¿o acaso fueron semanas? Caiside no podría decirlo. Por supuesto, luchó, con uñas, dientes, patadas, cualquier cosa le servía para defenderse. Esperaba hacer el suficiente daño como para que uno de ellos perdiera el control y la matara. Pero no fue así. Sabían lo que hacían. Y fue uno y luego otro y así hasta que ella perdió la cuenta. Al principio dolió, oh cómo dolió, pero más tarde es como si ella misma fuera la espectadora de su tragedia. Se veía tumbada en el suelo, en la casa donde encerraban a las mujeres durante sus días de sangre, y un cuerpo de hombre que se movía encima de ella. ¿Esa soy yo?, se preguntaba. Cuando terminaban con ella, los más generosos se iban sin decirle ni una sola palabra, otros la insultaban y algunos incluso la golpeaban. Había uno, casi un muchacho, de cabellos rubios y ojos del color del mar en invierno. Recordaba que de niña se había fijado en él, lo llamaba Héctor como el héroe troyano y en sus fantasías él la hacía su esposa y la enorgullecía con sus proezas en el campo de batalla, con su habilidad con la lanza y el escudo y tenían seis hermosos hijos. En su imaginación les ponía nombre y había previsto que el mayor heredaría la espada de su padre. Nunca le dijo nada, él ni siquiera sabía que existía, al fin y al cabo, solo era una esclava y ahora, aquel que iba a ser su esposo, era uno de los que la golpean con más furia cuando terminaba. ¿Cuántos días han pasado?

—Seis semanas —le dijo Alecto desde las sombras de un rincón.

Caiside tumbada en el suelo, dolorida, trazaba líneas en el aire con su dedo, dibujando formas invisibles.

—No estás aquí. Estás muerto —contestó—. Creo que me he vuelto loca.

—Quizás. Sería lo normal en tu situación.

—Creía que ganarías, lo creía de veras.

—Y yo creía que nunca llegarías a rendirte. ¿Lo has hecho?

Por toda respuesta, Caiside se tumbó de lado mirando la pared de la choza que ahora era su hogar y prisión. Se sabía de memoria cada una de las muescas e imperfecciones que recorrían la superficie de barro como si fueran las arrugas del rostro de un anciano. Cuando cerró los ojos, deseó como hacía todas las noches, no volver a despertar al dolor y la desesperación. Y, como siempre, soñó con la espada y una marea roja que lo inundaba todo.

Ya no podía distinguir cuando soñaba o estaba despierta. La

realidad se había convertido en una pesadilla. Por eso cuando Donnach entró en la cabaña y se sentó en un pequeño taburete junto a su jergón no supo si estaba allí o solo era una burla más de su imaginación. La miró con unos ojos tristes y una mano tímida se acercó hasta su frente retirándole el pelo empapado en sudor que se pegaba a su piel como una mala hierba. Caiside apartó el rostro cuando notó el contacto de los dedos de Donnach y enseñó los dientes. El picto se levantó, contempló la cabaña y se mordió los labios. Después se marchó sin decirle ni una sola palabra. A la mañana siguiente, volvieron los hombres.

Varias noches más tarde, el muchacho rubio, su Héctor, entró en la choza. Se tapó la nariz con el dorso de su mano y, tosiendo, se acercó a ella. La sujeto de los cabellos apelmazados y sucios y le dijo:

—Apestas, zorra. Voy a tener que hablar con las esclavas para que te aseen un poco antes de metértela otra vez.

Empezó a besarle el cuello con torpeza y después buscó con sus dedos húmedos y fríos el hueco entre sus piernas. Caiside miró al techo y pensó en un arroyo junto al bosque, allí fue donde aprendió a nadar con su padre, con Dídimo, recordó el agua, cómo se hundía en ella, las sombras que había bajo el agua, moviéndose en la oscuridad y las manos dulces y seguras de su padre sosteniendo su cuerpo para que no se ahogara. Era feliz en sus recuerdos. Eran su refugio.

Cuando el joven acabó, se durmió sobre ella. Caiside apenas podía respirar con todo aquel peso sobre ella. Temía moverse, no quería despertarle, que todo empezara de nuevo y al final la golpeara como hacía siempre. Estiró los brazos. Sus manos arañaron la tierra espesa y arisca de la cabaña. Pero sus dedos encontraron algo. Como gusanos ciegos recorrieron la superficie del objeto. Era un cuchillo.

—Recuerda —le dijo Alecto—. Entre la tercera y la cuarta. Como te enseñé.

—Tercera y cuarta —repitió Caiside.

Los dedos de su mano derecha contaron las vertebras y, una vez hallado el punto que buscaba, apoyó la punta del cuchillo y lo hundió profundamente. El muchacho se incorporó de repente, como si un insecto le hubiera picado, sus ojos cubiertos por el espanto y la sorpresa, de su boca brotó un poco de sangre que cayó como una pequeña cascada escarlata sobre su pecho y después murió. “Supongo que ya no me casaré con él”, pensó Caiside casi con tristeza, “ni tendremos seis hermosos hijos. Había elegido unos nombres tan bonitos para cada uno de ellos”.

—Bien, eso ha estado realmente bien, veo que has mejorado respecto la última vez —la felicitó Alecto desde las sombras—. A este paso vamos a hacer de ti una buena soldado, quizás incluso tengas sitio en el muro. Y ahora, levántate, da un paso, luego otro, y cumple

tu destino. Consigue la espada.

Caiside asintió con entusiasmo, se levantó y caminó cinco pasos. Salió de la choza y respiró el aire del exterior.

"Estoy loca. Me mataran, no, peor que eso, me torturarán, Me despellejarán lentamente y le darán mis restos a los *attacotti* para que los devoren. Vamos, tonta, sal de este lugar infecto. Ay, luna, por favor, ocúltate, estás en mis ojos, estabas en los ojos de Ninian, por favor, hermana, ocúltate. Escucha mi ruego", pensó Caiside.

Una sombra blanca se deslizó entre las cabañas del pueblo. Los perros alzaron la cabeza, husmearon el aire y apenas emitieron un sordo gruñido. No era nada. Solo una niña, no era peligrosa, ya conocían su olor. Los vigías de las murallas miraban hacia el exterior, aburridos y somnolientos. Nubes oscuras cubrieron de repente la luna velando su luz de plata y dejando solo lugar a las sombras y la oscuridad más profunda. La niña, silenciosa, furtiva, llegó al salón principal sin que nadie la molestara o advirtiera su presencia. La hoguera era un ascua y apenas iluminaba con un brillo mortecino los cuerpos que había en el suelo. Los guardias dormitaban, ahítos de cerveza y carne de oveja. Sus sueños los habían llevado muy lejos de allí. De la habitación principal llegaban apagados los sonidos huecos de unos ronquidos. La sombra blanca apretó el mango de su cuchillo y entró en ella.

Donnach dormía desnudo, sobre su pecho descansaba la espada, en su rostro sereno y tranquilo se adivinaba una mueca arrogante. La gloria y la sangre perfumaban sus sueños y sus labios se estiraron en una sonrisa de satisfacción. La sombra, delgada como un junco, escaló la carne continental de Donnach, y de cuclillas sobre su pecho, colocó la punta de su cuchillo bajo la barbilla del gigante. Un empujón, el metal abriéndose camino en la carne, en el músculo. Sangre caliente como un torrente manchó la mano de la sombra que retorció la hoja del cuchillo hacia un lado y a otro. Solo entonces Donnach despertó, sus ojos se nublaron, un velo rojo y gris. Sus recuerdos se escapaban como peces de plata entre los dedos, ¿dónde estaba? ¿no era esa la hija del romano? ¿estaba aún con ellos, en su casa? No entendía por qué sentía ese dolor en la garganta, por qué no podía moverse y sobre todo no entendía por qué esa niña, esa joven a la que tanto había amado le escupía entre los ojos. Su último pensamiento fue que aún no le había terminado de tallar el caballo que le había prometido.

Caiside rescató la espada de los dedos muertos de Donnach. Desde una hornacina excavada en la pared de la habitación, la cabeza decapitada de Alecto, conservada con los aceites druidas, siguió con su mirada muerta todos los movimientos de la muchacha. Esta se llevó unos dedos a los labios, los besó y luego acarició con ellos la pálida

mejilla de su tío. Salió de la casa y después, dándole las gracias a la luna por su generosidad escaló las murallas y dejándose caer al exterior corrió todo lo rápida que fue capaz hacia la seguridad del oscuro bosque que se levantaba en el horizonte. Le quedaba un largo camino por recorrer.

Era una mota de polvo en el horizonte. Delmacio la contempló acercarse al muro. Esta vez no pudo llamar al chico para que le lanzara una flecha. Había muerto hacía una semana. Se había cortado con una de las puntas de sus amadas flechas, la herida se infectó y fin. Se acabó. Otro héroe para el que había tenido que cavar una tumba. Y ahora estaba solo en el fuerte. Y alguien se acercaba. “Bueno”, pensó, “bajemos las escaleras una vez más”. En el patio se armó con una lanza y un escudo. Cada día eran más pesados en sus manos. Miró al cielo. Azul sin una nube cabalgando su inmensidad, con un sol brillante que derramaba su bendición sobre la carne y la piedra. Delmacio sonrió pensando que hoy sería un buen día para morir. Contempló una última vez a Nilo y se preguntó quién lo alimentaría si él moría. Ese pensamiento agrió la línea de su boca.

Delmacio abrió la puerta del fuerte y esperó paciente a que la figura se acercara. Era una chica y, por alguna razón, le resultaba vagamente familiar. Tenía el cabello rojo, una media melena espesa como el brezo que los rodeaba. Su rostro estaba tostado por el sol y en él, como dos perlas, brillaban dos ojos grises. Una espada colgaba de su cinto. Cuando llegó cerca de él, la muchacha sonrió, una sonrisa franca, sincera, casi hermosa y Delmacio no pudo evitar responder con otra sonrisa.

CAPÍTULO XIII

SETENTA AÑOS DESPUÉS

Desde que aprendió a sujetar la espada y montar a caballo, el Dux había estado en tantos combates que no podría contarlos aunque tuviera la intención de hacerlo. Había luchado contra pictos, sajones, saqueadores hibernos, incluso otros britones como él mismo cuando había sido necesario hacerlo. Lo habían herido siete veces de gravedad. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices mal curadas, surcos de dolor dibujados en su piel. El hombro del brazo con el que sostenía el escudo tenía la molesta tendencia a dislocarse después de un esfuerzo prolongado y la herida que le hicieron en el muslo, la más grave de todas las que había recibido, la que provocó que un sacerdote le administrara los últimos sacramentos hacía ya tres años, le dolía cada vez que llovía. Y siempre estaba lloviendo en Britania. El dux había asaltado fortalezas construidas en las cimas de colinas, había roto muros de escudos que parecían inquebrantables, combatido a caballo y a pie, con la lanza y la espada, peleado en círculos de piedras contra otros hombres que le doblaban en peso y le sacaban dos cabezas de altura. Y, pese a todo, nunca había sentido el miedo hasta hoy, el día de su boda.

Su hermano de leche, Cayo, intentaba ajustarle la lujosa capa de cuadros multicolores atando los bordes de la misma con una fíbula con la figura de un dragón, el símbolo de su casa. A Cayo también se le daba mejor la lanza que los alfileres. Su hermano llevaba todo el día parloteando, recordándole lo importante que era la ceremonia, como si el Dux no lo supiera. Si todo salía bien, si conseguía lo que había venido a buscar, conseguiría unir a todos los clanes de Britania bajo su estandarte. Sabía que esa era la única manera que habría de sobrevivir a la marea sajona que amenazaba con engullirlos a todos. Pensar en el fracaso provoco que su frente se cubriera de profundas arrugas y los músculos de su mandíbula se tensaran como cuerdas a punto de romperse. Algo que no pasó desapercibido a Cayo.

—¿Qué te preocupa, hermano? —le preguntó mientras seguía intentando encajar las partes de la fíbula—. ¿No me digas que te da miedo decir, “sí, quiero”?

—No, claro que no. Me preocupa otra cosa. Que la anciana no cumpla con su promesa. Que no entregue la espada.

—El padre de la novia lo prometió…

—El señor de esta mansión no cuenta para nada en esta historia y lo sabes. Lo más que hará será entregarme a su hija en el altar —el

dux dejó escapar un silbido entre los dientes—. Es su madre, la abuela de mi futura esposa, la que lo controla todo, la que hace y deshace según su voluntad. Y no me queda claro que esa voluntad esté a favor de nuestra causa. Ya sabes lo que se rumorea de ella, que es picta y que todos los días se maquilla con polvos de cal los tatuajes de sus brazos.

—Esos son, como bien dices, rumores. Llegamos a un acuerdo. La espada será la dote de tu futura esposa —Cayo se encogió de hombros y palmeó la espalda del Dux—. No lo romperá, se juega demasiado como para hacerlo. Sabe que arrasaríamos este lugar hasta los cimientos si lo hiciera y tendríamos la espada de una manera u otra.

—¿Le dejaste eso claro? —preguntó el Dux mirándole a los ojos.

—Sí, tal y como te lo he dicho a ti, así se lo transmití a ella.

—¿Y qué dijo ella?

— Nada. Me miró con esos ojos casi blancos que tiene y asintió levemente con la cabeza.

—Esos ojos me ponen nervioso —dijo el Dux agitando la cabeza, repentinamente molesto por el recuerdo—. Cuando me mira es como si supiera cosas sobre mí que yo mismo ignoro.

—Afortunadamente su nieta no los ha heredado. Los de Gwynefth son mucho más dulces y cálidos, del color del mar en un día de primavera.

—Demos gracias a Dios por ello. No me imagino despertando cada mañana y que lo primero que viera con la primera luz del día fueran esos dos ojos, esas dos lunas sucias, mirándome fijamente, calibrando si soy digno —el Dux se agarró el lóbulo de la oreja derecha y tiró suavemente de él. Cayo sabía que era un gesto que solo hacía cuando estaba muy nervioso—. El matrimonio es importante, hermano, pero la espada lo es todo. Sin ella, nada de lo que hemos hecho hasta ahora tendrá ningún sentido. Es la última oportunidad de sobrevivir.

— Lo sé, lo sé. Todo irá bien. Ten confianza, mi hermano y señor. Y esto, por fin, ya está —dijo Cayo cerrando la fíbula—. El dragón está en su sitio.

—Estoy deseando acabar con esto y volver a montar mi caballo y sujetar la lanza y el escudo.

—Lo primero es lo primero, mi señor. La diversión va después del deber. Vamos, te están esperando. No pueden comenzar la ceremonia sin tu presencia. ¿Qué boda sería si no estuviera el novio?

—Si no fueras mi hermano te juro por lo más sagrado que te sacaría a patadas de este cuarto —contestó el Dux mientras comprobaba que la fíbula estuviera bien ajustada.

Salieron de la casa y caminaron por las calles embarradas de Tintangel acompañados por una multitud exultante que tocaba el borde de la capa del dux como si fuera la reliquia de un santo, otros le besaban las manos o se arrojaban a su pies. El dux saludaba mecánicamente sin reconocer ningún rostro. Todos le parecían iguales, la misma expresión de esperanza, los ojos brillantes, casi hambrientos, la carne pálida, los labios moviéndose mientras palabras que no significaban nada se mezclaban en el aire como copos de nieve invisibles. Cuando por fin llegaron a la gran sala comunal, el dux y su hermano estaban tan agotados como si hubieran cabalgado durante un día entero. La guardia de honor del conde apartó a la multitud haciendo un pasillo de lanzas y escudos hasta la entrada del salón.

Allí se encontraban reunidos los siervos del conde, todos inclinaron la cabeza cuando el dux pasó a su lado para llegar hasta el sacerdote y el altar. El dux contó las cabezas de los presentes y calculó cuántas espadas significaban cada uno de los señores allí reunidos. Era un número importante. “Mi futuro ejército”, pensó el Dux, “los aceros que salvaran nuestros hogares”. Saludo al sacerdote inclinando la cabeza pero apenas le prestó atención pues sobre la piedra que hacía las veces de altar estaba lo que el dux había venido a buscar. La espada. Por un momento estuvo tentado de cogerla y sentir su mano alrededor de la gastada empuñadura pero su hermano le puso una mano en el hombro reteniendo su impulso. El dux asintió agradeciendo en silencio el gesto de Cayo y decidió esperar a que se completara la ceremonia. Estaba tan cerca de conseguir su deseo que no podía permitir que su impaciencia lo echara todo a perder.

Por una puerta lateral entró la novia acompañada por su padre. Llevaba un vestido de lino azul con bordados dorados, en su cinturón colgaban medallas de santos y unas campanillas que sonaban con suavidad con cada paso que daba. Un velo blanco cubría su rostro pero el Dux vio que sonreía por debajo de la fina tela. Con un gesto, el conde le hizo entrega de la mano de su hija. El dux cogió los finos y suaves dedos de la muchacha y los encerró en su propia mano, sin apretarlos, simplemente protegiéndolos. Se hizo el silencio en la sala y el sacerdote empezó a recitar las primeras palabras con las que se iniciaba la ceremonia.

Caiside lo observaba todo oculta tras una cortina. No le había gustado entregar a su nieta favorita a ese advenedizo cuyo único mérito era matar mejor que nadie y por supuesto le había gustado aún menos que le hubieran exigido la espada para cerrar el pacto. Pero no había tenido más remedio. Era la ley del más fuerte. Y, por ahora, el dux y sus vasallos eran los más fuertes. “Pobre niña tonta, mi Gwynefth”, pensó, “el único amor de tu futuro marido es el campo de batalla y su verdadera amante será la espada que le estás entregando.

Serás la última víctima de mis mentiras". La espada… Caiside sintió un ahogo en el corazón cuando el Dux, una vez hechos los votos, la cogió de la piedra, pasó los dedos por las letras grabadas en la hoja, leyendo en voz baja "Caesaris", y luego la levantó mientras un sonrisa de triunfo aparecía en sus labios. Los invitados desenvainaron también sus espadas y las levantaron a su vez formando un bosque hecho de acero.

—Ya he visto suficiente —le dijo a la joven esclava que la acompañaba a todas partes, un regalo de su hijo que pensaba que su madre ya no podía valerse por sí misma—. Ayúdame a llegar a las empalizada, niña.

La chiquilla asintió y dejó que Caiside le pusiera una mano en el hombro y, apoyándose en ella como si fuera un bastón, salieron por una entrada lateral al exterior. Caminaron en silencio hacia las escaleras que llevaban a la empalizada. Estaba a punto de anochecer, nubes del color de la sangre se acumulaban en el cielo navegando hacia el oeste, siguiendo el rastro del sol moribundo. Con la noche, llegó un viento que lanzaba dentelladas de hielo. Caiside sintió la mordedura del frío en su carne, tan profunda que llegó hasta sus huesos. Con un gesto brusco, se ajustó su capa de piel de conejo y subió con dificultad los peldaños que llevaban a la cima de la fortificación.

Cuando llegaron, Caiside intentó tragar profundas bocanadas de aire que llevar a sus agotados pulmones. Antes todo era más fácil, más sencillo. "¿Cuándo me he convertido en una anciana?", pensó mientras apoyaba las manos en el muro. La muchacha se asomó al abismo y lanzó un escupitajo a las crecientes sombras. Lo observó caer con una sonrisa y después se giró hacia Caiside enseñando unos dientes blancos y fuertes. Caiside la miró durante unos segundos.

—Ven aquí —le dijo— . Acércate, niña.

La muchacha dudó. Como todo el mundo, había oído historias sobre la señora, relatos que se contaban los criados en las noches de invierno, a la luz de los braseros. Algunos de los esclavos más ancianos le habían narrado historias sobre cómo la señora vino caminando desde el norte, casi una niña, la última heredera de los césares, y golpeó las puertas de Tintangel con el pomo de su espada. En murmullos, hablaban de los hechizos que lanzó sobre el único heredero del antiguo señor, sortilegios que aprendió de brujas pictas y cómo lo envolvió en las tormentas del amor. Y de todos era conocido cómo, cuando su esposo murió con todos sus hombres en una emboscada, invitó a sus asesinos a la fortaleza y allí los entretuvo con canciones y relatos durante tres días y tres noches hasta que agotados y ahítos de comida y bebida, los hizo degollar por niños y mujeres armados con cuchillos desgastados. Después de eso no se volvió a

casar y gobernó durante muchos años hasta que su hijo se hizo adulto y después lo siguió haciendo pues el señor no era capaz de sostener la mirada plateada de su madre, ni la voluntad que animaba su alma.

—Será mejor que no me hagas repetir la orden que te he dado —dijo Caiside—. Acércate. Ya.

La muchacha avanzó un paso, dos, hasta situarse junto a la señora. Esta cogió el collar de metal que rodeaba el cuello de la esclava y, con dedos hábiles, lo abrió, arrojándolo a continuación por encima de la almena.

—Eres libre. Puedes ir donde te plazca.

La niña se tocó el cuello, movió los hombros arriba y abajo varias veces, como si se sintiera incómoda. Después, miró a su antigua ama. Le pareció ver una sonrisa en los labios de la anciana pero, por supuesto, eso no era posible puesto que todo el mundo sabía que ella nunca sonreía. Aún así, la muchacha inclinó la cabeza una última vez y bajó lentamente las escaleras. Se giró una última vez y vio a la señora mirando hacia el horizonte. Ya se había olvidado de ella, así que saltando de dos en dos escalones, descendió hasta el inicio de la escalera y después empezó a correr, libre.

Caiside, sola en la muralla, cerró los ojos. Casi podía oler el aroma del campo de cebada de la granja de Dídimo, a quién llamó padre y amó como si lo fuera. Lo recordaba todo de aquella época, cuando mudó de piel, como las serpientes que adornaban sus brazos. Se acordaba de la mano pesada y tosca de Alecto sobre su cabeza, revolviéndole el cabello, de la sonrisa leve, tenue como el despertar de un sueño, de Aoife cuando la niña que fue le recitaba el nombre de las plantas que encontraban en el camino. Y recordaba el peso de los labios de Donnach sobre los suyos cuando los besó por primera y última vez, cuando aquella noche le enseñó la espada de su padre. Todos esos recuerdos tenían una textura, un color y un aroma diferente al resto de los que había acumulado en su memoria. Ya no recordaba el color de los ojos de su esposo, ese hombre bueno y amable que tanto la amo y al que no pudo corresponder, ni podía acordarse de las personas que había conocido, de las conversaciones que había tenido o las historias que había escuchado. Todo había desaparecido, arrastrado por la marea del tiempo, todo excepto aquellos días lejanos en los que buscaba una espada que solo le trajo dolor y desesperación. Notó un mareo, sus ojos se cubrieron de una niebla blanca y sus piernas empezaron a temblar como si su cuerpo pesara una tonelada.

—Por supuesto, es lo correcto —susurró mientras la oscuridad devoraba sus últimos pensamientos.

De algún lugar lejano, llegó el rumor de un coro de gargantas coreando al unísono un nombre, el del nuevo poseedor de la espada:

Arturo.

FIN